



KATE DAWSON

ESCUCHANDO
tu
CANCIÓN

Contenido

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Un apunte lector](#)

ESCUCHANDO TU CANCIÓN

Kate Dawson

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Kate Dawson

Portada: Kate Dawson

1ªEdición: enero de 2018

No firmes cualquier cosa

Lewis dejó la guitarra sobre el sofá y fue a abrir la puerta. La cara de los chicos era un poema y se apartó para dejarlos pasar. Stan, el bajista, se fue directo a la nevera a coger una cerveza.

—¿Queréis una? —preguntó cuando ya tenía el botellín en la mano.

—Yo sí —dijo Adam, el batería, tirándose en el sofá.

Lewis volvió a sentarse en el mismo sitio en el que llevaba tirado toda la tarde y cogió la guitarra de nuevo. Stan se sentó también y durante un buen rato ninguno dijo nada.

—¿John va a venir? —preguntó Adam.

Lewis lo miró con una sonrisa irónica.

—Claro, para que le rompamos las piernas —dijo sin dejar de rasgar las cuerdas.

—En algún momento tendrá que dar la cara —dijo el batería con cara de pocos amigos.

Adam era un tío grande, de aspecto frío y con mucho pelo. Stan, en cambio, era un guaperas con cara de niño bueno, el único que había hecho sombra a John que además de ser el cantante era muy guapo y el que más ligaba. Claro que los otros se consolaban pensando que también era el que más disgustos se había llevado con novios y maridos despechados. Lewis, en cambio, era el tipo serio y distante, no facilitaba las cosas a la hora de que las fans se acercasen a él y le gustaba mantenerse siempre en un segundo plano. Tenía aspecto de rebelde con causa, era atractivo, pero su mirada advertía del peligro a toda aquella que se atreviese a intentarlo.

—Esto no tiene vuelta atrás —dijo dejando la guitarra a un lado y mirando a sus amigos—. *Little Town* es historia y debemos afrontarlo.

—¿Qué pasa, el único importante era John? —Adam resoplaba por la nariz al hablar, algo que solía hacer cuando estaba enfadado.

—No, pero la discográfica no nos quiere a nosotros solos —dijo Lewis—. Habéis hablado con Katia y estoy seguro de que ha sido tan clara con

vosotros como lo ha sido conmigo.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Adam.

—Ahora tenemos que pensar en cómo salvar los muebles. No tenemos manera de hacer frente a la penalización que nos impone nuestro contrato.

—Un contrato que nunca debimos firmar —dijo Stan.

—Es tarde para eso. —Lewis lo miraba con expresión irónica.

—¿Y ahora qué? —preguntó Adam—. ¿Ponemos un anuncio en el periódico? Grupo busca cantante...

—No tío —dijo Stan—, no te enteras de nada. Esto se acabó, no vamos a montar otro grupo, ¿es que no lo ves?

Adam miró a Lewis interrogadoramente.

—¿Qué dice este?

—Hace tiempo que Lewis tiene ganas de intentarlo por su cuenta. —Stan miraba a su amigo como si fuese un niño pequeño—. En plan cantautor, con su guitarra y eso. ¡Pero si ha compuesto un montón de canciones! ¿Tú dónde has estado los últimos dos años, tío?

—¿Es cierto, Lewis? ¿Quieres dejarnos? —Ahora sí que parecía un crío.

—No es eso, Adam. —Lewis miró a sus compañeros alternativamente y su expresión era una mezcla de tristeza y determinación—. Pero es cierto que ya estaba harto de todo esto.

—¡Me cago en la puta! —volvió a exclamar Adam, pero ahora había más tristeza que enfado.

Durante demasiado tiempo se habían aferrado los unos a los otros negándose a aceptar la realidad.

—Este grupo tenía un sentido cuando empezó, pero ahora ya no somos aquellos cuatro amigos con ganas de juerga, Adam, reconócelo. ¿No estás cansado de cantar para quinceañeras o para mujeres separadas que quieren creerse las estupideces que dicen nuestras letras?

Stan estiró las piernas y se recostó en el sofá poniéndose el brazo en la frente.

—¿Y no necesitarás un bajo y un batería? —preguntó.

Lewis sonrió con tristeza.

—Ni siquiera sé si les interesará mi música —dijo.

—Necesitaremos un abogado —dijo Stan.

Lewis asintió.

—Sí, no podemos enfrentarnos a esto solos. Y debemos estar unidos, los tres juntos conseguiremos mucho más que si vamos por libre.

Caminaba sereno, el sol relucía en los escaparates y el frío era intenso. Pasó por delante de la tienda de Molly, que aún estaba cerrada, y continuó con paso decidido pero sin prisa por llegar. Aquella mañana se había levantado con el alba y se había preparado unos huevos con jamón. Había pensado mucho en la reunión de aquella mañana y en todo lo que quería y no quería decir. Después se despistó pensando en la puerta del baño a la que se le había resquebrajado la pintura. Y se dijo que debía hacer la compra, no quedaban cervezas y tampoco había fruta. Solía pensar en ese tipo de cosas cuando estaba nervioso, ya le ocurría cuando vivía con su padre, solo que entonces lo tenía a él para charlar y no necesitaba hablarle a la pared o al pan de molde. Ahora estaba solo. En todos los sentidos.

Se detuvo frente a la puerta de la discográfica y miró a su alrededor sentía que estaba a punto de cerrar una etapa y le temblaba la punta de los dedos como cuando acariciaba las cuerdas de una guitarra por primera vez.

—Vaya, vaya, mira quien está aquí —la voz femenina a su espalda lo hizo volverse.

—Carly —musitó sorprendido.

La joven compositora a la que la discográfica había despedido por su culpa lo miraba con una mano en la cintura y expresión divertida. Con un vestido con la falda de volantes, cazadora tejana y botas marrones era la personificación de la sensualidad más country. Lewis carraspeó nervioso y se llevó una mano al pelo en un gesto muy suyo.

—¿Entras o esperas a los chicos para no sentirte solo ahí dentro? —dijo Carly señalando hacia la puerta—. Ya me he enterado de que John os ha plantado.

Aquella puñalada se la merecía, pero no dolió menos por eso.

—Las malas noticias vuelan —dijo tratando de sonreír.

—¿Malas para quién? —Carly caminó hacia atrás hasta la puerta—. Ya nos veremos por ahí.

Hizo un gesto con la mano y se dio la vuelta para entrar. Aquello era exactamente lo que Lewis necesitaba para recuperar la cordura, un buen puñetazo.

—¿Tú sabías esto?

Katia negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Me entero ahora igual que tú —dijo.

Lewis miró a Steel y Brenda, los dueños de la discográfica. Steel Young era uno de los mejores artistas del country de todos los tiempos, pero hacía muchos años que no subía a un escenario y Brenda, su mujer, llevaba con él toda la vida, pero jamás se había subido a un escenario.

—Sería un cambio de verdad y podría reflotar el grupo.

—¿Pero Carly no es compositora? —preguntó Adam desconcertado.

La joven, que estaba sentada frente a él empezó a cantar uno de los temas del grupo y los tres componentes tuvieron que reconocer que tenía una preciosa voz.

—Yo quiero dejarlo —dijo Lewis.

—Sabemos de tus inquietudes, Lewis —dijo Brenda—, y te apoyaremos cuando inicies tu carrera en solitario, pero el grupo tiene compromisos y perderíamos mucho dinero si no los cumplimos.

—¿Y creéis que poniendo a una cantante femenina lo vais a solucionar? Nuestro público son quinceañeras y sus madres, ¿crees que aceptarían que cambiéis a John por Carly?

La chica lo miró con expresión irónica, estaba claro que pensaba que era una cuestión personal.

—Yo también quiero hacer mi música —dijo sin apartar la mirada del guitarrista—, cantar en vuestro grupo no es mi sueño, precisamente. Pero Steel y Brenda me lo han pedido y estoy dispuesta a hacerlo, siempre y cuando el grupo esté de acuerdo.

—Por mí, vale —dijo Adam.

—Y por mí también —añadió Stan.

Todos miraban a Lewis que parecía derrotado recostado en aquella silla.

—Consultaré a un abogado —dijo—. Esta vez no firmaré cualquier cosa.

Cuando salieron de la reunión Carly abordó a Lewis en la calle.

—¿Tanto te desagrada trabajar conmigo? —preguntó enfadada—. Pero ¿yo qué te he hecho? ¿A qué viene esa tirria que me tienes?

—Nosotros nos largamos —dijo Adam, incómodo, despidiéndose de su amigo.

—Nos llamamos —añadió Stan antes de seguir al batería.

Lewis se volvió hacia Carly con ánimo cansado.

—No tengo nada contra ti —dijo—. No tiene nada que ver con eso.

—¿Ah, no? ¿No fuiste tú el que consiguió que me echaran? Debería ser

yo la que no quisiera trabajar contigo.

—Aquello fue un malentendido.

—¿Un malentendido?

—Pensaba que te habías apropiado de mi canción...

—Y en lugar de venir y preguntar, fuiste directamente a contárselo a Brenda.

—No ocurrió así —dijo Lewis empezando a perder la paciencia—. Y ya te lo expliqué cuando fui a pedirte disculpas.

—¿Disculpas? ¡Me echaron!

—¡Durante tres horas! —exclamó él ya harto—. Yo no fui a contarle nada a Brenda, fue John después de que yo se lo contara en privado. No pretendía que pasara nada y tenía intención de hablar contigo y aclararlo. Y todo esto ya te lo dije cuando me disculpé —repitió mordaz.

Carly respiró hondo y se calmó. Era cierto que se había disculpado y también que le había explicado todo tal y como fue, pero le irritaba ese hombre y no podía evitarlo.

—Está bien —dijo metiéndose las manos en los bolsillos de su cazadora—. Acepto tus disculpas. Pero ahora aclárame qué es lo que te parece tan mal de que cante en el grupo.

—No es que me parezca mal —aclaró—, es que no funcionará. Tú has visto quién viene a nuestros conciertos.

La cantante lo miró interrogadora.

—¿Crees que la única atracción del grupo era John? ¿Qué vuestros fans solo le siguen a él?

—Pronto se verá —dijo Lewis encogiéndose de hombros—. Veremos a qué conciertos van y qué discos compran.

Carly se dio cuenta de que estaba realmente tocado por lo que había pasado y se sintió mal por haberle apretado tanto.

—¿Te apetece que tomemos un café? —preguntó—. Creo que deberíamos charlar tranquilamente y empezar de nuevo.

Lewis dudó un instante, pero finalmente asintió.

—Vine aquí huyendo de mi familia. —Llevaban más de hora y media charlando y el tiempo se les había pasado volando—. Mi padre es el típico hombre sin ambición y sin una pizca de arte corriendo por sus venas. Mi madre una mujer desilusionada que se consuela viendo la tele y comiendo sin

parar. Y ¿sabes qué es lo peor? He escuchado una cinta que le grabaron cuando tenía veinte años en una celebración familiar. ¡Era increíble! Tenía una voz maravillosa, limpia y fluida.

—¿Nunca quiso cantar? —preguntó Lewis haciéndole un gesto al camarero para que les trajese otros cafés.

—Claro que quiso. Nunca me lo ha dicho, pero ¿quién no querría cantar teniendo una voz como esa? —Jugaba con el papel del azucarillo y negaba con la cabeza—. Y tendrías que verla ahora, gorda y desastrada, pegada siempre al televisor... No podía soportarlo.

—Algunas vidas se truncan... —dijo pensativo.

—¿Y tu familia? —preguntó Carly apartándose para dejar que el camarero soltase los cafés en la mesa.

—Mi madre murió cuando yo era un crío y mi padre me hizo de padre y madre a la vez. A pesar de que estaba sufriendo lo indecible siempre se portó bien conmigo y con mis hermanos. Tengo dos hermanos, Pierce, el mayor y Niall, el mediano.

—Tú eres el pequeño —dijo Carly sonriendo.

—Sí —asintió él sonriendo también. Se alegraba de tener una historia menos dramática que la de Carly.

—Todo saldrá bien. —La cantante le cogió la mano con suavidad y luego se inclinó y lo besó.

Lewis respondió enseguida a ese beso y se aventuró a pasar cuando sintió que ella entreabría los labios.

—¿Vives cerca de aquí? —preguntó ella apartándose lo suficiente.

Entraron en la habitación con urgencia, sin prestar atención al desorden ni a nada de lo que los rodeaba. Lewis se pegó a su cuerpo sin dejar de explorar su boca, sintiendo que la pasión se apoderaba de su lengua y tomaba el control. Carly lo acarició por encima del pantalón sintiendo la fuerza que crecía allí dentro y derritiéndose por dentro al imaginar lo que venía después.

Él la cogió por la nuca en un juego de dominación lo que la excitó sobremanera haciendo que gimiera de placer. Lewis entendió el mensaje y en un rápido movimiento metió la mano debajo de su vestido y la colocó dentro de sus húmedas braguitas.

—Parece que alguien está lista —dijo con una perversa sonrisa.

—No sabes cuánto —respondió ella haciendo lo mismo con él.

Se quitaron la ropa con precipitación, casi arrancándosela en algunos momentos, hasta estar completamente desnudos. Lewis la tiró sobre la cama y se colocó sobre ella a horcajadas mostrando su erección sin tapujos. Entonces se inclinó hacia uno de sus pechos y buscó el pezón con los labios. Lo humedeció con la lengua y después sopló sobre él, repitió dos veces más y entonces lo atrapó entre sus dientes, sin apretar, suavemente.

Carly se estremeció y gimió de placer. Levantó las manos buscando agarrarse a algo y dio con los barrotes del cabecero al tiempo que se arqueaba contra él buscando el contacto con su miembro.

Lewis volvió a besarla, casi con violencia, sujetando sus turgentes pechos.

—¡Dios! ¡Deja de torturarme y clávamela de una vez! —exclamó ella sin poder aguantar más.

Lewis sonrió con maldad y siguió acariciándola, recorriendo cada porción de su piel con las manos y regalándole algún lametón ocasional. Ella sintió un fuego entre las piernas que la quemaba por dentro cuando los dedos de Lewis acariciaron su clítoris.

—Parece que te gusta —dijo él sonriendo perverso.

—Necesito que lo hagas ya. —Carly quería matarlo—. ¿Tienes condones? ¡Dime que tienes condones!

Lewis no dejaba de sonreír y poniéndose sobre ella para llegar hasta la mesita de noche, abrió el cajón y sacó un preservativo. Volviendo a ponerse de rodillas entre sus piernas, rompió el envoltorio y empezó a colocárselo sin dejar de mirarla. Después, en lugar de acercarse él, la cogió por los muslos y tiró de ella colocándola exactamente donde quería. Puso las piernas femeninas en sus hombros y la penetró con un movimiento certero.

El cuerpo de Carly respondió al instante y su garganta emitió un largo y sentido gemido de placer. Lewis se movía con el ritmo constante de un metrónomo. Cada vez más rápido, cada vez más adentro hasta que estuvo seguro de que ella estaba donde debía estar y entonces se dejó llevar por su instinto hasta el final.

Diez centímetros son demasiados

Nicole entró en la oficina con paso decidido, a pesar de los diez centímetros de tacón que le estaban taladrando la planta del pie. Trataba de caminar lo más femenina posible y que no se le notara el esfuerzo, pero estaba segura de que la sonrisa de Mona no era por lo que estaba viendo en la pantalla de su ordenador.

Cuando entró en su despacho respiró aliviada, había hecho el paseíllo que era lo más difícil. Pocas se atreverían a pasar delante de todas aquellas expertas y femeninas mujeres acostumbradas a caminar sobre enormes zancos como si llevaran zapatillas de conejitos.

—¡Pero chica! —Susan cerró la puerta tras ella para que nadie pudiera escucharla—. ¿Y esos taconazos de dónde han salido?

Nicole miró a su secretaria con cara de aburrimiento.

—Mira, no sé qué me ha pasado esta mañana por la cabeza —dijo sentándose.

—Esto es por lo de ayer —Susan se había acercado a la mesa y se aguantaba la risa como podía—. Te afectó ver a la abogada de *Barber Atkins* derrochando glamour.

Su jefa la miró con ojos asesinos, pero no pudo rebatírsele.

—Pero ¿tú viste aquellos zapatos? —preguntó acercando la silla a la mesa y empezando a revolver papeles.

—Me fijé más en sus tetas. Cada vez las hacen mejor, ¿verdad?

Su jefa y amiga la miró curvando una ceja. Que a Susan le gustasen las mujeres no tenía nada que ver con que tuviese que ser ordinaria.

—No te lées con nada que tienes que ponerte con esto —dijo Susan haciendo caso omiso a su mirada y dejando una carpeta sobre la mesa.

Nicole la abrió y leyó antes de decir nada.

—¿El caso de Perkins? ¿Te ha dicho Vincent que me lo des a mí?

—Es un caso de difamación, sabías que acabaría en tu mesa —explicó Susan.

Nicole se apoyó en el respaldo de la silla y miró a su secretaria con expresión cínica.

—Ya, ya sé que para ti lo importante es que es un caso de Jammie Perkins.

—Y Vincent también lo sabe —aclaró Nicole.

—Ya hace más de tres meses que lo dejasteis... la última vez. —Su amiga la miró muy seria.

—Que sutil manera de criticarme —dijo Nicole—. Pero al menos esta vez fui yo y no él.

—No quería molestarte —dijo su amiga mirándola con cariño—. Es un capullo integral y me alegra que por fin cortaras con él, pero no por eso ha dejado de ser cliente del bufete.

—Ya lo sé —asintió Nicole—, y no pensaba que fuese de otro modo, pero creí que Vincent me mantendría alejada de él una temporada. Por consideración.

—Vincent me ha dicho que él ha pedido que seas tú quién lo lleve. Le ha dicho que no quiere ir a juicio y que tú eres una experta en eso.

—Está bien, me portaré como una mujer adulta y seré profesional —sentenció. Y mirándose los pies añadió—: Y mañana vendré con mis cinco centímetros de siempre.

—Estoy de acuerdo contigo. Y no te preocupes, si me regalas esos Pigalle de Louboutin te puedes olvidar de comprarme nada para mi cumple —dijo Susan caminando hacia la puerta con un suave contoneo de cadera—. Total, para lo que te van a servir a ti.

Nicole se admiró de que su amiga supiese el nombre de los zapatos y se maldijo por los quinientos dólares que se había gastado en ellos. Los miró durante unos segundos, eran realmente preciosos y hacían que sus pies pareciesen tan bonitos...

Durante todo el día estuvo preparando la demanda contra Magic Gold por difamación. Magic Gold era un suero milagroso que se parecía enormemente al que Sunshine, una de las empresas de Perkins y asociados, llevaba comercializando más de veinticinco años con el nombre de Skin Velvet. La diferencia más notable entre ambos productos era el precio. Mientras que Magic Gold no llegaba a los veinte dólares, Skin Velvet costaba más de setenta.

Nicole tenía sobre su mesa los dos productos que Susan le había traído y

los miraba con sumo interés.

—Yo he probado los dos —dijo Susan levantando una ceja—, y Magic Gold es mejor y mucho más barato.

Su amiga la miró incrédula.

—¿Mejor? —dijo cogiendo el botecito con un dispensador dorado. Después cogió la otra botellita con forma de gota, un poco más pequeña y de cristal—. Skin Velvet lleva un cuarto de siglo en el mercado.

—Lo sé, per Magic es mejor —insistió su amiga—. Tal y como yo lo veo, ninguna de las dos sirve para lo que promete, peeeero Magic es más fresco, más sutil y tiene una fragancia irresistible. Además, si te fijas en la composición todos los ingredientes son prácticamente idénticos y están colocados en el mismo orden.

—Y el orden indica la cantidad de producto de cada ingrediente.

—Exacto.

—Lo que los hace prácticamente idénticos —sentenció Nicole.

—Excepto en su olor —aclaró Susan—, y en su precio. Yo, sin duda, elegiría Magic.

—Por eso se han sentido fuertes y han demandado a Sunshine por publicidad engañosa.

—Pero es que es publicidad engañosa, Nicole —aseveró la secretaria—. Aseguran que en una semana difumina las arrugas y en un mes desaparecen por completo.

—Ya. —Asintió su amiga—. Como si algo de lo que dicen los publicistas tuviera un mínimo de verdad.

—Eso es cierto —concedió Susan.

—Vale —dijo la abogada asintiendo pensativa—. Seguiré preparando la demanda. Tú prepara una reunión con los de Magic Gold para mañana. Diles que queremos negociar.

—Perdonen que les haya hecho esperar —dijo Nicole entrando en la sala de reuniones y yendo a estrechar la mano de los dos directivos de la empresa que fabricaba el Magic Gold: Brigham Goodridge y Phoebe, su hija—. No encontraba los documentos que dejé preparados ayer para esta reunión, soy un auténtico desastre.

La abogada se sentó frente a ellos, dejó las carpetas sobre la mesa y apoyándose en ellas los miró con una enorme sonrisa.

—Soy Nicole Beller, por cierto. ¿Les apetece un café o un té? — preguntó.

—No, gracias —dijo la joven y acto seguido miró a su padre, que negó con la cabeza.

Brigham Goodridge parecía en edad de jubilarse y se lo miraba todo desde una prudencial distancia.

—¿Han encontrado mucho tráfico? —preguntó Nicole—. Le dije a Susan que les convocara a esta hora porque hay menos coches en la carretera, no quería que se quedaran atrapados en un atasco.

—No, no —dijo Phoebe—, sorprendentemente ha ido todo muy bien.

—Pues si no hay nada que les apetezca tomar empezaremos con la reunión. ¿Les parece?

—Estamos dispuestos a retirar la demanda —se adelantó la joven mientras Nicole organizaba sus carpetas—, pero solo si Sunshine elimina de sus campañas publicitarias todo aquello que saben a ciencia cierta que es falso.

Nicole levantó la vista y mostró una enorme sonrisa.

—Qué amables —dijo—. Podemos hablar de ello más tarde. En realidad esta reunión no es para hablar de su demanda, sino de la de mi cliente.

Nicole había colocado las carpetas sobre la mesa una al lado de la otra y empezó a hablar señalándolas de una en una.

—Aquí hay una moción de obligación, una de protección, de sobreseimiento, de jurisdicción...

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Goodridge visiblemente enfadado.

—¿Por qué van a demandarnos? —preguntó Phoebe con expresión asustada—. ¡Nosotros no hemos hecho nada malo!

—En realidad sí lo han hecho —dijo Nicole—. Han robado la fórmula de un producto a mi cliente. Y no contentos con eso, además quieren demandarlo por publicidad engañosa.

Padre e hija se miraron interrogativamente.

—¿Que hemos robado la fórmula? —preguntó la joven.

—Hemos comprobado la composición de Magic Gold y es prácticamente idéntica de la de Skin Velvet.

—No —intervino Goodridge—, no es prácticamente idéntica, es la misma.

—Confiesa que robaron la fórmula...

—¡No confieso una mierda! —estalló el hombre.

—Papá... —trató de calmarlo su hija.

—Señor Goodridge, acaba usted de reconocer...

—He dicho que son la misma fórmula, no que yo la robé —dijo el anciano—. Esa fórmula es mía, yo la creé y ese malnacido de Perkins me la robó. ¿Por qué se cree que no me demandó cuando empecé a comercializarla?

Nicole frunció el ceño desconcertada.

—Es más —insistió el empresario—, estoy seguro de que esto ha sido obra de ese estúpido de Jammie. Robert jamás se atrevería a demandarme.

—¿De qué está hablando?

Brigham Goodridge se apoyó en la mesa y miró a Nicole a los ojos.

—La fórmula de Magic Gold es mía y puedo demostrarlo —dijo furioso pero contenido—. Si nunca he denunciado a Robert es porque somos amigos de toda la vida. Cosa que no le frenó a la hora de coger mi fórmula y utilizarla sin pedirme permiso.

Nicole sintió que navegaba en aguas pantanosas y reculó inteligentemente recogiendo las carpetas.

—¿Por qué acusan a Sunshine de publicidad engañosa? ¿No lo son todas las campañas en cosmética?

—No —negó Goodridge—. Nosotros no engañamos a nadie. Durante años analizamos el producto, hicimos un estudio profundo y a escala y decimos que hace exactamente lo que hace, nada más.

La abogada trataba de entender la mente de aquel hombre, pero le resultaba imposible.

—Sigo sin entender su postura —dijo.

—Mi padre es un hombre de otra época, señorita Beller —explicó Phoebe después de pedirle a su padre que la dejase hablar a ella—. Cree en unos valores y principios que ahora no están de moda. Puede soportar que su amigo de la infancia haya comercializado su fórmula y haya ganado mucho dinero con ella. Muchísimo, diría yo. Pero lo que no soporta es que engañe también a los consumidores. Nosotros vendemos el mismo producto más de cuarenta dólares más barato, sin embargo Magic Gold sigue siendo el suero más vendido del mercado, muy por encima del nuestro. ¿Sabe por qué? Porque engañan a la gente ofreciéndoles el Santo Grial, el oro de El Dorado, el Arca...

—Lo entiendo, lo entiendo no hace falta que me ponga más ejemplos.

Phoebe sonrió y ella y su padre se pusieron de pie para marcharse.

—Hable con Robert Perkins —dijo Goodridge antes de irse.

Nicole cogió todas las carpetas que había preparado y salió de la sala de reuniones con un ánimo bélico y peligroso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Susan al verla aparecer con aquella expresión.

—Necesito esos zapatos una vez más —dijo Nicole refiriéndose a los Louboutin que le había regalado esa mañana en su preciosa caja.

Cuando cruzó la acera hasta la entrada de la Compañía se sorprendió de los avances que había logrado subida en aquellos zapatos. Se vio reflejada en el cristal de las enormes puertas y tuvo que reconocer que no estaba nada mal. Tenía un cuerpo muy bien formado, con poco esfuerzo conseguía mantenerse en forma gracias a un excelente trabajo de su metabolismo. No iba a ningún gimnasio, al contrario que su hermana odiaba las bicicletas y todo lo que tuviese que ver con sudar. Le gustaba hacer yoga y lo practicaba dos veces por semana en el salón de su Loft, sobre una mullida alfombra acompañada por uno de esos video tutoriales de muchachas flexibles y flacas.

Recordó lo que Susan le había dicho y balanceó sus caderas con suave cadencia haciendo que la altura de los tacones fuese más fácil de equilibrar.

Subió hasta la última planta, donde estaba el despacho del presidente y se dirigió al mostrador de recepción.

—Vengo a ver al señor Perkins —dijo con una fría sonrisa—. Soy Nicole Beller, su abogada.

La acompañaron hasta el despacho de Robert Perkins y su secretaria la hizo pasar directamente sin hacerla esperar.

—Nicole —dijo el empresario levantándose de su escritorio para ir a recibirla—, adelante, adelante.

—Gracias por atenderme tan rápido, señor Perkins —dijo después de estrecharle la mano con firmeza—. Creo que el tema así lo requiere.

—Sentémonos.

Robert Perkins era un hombre muy atractivo, a pesar de haber cruzado ya la barrera de los sesenta años. Sus ojos claros se escondían tras unas rubias pestañas. Era un hombre muy risueño y las marcadas arrugas junto a sus ojos daban fe de ello. Nicole siempre había pensado que debió ser una delicia cuando era joven, estaba segura de que el atractivo de Jammie provenía en su

mayor parte de él.

—He venido a hablar de un tema delicado —empezó—. Ayer tuve una reunión con el señor Brigham Goodridge y su hija Phoebe.

—Ya me he enterado —dijo poniéndose serio.

—Creo que es necesario que me explique...

—Todo lo que le haya dicho Brigham es cierto —atajó el empresario—. Señorita Beller, ese hombre es el ser más honrado que he conocido en mi vida y le debo mi empresa y mi fortuna.

Nicole lo miró fijamente esperando que comprendiese lo enorme de aquella afirmación.

—Es cierto que le robé la fórmula del Magic Gold y estoy seguro de que usted sabe que ese producto fue el principio de mi imperio. La marca Sunshine fue mi estandarte y después llegaron todas las demás.

El hombre que tenía delante no le parecía a Nicole capaz de robarle la fórmula a su mejor amigo para enriquecerse a su costa. Perkins se recostó contra el respaldo del sillón y la miró con una triste expresión.

—Le cuesta creerlo, ¿verdad? Es incomprensible que un hombre capaz de hacer algo así se atreva a confesarlo en voz alta.

—No es muy normal, me temo —corroboró ella.

—Señorita Beller, ¿ya no es usted la novia de mi hijo?

Nicole negó con la cabeza aún más incómoda si cabe.

—Bien —dijo y la abogada deseó que aquel bien no indicase que se alegraba por ello, aunque tampoco sería nada raro—. Le voy a contar el motivo por el que hice una canallada como esa.

—No tiene por qué decirme...

—Quiero hacerlo —confesó—. Después de hablar con Brigham me sentí... ¿Cómo se lo explico? Consciente. Como si alguien hubiese encendido la luz de pronto y comprendiese entonces que había estado a oscuras todo el tiempo. Sé que no es correcto y si le molesta no lo haré, pero permítame que se lo pregunte: ¿Le importa que fume?

Nicole sonrió y negó con la cabeza la mismo tiempo.

—Adelante —dijo.

—Prometo no echarle el humo —dijo Perkins encendiendo un cigarrillo—. Brigham y yo crecimos juntos. Vivíamos en un barrio de Brooklyn y teníamos grandes sueños. En la universidad conocimos a Rebecca Cohen. Yo me enamoré de ella enseguida. Él, tardó un poco más. Al principio, como él no le hacía caso, parecía que Rebecca se interesaba por mí. En esa época todo

el mundo decía que yo era el guapo de los dos. Él era el listo. Siempre estaba haciendo experimentos en el laboratorio de la universidad, desde crío tuvo claro que quería ser químico. Aún recuerdo el día que se presentó con la fórmula de Magic Gold, estaba convencido de que era el mejor suero facial que se había inventado nunca, pero no tenía ningún interés en hacer nada con él, así que me dijo que guardase yo la fórmula porque él seguro que acabaría perdiéndola. —Robert Perkins la miraba con los ojos de quién está viajando a sus recuerdos—. La primera en probar esa fórmula fue Rebecca. Yo la fabriqué para ella. Compré todos los ingredientes y pasé horas haciendo las mezclas. Tarde días porque tal y como Brigham lo había formulado no quedaba con la consistencia adecuada. Me di cuenta de que el proceso era importante y el orden de las mezclas también. Tal y como él lo formuló produciría el mismo efecto en el rostro, pero su aspecto sería poco apetecible. Yo quería que Rebecca lo viese como un regalo, no como un mejunje raro. —El anciano suspiró con tristeza—. Esos días en los que yo no estuve con ellos les sirvieron para darse cuenta de que sentían algo el uno por el otro y, cuando regresé con mi botecito milagroso para ella, me dieron la gran noticia.

Nicole imaginó la escena y sintió compasión por aquel joven Robert.

—¿Aun así le dio el producto? —preguntó con curiosidad.

—Sí, se lo di, pero ninguno de los dos le hizo ningún caso. Recuerdo que ella se puso una pequeña cantidad en el dorso de la mano y dijo que era agradable y olía bien, pero después nunca volvió a utilizarlo. No creyó que valiese nada. —El señor Perkins aspiró con fruición su cigarro y soltó después el humo por la nariz—. Pasaron los años, Brigham y Rebecca se casaron y se marcharon a vivir a Pensilvania. Él encontró trabajo en una petrolera y se olvidó del suero milagroso y de sus otros experimentos. Yo, en cambio, seguí investigando en el terreno de la cosmética facial. Quería montar mi propia empresa y dedicarme a ello profesionalmente. Casi había olvidado aquella fórmula y un día apareció la composición entre mis papeles. Fue como si se encendiese una luz en mi cerebro.

—¿Por qué no habló con Brigham? —preguntó ella esforzándose en no sonar crítica.

—¡Pero si lo hice! —se rio Robert Perkins—. Fui a verle a Pensilvania. Rebecca y él tenían dos niños preciosos y una casa adorable. Vivían en una bonita urbanización y se les veía muy felices. Le expliqué lo que pensaba hacer, que fabricaría el suero y trataría de venderlo a alguna compañía de

cosméticos. Se rio —asintió sin apartar la mirada de los ojos de Nicole, que estuvo segura de que decía la verdad—, me dijo que adelante, que lo fabricase y que no se lo vendiese a nadie, que montase mi propia empresa. Te harás rico, Robert, me dijo convencido.

—¡Entonces no se lo robó!

El empresario se llevó el cigarrillo a la boca y dio dos caladas antes de responder.

—Él no creyó que conseguiría nada con eso —explicó—, no me tomaba en serio. Años después me lo dijo. Pensó que seguía aferrado a mis sueños porque estaba solo. Él me compadecía porque sabía lo que yo sentía por Rebecca.

—¿Aún la amaba? ¿A pesar de los años?

Robert asintió.

—Nunca he dejado de amarla. Por eso mis matrimonios no funcionaron, siempre quería que fuese ella.

—Pero él le dio permiso, no importa lo que pensara.

—A mí sí me importa —dijo Perkins apagando el cigarrillo en el cenicero—. Además vino a verme. Cuando el Magic Gold ya se vendía en todos los salones de belleza y todo el mundo hablaba del suero milagroso de Sunshine, Brigham se presentó en mi casa. Necesitaba ayuda, su mujer estaba enferma de cáncer. ¿Te imaginas lo que sentí? ¡Rebecca enferma de cáncer! Entonces cáncer era sinónimo de muerte segura. Fue un mazazo horrible. Brigham me dijo que el suero era suyo y que tenía que ayudarlo con el tratamiento porque era carísimo. Le dije que sí, que yo pagaría todos los gastos, pero que a partir de ese momento jamás volvería a repetir que el suero era suyo. No pretendía estafarlo, tan solo creía que no habría sido justo que después volviese para recuperarlo. Me dio su palabra y la ha cumplido.

—Hasta ahora —dijo Nicole, que ya no tenía tan buena opinión de Brigham Goodridge.

—Incluso ahora —contradijo—. Sé que nunca lo hará público.

—De algún modo lo ha hecho —dijo ella con tristeza, sabía que ese hombre necesitaba aferrarse a la idea que tenía de su amigo, pero ella era su abogada y debía decirle la verdad—. Al fabricar el mismo suero está poniéndolo en evidencia, y al venderlo más barato está haciendo competencia desleal.

—Es cierto, y lo sé, no piense que me engaño. Pero no ha conseguido lo que esperaba. Las clientas siguen prefiriendo el Magic Gold, no necesito

publicidad engañosa.

—Pero quizá, si abandona esa publicidad, las clientas acaben dándose cuenta de que pueden conseguir un producto idéntico mucho más barato.

—Nunca será idéntico —explicó Robert—. Brigham ha fabricado el suero que él creó. Con la ayuda de su hija ha conseguido una textura y aroma mucho más agradable que el original, pero aun así no es exactamente igual al mío, porque yo introduje una serie de variables en el original pensando en Rebecca, ¿lo recuerda?

Nicole asintió.

—Ahora sé cuál es la solución a este problema y su bufete será el encargado de redactar los documentos que lo harán posible.

3

Yo nunca cojo vacaciones

Lewis iba saludando a todo el mundo según avanzaba por el backstage. En ese mundillo todo el mundo se conocía y alguna que otra vez habían trabajado juntos. Llegó hasta el camerino de John y tocó a la puerta. Cuando Luke abrió tuvo un pequeño sobresalto, como cuando estás ante algo que no encaja.

—¿Luke? —dijo en voz alta.

—Lewis, ¿qué haces aquí? —preguntó su antiguo manager.

—Deja que pase —se escuchó la voz de John dentro.

Luke se apartó para dejarle pasar y Lewis entró sin sacar las manos de los bolsillos de su cazadora.

—Muchas gracias, Rita —dijo John a la maquilladora para que los dejase solos.

—¿Eres su manager? ¿Es eso? —No había rencor en su voz, tan solo sorpresa.

—John y yo nunca perdimos el contacto —explicó el interpelado.

Lewis torció la sonrisa.

—Lo entiendo —aclaró—, dejaste bien claro tu opinión sobre el resto del grupo.

—No dije nada que tú no hayas visto. —Si había algo que caracterizase a Luke Shepley era su absoluta franqueza—. Me despedisteis porque no creía en el grupo, pero nunca os mentí, lo que yo veía también lo veías tú, aunque te empeñes en negarlo.

—He venido a hablar con mi... amigo —dijo Lewis haciendo una pausa antes de la última palabra y con la vista clavada en John.

—Déjanos solos, Luke —dijo John sin apartar la mirada—, Lewis sabe que soy más fuerte que él.

—Sale en media hora —dijo el manager mirando a Lewis—. Me he alegrado de verte.

Salió del camerino y los dejó solos.

—¿Nos sentamos? —John señaló un destartalado sofá y varias butacas.
Lewis se sentó en una de ellas y esperó a que su amigo hiciese lo mismo.

—¿Una cerveza? —preguntó el solista.

Su amigo asintió y esperó a que pusiese el botellín en su mano y se sentara.

—Siento como han ido las cosas —empezó John.

—Hablamos el día de Navidad —dijo Lewis muy serio.

—Estabas con tu familia, no podía darte ese disgusto...

—Era mejor esperar a que volviese.

—¡Sí! Claro que era mejor. Acababas de saber que tu padre había tenido un infarto.

Lewis dio un trago a su cerveza sin dejar de mirar a su amigo.

—Al final va a resultar que tengo que darte las gracias.

—No es eso, Lewis. —Se llevó la mano a la cabeza y lanzó una blasfemia al notar la cera que Rita le había puesto—. No soporto estas cosas en el pelo.

—Córtatelo —dijo Lewis levantando una ceja.

—Escucha —pidió su amigo mirándolo a los ojos—. No quiero que pienses que no tuve dudas. Le di muchas vueltas antes de tomar la decisión...

—¿Crees que no entiendo que quisieras dejarlo? ¡Hace meses que hablo contigo sobre ello! ¿Y me dijiste algo? ¡No! —Lewis dejó la botella sobre la mesa y miró a su amigo con una dura expresión—. No me vengas con tus mierdas. No me importa si tenías dudas, ni siquiera me importa que dejes el grupo. Lo que no te perdono es que no me lo contarás antes. Si querías dejarlo pues hablas con nosotros para que ideemos una estrategia, no nos dejas con el culo al aire y sin salida.

—Adam y Stan no estaban preparados...

—Vete a la mierda —dijo Lewis poniéndose de pie—. Pero ¿tú te escuchas cuando hablas? ¡Nos has dejado con un marrón impresionante! ¡Atados de pies y manos sin poder maniobrar, a expensas de lo que quiera la discográfica!

—Carly lo hará bien.

Lewis abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Se puso las manos en la cintura, nunca sabía qué hacer con ellas cuando no sostenían una guitarra. Se miraron durante unos segundos hasta que Lewis negó con la cabeza y caminó hacia la puerta. John no lo detuvo y vio como su amigo salía del camerino y cerraba la puerta tras él con suavidad. Hubiera preferido un sonoro portazo, su ánimo lo habría recibido mejor que aquel silencioso

desprecio.

—Carly —dijo Aurelio Prevost, el productor del grupo, activando el micrófono de la sala—, vamos a repetir esta parte, pero te pido que no arrastres la voz. Esa es una marca demasiado personal y aquí necesitamos un poco de ambigüedad.

La cantante asintió y se volvió a colocar los cascos. Sonrió al ver que Lewis entraba en el despacho y le hizo un gesto con la mano a través del cristal.

—¿Cómo va? —preguntó el guitarrista.

—Bien —dijo Aurelio sin demasiada convicción.

Lewis se sentó junto a él en la mesa de mezclas y se colocó de lado para que Carly no viese sus labios.

—No funciona, ¿verdad?

—Yo soy un mandado, Lewis —dijo el otro sin mirarlo.

—Aurelio, nos conocemos hace años, no me vengas con esas.

—Tiene un registro muy personal. Es una mezcla entre Dolores O'Riordan y Miranda Lambert. Sus agudos son una pasada y sus graves te sacuden por dentro.

—Es demasiado buena. —Lewis sonrió y se volvió a mirarla mientras cantaba.

Carly lo miraba también y estaba claro que estaba cantando para él.

—No creo que los fans de Little Town quieran esto —sentenció Aurelio. Lewis no lo contradijo.

—Anda, salgamos esta noche. —Carly lo miraba con aquella expresión desvalida y Lewis se sentía como un anciano seduciendo a una jovencita.

Acababan de hacer el amor y el cuerpo, desnudo y perfecto, de la cantante descansaba sobre el suyo.

—Quiero ir a algún sitio y bailar y emborracharme —insistió ella—. Nunca te he visto borracho.

Lewis sonrió y le apartó el pelo de la cara.

—Quería trabajar esta noche —dijo.

—¡No, porfa! —pidió colocando la boca como hacen los niños pequeños cuando quieren algo que no les dan.

—Está bien, saldremos. ¿A dónde quieres ir?

—Vamos al Dark Roses y luego ya veremos. —Carly se levantó de la cama y se dio una sonora palmada en el trasero—. Este culito quiere marcha. ¿Te vienes a la ducha?

—¿Te refieres a esa clase de marcha? —dijo él con una sonrisa divertida.

—Menos lobos, Caperucita —dijo ella señalando el miembro viril que descansaba agotado sobre su muslo—. Ya sabes que yo estoy dispuesta...

Lewis la vio desaparecer hacia el baño, se puso un brazo bajo la cabeza y cerró los ojos. Lo último que le apetecía hacer era salir de marcha. ¿Se estaría haciendo viejo? Bajó los pies al suelo y apoyó los codos en los muslos. ¿A qué venía aquel desánimo? John les había hecho una putada, era cierto, pero él no era esa clase de persona que se amilana con las dificultades. Le dolía lo que había hecho su amigo, más por lo de amigo que por lo del grupo. Pero ¿acaso podía culparlo? Vio una salida y la tomó. ¿Qué habría hecho él en su situación?

Se apartó el pelo de la cara y cogió el móvil de la mesilla. Tenía cinco llamadas perdidas de Niall. Apretó el botón de rellamada y esperó.

—¿He sido muy pesado? —preguntó su hermano al descolgar.

—¿Pasa algo grave? —dijo Lewis sonriendo—. ¿Olivia ha vuelto a dejarse la puerta abierta y han entrado a robar?

—Muy gracioso.

—Supongo que me llamabas para algo.

—¿Cuando te coges las vacaciones? —preguntó Niall que tenía los dedos cruzados.

—Yo nunca cojo vacaciones, Niall, soy músico.

—Cierto.

—¿Me necesitas para algo?

—A ver, técnicamente no te necesito. No es una necesidad propiamente dicha, ya sabes algo ineludible y eso...

—¿Quieres ir al grano? Tengo que vestirme para salir.

—Vale. Tengo que ir a París para un evento de moda en un par de meses...

—Que guay —dijo su hermano con ese tono que ponen los hermanos cuando se están riendo del otro—. ¿Y no sabes qué ponerte?

—Muy gracioso, imbécil —dijo—. Es un evento que dura una semana y tendré sesiones de fotos de unas dos horas cada día.

—No veas qué curro —siguió Lewis con la broma—, esta claro que os

explotan, tío, ¿ya estás sindicado?

—¿Quieres dejar la tontería para tu ligue? Seguro que a ella le pareces muy gracioso.

—Pues tienes razón —respondió el músico.

—Escucha y calla —ordenó Niall apretando más los dedos—. Olivia y yo no tuvimos un viaje de novios como Dios manda y se me ha ocurrido que podría venirse conmigo a París.

—¡Qué práctico! —se rió Lewis—. ¿Y me llamas para contármelo?

—No, te llamo para pedirte ayuda.

—¿No sabes comprar un billete de avión?

—Con tus sobrinos.

Lewis frunció el ceño desconcertado.

—¿Con mis sobrinos?

—Si fuese época de vacaciones podríamos dejarlos a todos en casa de papá, con Pierce y Sara, pero hay clases y Olivia no aceptará que alteremos su rutina.

—Olivia es inteligente —apuntó su hermano.

—Quiero hacer ese viaje, Lewis, me apetece muchísimo.

—Yo no puedo ocuparme de cuatro críos, Niall, ¿cómo se te ocurre?

—No estarías solo. —Niall soltó los dedos que había apretado tanto que le dolían—. Después de hablar contigo llamaré a Nicole y le pediré lo mismo.

—¿A Nicole? ¿Quieres que Nicole y yo nos ocupemos de tus hijos una semana? Pero ¿tú te has tomado algo?

—Ya sé que no os caéis muy bien, pero...

—¿Que no nos caemos muy bien? Niall, es una borde adicta al trabajo y con menos sex-appeal que un puerco espín.

—Y no le gusta la música country —añadió su hermano que sabía que esa era la razón principal de su antagonismo.

—Tú viste lo que dijo. —La caja de los truenos ha sido abierta, señores—. ¡Delante de toda la familia! Oía las risas de Pierce desde la calle cuando me fui de tu casa.

—Te lo tomaste muy a pecho. Nicole es una persona directa que dice lo que piensa. Y divertida, porque no me negarás que fue divertido, yo aún me río cuando me acuerdo.

—Gilipollas.

—Pero ¿sabes qué más es? Pues es la mejor tía para sus sobrinos.

—Que no, tío, que no me paso una semana con esa en tu casa ni harto de

vino.

—Ok —dijo Niall fingiendo darse por vencido—. Pues nada de viaje.

—Vamos, Niall, no seas capullo. Seguro que encuentras otro modo...

—Sí, sí, no te preocupes, no es problema tuyo. Yo soy el que tiene una familia numerosa. Tú puedes disfrutar de tu libertad como soltero que eres y no tienes porque ayudar a tu hermano que, después de todo, se metió en este lío porque quiso. Y oye, que no me quejo, soy muy feliz con mi familia. No todo el mundo puede ir a París con su mujer y no pasa nada.

—Está bien —claudicó Lewis.

—¿Qué?

—Que está bien. Si no encuentras otro modo, iré. Mándame las fechas y lo arreglaré todo. ¿Puedo ir con alguien?

—¿Con alguien? ¿Te refieres a un ligue? Espero que no te estés refiriendo a traerte un ligue a mi casa, con mis hijas...

—No he dicho nada —dijo con aburrimento—. Y ahora te dejo que estoy desnudo en mi habitación de soltero porque acabo de tener el sexo más alucinante que puedas imaginarte con un pibón de diez.

—Vete a la mierda.

—Yo también te quiero.

Colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla unos segundos. ¿De verdad había dicho que sí?

—¿Todavía estás así? —Carly apareció con el cuerpo brillante por el aceite con el que se había untado.

—Me parece que vas a necesitar otra ducha —dijo Lewis apoyando los codos en la cama para mostrarle sus atributos en plena forma.

Carly sonrió con picardía y no se hizo de rogar.

Una maravilla de diseño y modernidad

—Está con una llamada importante —se disculpó Sandra.

—Esperaré —dijo Jammie con su teléfono en la mano—. Aprovecho para leer los correos que siempre se me acumulan.

Cuando Nicole salió de su despacho y lo vio allí sentado no pudo evitar pensar en lo guapísimo que era. Sin duda Jammie Perkins era el hombre más guapo de todo Nueva York. Su belleza iba mucho más allá de una cara bonita. Era guapo de cara, tenía un cuerpo espectacular y una simpatía natural capaz de desarmar a cualquiera. Pero también era inteligente, divertido e intrépido, lo que lo convertía en un auténtico monstruo de ligar.

Nicole carraspeó con disimulo y forzó una sonrisa.

—Hola, Jammie —saludó—, perdona que te haya hecho esperar. Adelante.

—Gracias, Nicole. —Cerró la puerta cuando estuvieron dentro.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó ella.

—No, gracias —dijo—. He venido a hablar de la demanda contra Magic Gold. Quiero saber cómo lo llevas y asegurarme de que no iremos a juicio.

—No, no iremos a juicio porque no habrá demanda —respondió Nicole.

El hombre frunció el ceño, molesto.

—¿Qué?

—Deberías habernos contado toda la historia. Me hiciste quedar como una imbécil delante de esas personas.

—¿De qué estás hablando?

—Brigham Goodridge y tu padre son amigos de la infancia y la fórmula de Magic Gold es suya.

—Todo eso son estupideces de viejos —argumentó Jammie moviendo la cabeza con expresión de desprecio—. Nos han calumniado y demandado y quiero devolvérsela.

—¿Por qué ese odio? —Nicole no lo entendía—. Te digo que no hay caso.

—¿No hay caso? ¿Estás segura? ¿Has hecho bien tu trabajo? Espero que nuestras diferencias no hayan afectado a tu profesionalidad.

Nicole respiró despacio y de manera silenciosa como hacía siempre que estaba cerca de perder los nervios y sabía que no le convenía.

—¿Te parece que nos sentemos? —ofreció señalando la zona de descanso de su despacho—. Estaremos más cómodos.

—Pídemme un café —dijo él cambiando de opinión—, necesito algo en las manos.

Nicole esperó hasta que Sandra trajo los cafés para retomar el tema.

—Después de la reunión con Goodridge hablé con tu padre —dijo.

—Lo sé. ¡Lo que no sé es cómo te atreviste! —exclamó furioso.

—Robert Perkins es nuestro cliente, no tú. —Nicole no se alteró lo más mínimo—. Debía saber su opinión sobre el tema ante de hacer algo de lo que tuviésemos que arrepentirnos.

Jammie apretó los labios tratando de contener sus emociones.

—¿Lo sabía! —dijo mordiendo las palabras—. Sabía que estarías resentida.

—No estoy resentida —dijo con aparente frialdad—. Lo que ocurrió entre nosotros no ha tenido nada que ver en esto.

La imagen de Jammie en la cama con Leilani MacKenzie se materializó clara y nítida frente a ella. Tenía muy buena cabeza para los nombres y las caras, nunca olvidaba ni lo uno ni lo otro, pero no tenía ni idea de quién era aquella veinteañera con unas tetas de infarto y capaz de caminar sobre trece centímetros con la misma soltura con la que acababa de cabalgar sobre el que había sido su novio, de manera intermitente, los últimos dos años.

—La guerra de esos dos hace años que dura —dijo Jammie recuperando la compostura—. Y estoy harto de aguantar las estupideces de ese viejo cada vez que coincidimos en algún lugar.

—¿Estás hablando de Brigham Goodridge?

—¿De quién si no?

—Tu padre quiere que redacte un contrato para ellos —explicó Nicole—. Quiere llegar a un acuerdo para comercializar los dos productos, el suyo y el vuestro. Uno sería Low Cost y el otro de lujo. Además se compromete a cambiar la campaña publicitaria del producto.

Jammie entrecerró los ojos mirándola con atención.

—¿Ha sido idea tuya?

—No. Tu padre ya lo tenía todo pensado cuando fui a verle.

—Goodridge no aceptará. He intentado hablar con él muchas veces y no quiere saber nada de mí.

—Tu padre hablará con él —lo tranquilizó.

Jammie movió la cabeza negativamente, no le gustaba nada la idea.

—¿Te ha contado la historia? ¿Lo de que estuvo enamorado de Rebecca?

Nicole asintió.

—Pero eso fue antes de conocer a tu madre —dijo la abogada—. No tienes por qué guardarle rencor.

—Son negocios, Nicole, no tiene nada que ver con lo que yo siento por esa familia.

La abogada lo miró interrogadora, estaba claro que allí había algo que se le escapaba, pero también lo estaba el hecho de que él no iba a contárselo.

—¿El contrato no nos perjudicará? —preguntó muy serio y Nicole respondió negando con la cabeza—. ¿Estás segura?

¿Estás tu seguro de que si pones el ojo en una fémina ésta caerá de rodillas a tus pies y te hará una...?

—Estoy segura —dijo apartando aquella imagen de su cabeza.

—Entonces convoca una reunión con ellos en cuando tengas el contrato redactado. Pero cuenta conmigo, no dejaré que mi padre se enfrente a ese hombre, solo.

—Perfecto —dijo Nicole poniéndose de pie.

Jammie también se levantó, pero en lugar de caminar hacia la puerta, se acercó a ella.

—Estás muy guapa —dijo con aquella voz tan seductora y una mirada que quitaba el aliento—. ¿Te has hecho algo en el pelo?

Nicole se ruborizó y sintió que el calor la arrollaba como una ola gigante.

—Está como siempre —respondió con timidez.

—No lo creo, tiene un brillo especial... —Apartó el pelo de su cara rozándola con un dedo—. ¿Estás saliendo con alguien?

—Nnnno —dijo ella apartándose nerviosa.

—¿Por qué no quedamos para cenar? —preguntó él—. Conozco un sitio nuevo. Y luego podríamos ir a mi casa.

—Jammie... —Lo miró molesta.

—¿Todavía no me has perdonado? Ya hace tres meses que lo dejamos y en este tiempo te he echado mucho de menos.

—No hay nada que perdonar —dijo Nicole incómoda por la situación—. Lo nuestro se acabó.

—No digas eso. —Estaba utilizando todos sus trucos, la caída de ojos, morderse el labio, inclinar la cabeza.

Nicole apartó la mirada, no podía dejar de pensar en lo guapísimo que estaba y en las ganas que tenía de que la rodease con sus brazos.

—Será mejor que te marches antes de que entre Susan.

—¿Te acuerdas aquella vez que nos pilló haciéndolo en ese sofá? —dijo señalando el mueble.

Nicole sintió que todo su cuerpo se ruborizaba al recordar la escena. Susan no tenía que estar en la oficina, no había nadie a esa hora...

—Me muero por hacértelo ahora mismo —susurró él acercándose peligrosamente.

La abogada se dio la vuelta para caminar hacia la puerta, pero él la agarró por la cintura y la atrajo acoplándola contra su cuerpo.

—¿La sientes contra tu trasero? —susurró en su oído—. Pobrecita, quiere volver a casa. Te echa tanto de menos.

El corazón de Nicole bombeaba sangre con fuerza aumentando de velocidad por momentos. Estaba muy excitada y apenas podía respirar.

—Quedemos esta noche —siguió susurrando en su oído—. Cenaremos, charlaremos y después... Prometo dedicarme por completo a ti. Te daré tanto placer que mañana estarás afónica de tanto gemir.

Haciendo acopio de toda su resistencia se apartó de él y bajándose la falda de tubo caminó hasta la puerta. Respiró hondo antes de abrirla.

—Estaremos en contacto, señor Perkins —dijo poniendo su mejor y más falsa sonrisa—. Susan, ¿acompañas al señor Perkins a los ascensores, por favor?

—Por supuesto —dijo la secretaria.

—Te llamaré —dijo él cuando le estrechaba la mano sin apartar sus ojos de ella.

Nicole entró de nuevo en el despacho y cerró la puerta apoyándose en ella. Si esa noche se presentaba en su casa caería rendida a sus pies.

—Lewis es un buen tío —Olivia hablaba con su hermana mientras preparaba la cena para las niñas.

—Le caigo fatal —apuntó Nicole—. ¿Cómo vamos a pasar juntos una semana? Estás loca.

—No le caes mal. Es cierto que fuiste un poco borde con él.
—¿Borde? ¡Qué dices!
—Dijiste barbaridades de la música country.
—¿Barbaridades? Dije la verdad, lo que piensa cualquier persona que entienda un poco de música.
—Nicole...
—¿Qué? —Trataba de que no se le notara la risa.
—Le dijiste que podías componer una canción country en dos minutos y te pusiste a cantar aquello sobre un camionero enamorado al que su novia dejaba por un tío que tenía un rancho.
—No digas que no fue ingenioso —dijo Nicole sin poder aguantarse ya la risa—. Yo creo que lo que más le dolió fue que utilizase la música de una canción de Taylor Swift.
—Eres muy mala, hermanita —dijo su hermana sujetándose la mandíbula para no romper a reír.
Nicole abrió la bolsa de plástico y vertió las verduras en la ensaladera.
—¿Qué es ese ruido? —preguntó Olivia.
—Mi cena.
—¿Tu cena suena así?
—Así suena la bolsa en la que vienen las verduras de mi ensalada.
—¿No puedes comprar verdura fresca?
—En mi casa no hay nada fresco, ya lo sabes, se pudriría.
—¿Te has acostumbrado ya a tu Loft? —Olivia se sirvió una copa de vino—. Cas, estoy hablando con la tía Nicole de cosas personales y tengo el manos libres puesto para poder cocinar, saluda y vete de la cocina.
—Hola tía Nic —dijo Cas sonriéndole al teléfono.
—Hola preciosa —respondió su tía—. ¿Qué tal el trabajo de español?
—Me han puesto matrícula —dijo la niña sonriendo orgullosa.
—Te lo mereces —respondió su tía en español.
—Estoy de acuerdo —dijo la niña utilizando el mismo idioma.
—Anda, ahora déjanos —dijo Olivia llevándola hasta la puerta—, ve con tus hermanas y diles que en quince minutos estará la cena.
—¿Ya estamos solas? —preguntó Nicole.
—Sí. ¿Quieres contarme algo?
—Sí.
—Pero antes respóndeme a lo que te he pedido, ¿te vendrás una semana para que tu hermana pueda ir a París con su marido y recordar lo que es tener

sexo en cualquier lugar y a cualquier hora sin temor a provocar un trauma a unas preadolescentes?

—Claro que iré, cuenta conmigo. Siempre que convenzáis a Lewis, no quiero comerme el marrón sola.

—Tranquila, Lewis ha dicho que sí. Y ahora, cuéntame.

—He visto a Jammie —explicó Nicole con expresión desconcertada al saber que el hermano de Niall había aceptado. No imaginaba lo que le habría dicho su hermano para convencerlo. Quizá lo había amenazado con contar algún secreto inconfesable de esos que solo saben los hermanos.

Olivia se apoyó en la encimera con la copa en la mano.

—¿Por trabajo? —preguntó, ajena a los pensamientos de la abogada.

—Sí, quería que pusiéramos una demanda y pidió que me encargara yo.

—¿Y tu jefe aceptó? ¿Es imbécil o qué le pasa? —Olivia acercó el oído al móvil que descansaba sobre la encimera de cuarzo de su cocina y escuchó—. ¿Estás cortando las verduras con una tijera? ¿No te he dicho un millón de veces que así no se hace una ensalada?

—Un millón una —respondió la otra riendo—. Nunca harás de mí una buena cocinera, hermanita. Y no conquistaré a ningún hombre por el estómago.

—No necesitas conquistar a ningún hombre —dijo su hermana—, lo que necesitas es darte cuenta de la suerte que tendrá el que te conquiste a ti.

—Sí, claro. Tendrías que haber visto la pinta que hacía con los Louboutin que me compré.

—Seguro que estabas de lo más sexy —dijo Olivia sonriendo.

—¿Sexy? Si un pato te parece sexy...

—Niall te manda cariños —dijo Olivia y Nicole escuchó un sonido que identificó como un beso.

—Dejad de morrearos mientras hablamos —bufó enfadada—, ¿no podéis estar unos minutos sin sobaros?

—Si te parece que nosotros somos empalagosos tendrías que ver a Sara y Pierce —dijo Niall.

—Gracias, eso me anima mucho —dijo Nicole mirando las destrozadas verduras con aprensión.

—No seas tonta. —Olivia apartó a su marido y se centró en su hermana—. Eres una mujer preciosa, una abogada magnífica y por fin has dejado de vivir con papá y mamá, ¿qué más se puede pedir?

—No te creas —la cortó su hermana—, cada día me arrepiento más de

esa decisión. Este Loft es muy moderno y elegante al mismo tiempo, pero yo añoro mi cuarto en casa. Y a mamá y papá. —Miró la que iba ser su cena—. Y su pescado al horno, sobre todo al horno.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Olivia—. Necesitas intimidad. ¿Cómo vas a llevar a tus citas a casa de tus padres?

—Si viviera con mamá y papá no habría roto con Jammie cuatro veces.

—Pero eso sería porque ni siquiera habrías salido con él. ¿Qué hombre de treinta años va a querer acostarse con su chica en la casa familiar?

—Y menos con lo cotillas que son vuestros padres —dijo Niall.

—¡Con mis padres no te metas! —dijeron las dos hermanas al unísono.

—Vale, vale, hermanas Beller. —Niall se dispuso a salir de la cocina, pero antes de irse preguntó a su mujer bajando el tono—. ¿Ha dicho que sí?

—Siiiií —respondió Nicole—, he dicho que sí.

—Eres la mejor cuñada del mundo —dijo Niall—. El hombre que te consiga...

—¡Lárgate! —de nuevo las hermanas se hicieron eco.

—Ya se ha ido —dijo Olivia—. ¿Cómo ha ido lo de Jammie?

—Nada, no te preocupes. Ha sido una reunión de trabajo nada más. —En cualquier momento entraría otra de las niñas y Nicole no quería hablar a trompicones, así que decidió dejarlo para otro momento en el que pudiesen estar tranquilas de verdad.

—¿Seguro? Si necesitas hablar le pongo la cena a las niñas y te vuelvo a llamar...

—No, no, todo está bien, no te preocupes.

—Entonces cuento contigo para que vengas una semana.

—Sí, cuenta conmigo. Hablaré con Vincent y me tomaré una semana tranquila, trabajaré solo por la mañana o por la tarde.

—Perfecto —dijo Olivia—. Pues te dejo que es la hora de la cena.

Cuando colgó el teléfono Nicole se quedó unos segundos mirando aquella inapetecible ensalada con las manos apoyadas en la encimera de madera de la isla que tenía en medio cocina. Después levantó la vista e hizo un recorrido por su Loft. Los confortables y mullidos sofás, la lámpara ultra moderna, la mesa de centro hecha con los tocones de dos secuoyas... Una maravilla de diseño y modernidad, pero tan vacío y silencioso que para ella era como vivir dentro de un decorado.

5

Lo que me inspira

—¿Lleva tres días en el grupo y ya te la tiras? —Stan miraba a su amigo con admiración.

—En realidad no estoy seguro de quién se tira a quién —respondió Lewis sonriendo.

—Está buenísima —dijo el bajista.

—¿Habláis de Carly? —Adam acababa de entrar en el estudio.

—¿Cómo lo sabes? —Stan lo miró sorprendido.

—Intuición —dijo sonriendo con ironía.

—Lewis se la tira.

—¡Bien por Lewis! —Adam chocó la mano con su amigo.

—No habléis así de ella —dijo Lewis—, es una mujer, no un objeto.

—Vale, tío, no te ralles.

—No es eso, pero no me gusta que habléis de ella como si lo único que importase fuese su cuerpo.

—Para nada —dijo Stan—, también canta de puta madre.

Lewis miró a su amigo como si no hubiese entendido nada.

—¿Vas en serio con ella? —Adam se sentó en uno de los taburetes y comenzó a dar vueltas sobre su eje.

—Y yo qué sé —Lewis rasgó las cuerdas de su guitarra y los otros dos se callaron para escucharlo.

—Eso es nuevo —dijo Stan.

—Es muy bueno —opinó Adam—. ¿Tiene letra?

Lewis negó con la cabeza.

—Lo compuse estando en casa de mi padre, pero no consigo terminarla.

—Pues es de lo mejor que has compuesto —dijo Adam.

—Hola chicos —saludó Carly bajando la rampa del estudio. Se acercó a Lewis y le plantó un beso en la boca dejando claro que estaban juntos—. ¿Qué? ¿Empezamos a trabajar?

—Tomáoslo como queráis, pero os digo que esa tiene que entrar —sentenció Carly poniendo las botas sobre la mesa.

—Eso será si todos estamos de acuerdo —dijo Stan de malas maneras.

Llevaban dos horas trabajando en las canciones que iban a grabar y que cantarían en el próximo concierto del grupo. Carly se empeñaba en incluir temas suyos y los chicos trataban de hacerle entender lo que sus seguidores esperaban de ellos.

—No conocen esas canciones y bastante cambio será que cantes tú en lugar de John —insistió Stan—, como para, además, endiñarles tus canciones.

—Esas canciones hacen que mi voz se luzca, Adam y de lo que se trata es de dejarlos con la boca abierta —dijo Carly—. ¿Tú qué opinas, Lewis? Podrías tomar partido.

—Da igual lo que toquemos —dijo—, no les va a gustar.

—Menudo cenizo eres —dijo Carly bajando los pies al suelo con expresión hastiada.

—Chicos, tenemos el primer concierto dentro de un mes —dijo Adam—, da igual lo que pensemos nosotros, debemos prepararnos para ello. Carly, cantas de puta madre y eres guapísima, pero Stan tiene razón, ya meteremos tus canciones en el siguiente concierto. Para el primero tenemos que ir con una lista de nuestros mejores éxitos para que las fans se sientan cómodas.

—Está bien —cedió harta de luchar sola—, lo haremos como queréis, pero después no cederé.

—¿Hay algo más que queráis discutir? —preguntó Adam mirándolos a todos de uno en uno—. Bien, pues ya podemos irnos a tomar unas birras al *Mockingbird*.

—Yo prefiero quedarme aquí un ratito. —Carly se tumbó sobre Lewis y empezó a comerle la boca.

Adam y Stan se miraron y se hicieron un gesto para largarse de allí.

—Que retocéis bien —dijo Stan de cachondeo.

Los dos músicos salieron del local y la puerta metálica golpeó al cerrarse.

—¿Por qué eres tan borde con ellos? —preguntó Lewis apartándose de ella y poniéndose de pie. Había pasado un mal rato.

—Son tíos —dijo Carly—, si no los marco desde el principio se pensarán que pueden torearne.

—Somos un grupo —dijo el guitarrista—, esto no va de tío o tía.

—¡Y tanto que va de eso! —dijo la cantante poniéndose también de pie

—. La vida va de eso, cariño. Lo que pasa es que tú eres tío y no te ha hecho falta saberlo.

—Vale, pero no puedes estar a la defensiva con ellos. Si vas a formar parte del grupo...

—Ya formo parte del grupo, querido —dijo la cantante, molesta—. No me estáis evaluando para ver si me aceptáis. Es una decisión de Steel y Brenda, no vuestra.

—Ya lo sé —dijo él en el mismo tono—, si fuese decisión mía no habría grupo.

—¿Todavía sigues con eso? —preguntó acercándose a él.

—¿Con la idea de hacer la música que quiero hacer y dedicarme en cuerpo y alma a lo que me inspira? Sí, todavía estoy con eso.

—¡Lewis! —Trató de cogerle del brazo.

—¿Qué? —dijo soltándose de ella bruscamente. Hizo un gesto que demostraba que sentía haber sido brusco—. Mejor vayamos al *Mockingbird* con los chicos. Es lo que hacemos siempre.

—Yo no soy John —dijo Carly dejándose caer en el sofá.

—Lo sé —dijo él y al ver que no se movía, se encogió de hombros y se marchó.

Cuando Lewis llegó a su casa la encontró sentada en las escaleras, esperándolo.

—¿Llevas mucho rato aquí? —dijo sentándose a su lado.

—Bastante —dijo ella apoyando la cabeza en su propio hombro para mirarlo—. ¿Estás enfadado conmigo?

—No, no estoy enfadado. —Sonrió con dulzura—. Siento haber discutido contigo.

Ella lo abrazó y se sentó a horcajadas sobre él. Lewis miró a su alrededor, no quería violentar a sus vecinos.

—¿Quieres que te cuente una de mis fantasías eróticas? —susurró—: Hacerlo en un lugar público.

—Es la fantasía recurrente de mucha gente —dijo él.

—¿Ah, sí? —Carly le mordió el lóbulo del oído—. ¿La tuya es mejor?

Lewis sonrió.

—Mucho mejor —dijo levantándose con ella encima y caminando hacia la puerta—. Porque la mía puede realizarse y voy a demostrártelo ahora

mismo.

—¿Estás preocupado? —preguntó Carly apoyada en su pecho y mirándolo con expresión inocente.

—¿Cuántos años tienes, Carly? —preguntó él—. No sé si debería habértelo preguntado antes.

—Tengo los suficientes, tranquilo —dijo ella sonriendo.

Lewis le apartó el pelo de la cara con ternura.

—Eres muy joven.

—Sí, abuelo —dijo ella.

—Para ti todo es un juego y una diversión —constató él—, pero yo llevo demasiado tiempo haciendo esto, esperando que llegue mi momento.

—Preocupándote no llegarás a ningún lado y además no te das cuenta de la suerte que tienes —dijo ella sentándose en la cama desnuda y con aquella desinhibición natural que la caracterizaba—. Has podido sentir el calor del público en un escenario. Ojalá yo pueda disfrutar de ello pronto.

Lewis la miró y se maravilló de aquella ilusión que refulgía en sus ojos. Hacía demasiado tiempo que no la veía en los suyos. Ya no recordaba desde cuando.

—Tienes razón —dijo contagiado por su entusiasmo—. Debo tratar de disfrutar del momento.

Carly se puso de rodillas y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Eso no significa que no puedas realizar tu sueño —dijo—, tan solo tendrás que esperar un poco más.

—¿No eres demasiado joven para ser tan sabia? —preguntó y sin esperar respuesta la besó en los labios.

Carly se apartó después de unos segundos y lo miró a los ojos.

—No vayas a enamorarte —le advirtió—. Eres demasiado inmaduro para mí.

Lewis se echó a reír y la tumbó en la cama colocándose sobre ella.

6

Angustia y soledad

Jammie la acariciaba como si fuese la primera vez que reconocía su cuerpo hasta el último detalle. La movía hacia uno y otro lado a su voluntad besándola o mordisqueando según la porción de carne a la que dedicase su atención. Habían cenado y habían paseado hasta que sus pasos los llevaron, casualmente, hasta el Loft de Nicole. Él la había besado en la puerta, como un adolescente llevando de vuelta a casa a su cita. Cuando ella sacó las llaves él se las arrebató de las manos y abrió antes de que dijese nada.

La arrastró hasta dormitorio y una vez allí la desnudó con precipitación y con el deseo latiéndole en la mirada.

—Me muero por estar dentro de ti —dijo sin dejar de mirarla.

Besándola la llevó hasta la cama y la tumbó sobre la colcha con urgencia. Nicole se dejó hacer demandar indolente. Durante unos pocos minutos Jammie se dedicó a satisfacerla, acariciando, besando y mordiendo con demasiada intensidad. Cuando creyó que ya era suficiente se colocó entre sus piernas y se introdujo en su interior empujando de manera descontrolada. Nicole se concentró en sentir prohibiéndose pensar en nada, borrando de su cabeza la perturbadora imagen en la que se veía a sí misma como una muñeca de plástico. Un objeto sexual.

Estaban sentados en la cocina reponiendo fuerzas. Jammie llevaba los bóxer y Nicole se había puesto una fina bata porque no se sentía cómoda estando desnuda delante de él.

—¿Te importa si la subo a mi Instagram? —preguntó Jammie mostrándole el selfie que había hecho en la cama—. No se te ve nada y estás preciosa.

—No lo subas —dijo la abogada.

—Demasiado tarde —dijo él sonriendo—, tienes que ser más rápida en tus reacciones.

—Bórrala —pidió deteniendo el cuchillo con el que cortaba unas cuñas

de queso—. Por favor.

—Está bien —dijo él trasteando con su móvil—. Ya está, no te preocupes.

Nicole sonrió agradecida y siguió cortando el queso y depositándolo en un platito.

—¿Quieres que me quede esta noche? —preguntó él.

—Mejor no —respondió mordisqueando uno de los pedazos que no habían quedado como quería—. No quiero que parezca que hemos vuelto...

—¿Que parezca? —preguntó él, desconcertado—. ¿Es que no hemos vuelto?

Nicole lo miró sorprendida.

—No, Jammie, no hemos vuelto —dijo guardando el queso en la nevera y sacando una botella de vino.

—¿Y lo que acaba de pasar?

—Lo que acaba de pasar se llama sexo sin complicaciones —explicó Nicole—. Estoy segura de que lo has practicado más veces. No creo que Leilani MacKenzie fuese la única mientras estabas conmigo y seguro que ha habido muchas durante estos tres meses.

—¿Todavía estás con eso? —dijo molesto apartando el plato, que habría caído al suelo, si no lo hubiese frenado Nicole—. Ya te he pedido perdón. Fue una estupidez que solo duró...

Nicole esperó a que continuara con una sonrisa irónica en los labios.

—¿Qué te hace gracia? —dijo él manteniendo su expresión enfadada.

—Tú. Tú me haces gracia —dijo ella y después bebió de su copa sin decir nada más.

—Está bien, lo intenté con ella cuando me dejaste. Pero ¿qué querías que hiciera? Soy un tío y está buenísima. Si no me hubieses dejado ni habría vuelto a verla.

—Ya.

—¿No me crees?

¿En serio quería una respuesta a esa pregunta?

—No es eso —dijo Nicole apartando la mirada.

Eso mosqueó a Jammie que la miraba ahora de un modo inquisitivo.

—¿Qué me estás ocultando?

—Verás —empezó ella—, no te dejé solo por Leilani. En realidad había conocido a alguien...

—¿¿Qué?! ¡No lo dices en serio! —El rostro de Jammie era un poema.

—Hasta ese día solo habíamos salido a tomar café, nada más. Pero entonces ocurrió.

—¿Qué ocurrió? ¿Te lo tiraste? —Al ver que asentía se levantó del taburete y lo apartó de una patada—. ¡Serás zorra!

A Nicole dejó de parecerle divertido.

—¿Cómo te atreves a insultarme? ¿Cuánto tiempo llevabas con esa cría? ¿O te vas a atrever a decirme en mi cara que era la primera vez?

—¡No, no era la primera vez! —dijo furibundo—. Llevaba follándomela un mes sin que te enterarás. Y no te pienses que fue la única, esta de aquí necesita mucha marcha y tú no eras lo bastante activa para satisfacerla.

Nicole sintió como si alguien hubiese puesto sobre sus hombros la capa helada de Jon Snow recién traída desde el muro. Rodeó la barra de la cocina y se acercó a él con expresión conciliadora.

—Será mejor que lo dejemos así, Jammie —dijo ella—, acabaremos diciendo cosas que no...

—¿Cómo es posible que seas tan cabrona? —Estaba fuera de sí, se apartaba el pelo de la cara tirando de él de un modo exagerado—. Me dijiste de todo, casi me diste lástima, y resulta que te estabas acostando con otro tío. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—No hubo nadie, Jammie, era una broma —dijo preocupada ante una reacción tan violenta.

Jammie la cogió de la cintura y la pegó a su cuerpo. Aunque ella trató de zafarse él no se lo permitió.

—¿Cuántas veces lo hiciste? ¿Con cuantos me la has pegado?

—Jammie, para —dijo asustada—, era una broma, no estuve con nadie...

—Sí, claro, te piensas que soy imbécil ¿no?

—Nunca estuve con nadie mientras estaba contigo, te lo juro —lo miró suplicante—. Suéltame, por favor. Me estás asustando.

En lugar de soltarla le arrancó la bata y la empujó hasta la mesa de la cocina obligándola a apoyarse en ella. Nicole se resistía tratando de zafarse de él, pero la fuerza de Jammie era inmensamente superior a la suya y su resistencia no hacía más que provocarlo. Iba a violarla.

—¡Jammie, no! —gritó desesperada—. ¡Así, no!

Sintió la primera embestida y se agarró a la mesa para contener la fricción que el empuje trasladaba a su cuerpo desnudo. Sentía una furia descomunal que le nacía en el pecho, pero no podía zafarse de él. Jammie tenía una mano en su cuello y apretó su cara contra la mesa inmovilizándola, mientras con la

otra mano, anclada en su hombro, tiraba de ella para poder penetrarla más profundamente. Nicole dejó de resistirse consciente de que eso solo lo espoleaba. Lo único que quería era que acabara cuanto antes. A Jammie le gustaba aquel juego de resistencia y lucha controlada y al ver que ella ya no participaba la soltó el cuello y la agarró del pelo utilizándolo como si fuesen las riendas de un caballo sobre el que estuviese cabalgando. Al oír sus gemidos de dolor aceleró sus movimientos y terminó descargando dentro de ella sin ninguna protección.

La soltó y se apartó de ella jadeando satisfecho. Nicole recogió la bata del suelo y se la puso temblando como una hoja y de pronto se fue hacia él y lo golpeó en la nariz con todas sus fuerzas. Después intentó propinarle un rodillazo en la entepierna, pero él fue más rápido y la empujó haciendo que se golpease contra la mesa y perdiese el equilibrio.

—¡Pero qué haces, imbécil! —exclamó Jammie despatarrando los ojos.

—¡Eres un hijo de puta! —gritó ella furiosa—. ¡Me has violado!

—Estás como una cabra —dijo riéndose—. ¿De qué estás hablando? Ahora me dirás que no te ha gustado. Yo no he violado a nadie. Tú querías jugar tanto como yo...

—¿Jugar? —Nicole se había vuelto a levantar y se acercó a él amenazadora—. ¿Jugar, hijo de puta?

—Vale, quizá he sido demasiado apasionado. ¿Te he hecho daño? Perdona...

—¿Apasionado? ¿Se te ha olvidado que soy abogada, gilipollas? Te voy a denunciar, te voy a llevar ante los tribunales y todo el mundo va a saber la clase de psicópata que eres.

—Pero ¿de qué estás hablando, Nic? Vamos. —Trató de cogerla del brazo—. Perdóname si me he pasado un poco...

—¡No me toques! —Se apartó asqueada—. Ni se te ocurra volver a tocarme.

—Hemos discutido, es normal que estés enfadada, pero esto es lo que hacen las parejas cuando...

—¿No has oído lo que he dicho? —Nicole se inclinó hacia él con mirada asesina—. Pagarás por lo que me has hecho.

Jammie se puso serio y la miró durante unos segundos con expresión helada.

—¿Qué te he hecho?

—¡Me has violado! —dijo apretando los dientes y tratando de que las

emociones que subyacían encogidas en su interior se mantuviesen ocultas.

—Yo no te he violado, hemos practicado sexo durante toda la noche y puedo asegurar que has disfrutado —dijo él con una sonrisa torcida.

—¿Que he disfrutado? Eres un maldito cabrón, pero te aseguro que te destrozaré la vida.

Jammie cogió su móvil de encima de la barra y lo manipuló antes de mostrarle la pantalla.

—Pronto llegará a los tres mil *Me gusta* —dijo sonriendo con una mirada perversa.

Nicole sintió que las piernas se le aflojaban y las lágrimas llegaban a sus ojos en torrente.

—¿A quién crees que creería un juez? Esta foto es muy clara, ¿no te parece? Tú y yo en la cama, después de hacer el amor. Se te ve feliz y relajada...

—Eres un mal nacido —dijo ella mordiendo las palabras y con la voz rota.

—De hecho —dijo él—, si ahora se me pusiera dura podría volver a metértela sin que pudieras hacer nada para impedírmelo...

Sin pensarlo Nicole se dio la vuelta y cogió el cuchillo con el que había cortado el queso y lo apuntó con él.

—Vete ahora mismo de mi casa. —Las lágrimas caían por su rostro a borbotones, pero su mirada era la de la misma muerte.

Jammie se movió rápido, ella ni se dio cuenta de lo que hacía. Le quitó el cuchillo y lo tiró hacia el fregadero. Después la cogió del pelo y acercó su cara a la de ella.

—No voy a follarte otra vez, tranquila. No porque me des miedo, tontita, sino porque no me apetece—. La soltó y le dio un toquecito con el dedo índice en la nariz—. Voy a por mi ropa, no hagas tonterías o te arrepentirás.

Nicole esperó sin moverse hasta que volvió a aparecer ya vestido.

—Me voy a casa —dijo Jammie despidiéndose—. Supongo que no volveremos a quedar. Es una pena, todavía nos quedaban unos cuantos polvos buenos. Pero ahora que ya está todo claro entre nosotros debo decirte que jamás pensé en casarme contigo. No tienes clase ni sofisticación. Eres una simple margarita y yo me merezco cómo mínimo una orquídea.

Salió de su casa dejándola en medio del Loft con la bata mal abrochada y un devastador sentimiento de angustia y soledad.

—No sé qué es, la gripe, supongo.

—¿Quieres que vaya a verte a la hora de comer? —preguntó Susan—. Te puedo comprar sopa en Gertie's.

—No, Susan, no necesito nada. Solo quedarme en la cama todo el día. Estoy segura de que después de eso estaré mejor.

Colgó el teléfono y lo tiró en el sofá junto a ella. Había acabado con la reserva de pañuelos de la casa y su voz nasal y la nariz completamente roja hubieran dado bien el pego si Susan la hubiese visto. No paraba de decirse que aquello no tenía por qué afectarla. Sí, la había violado, no iba a engañarse sobre ello, pero no dejaría que la marcara convirtiéndola en una persona traumatizada. No iba a darle ese gusto.

Ahora que ya había llorado la impotencia, la rabia, la angustia y la indefensión, debía encontrar la manera de superarlo. Era Jammie, ya conocía su polla, no era un agente extraño. En esa ocasión ella no le había dado paso, de acuerdo, y eso lo convertía en un ser despreciable y mezquino. Un violador, ¿había algo más repugnantemente asqueroso que eso? No. Pero eso le afectaba a él, no a ella. Debía alegrarse de haberlo descubierto. Habían estado más o menos juntos durante más o menos tiempo, intermitentemente hablando, y habrían podido volver a intentarlo otra vez. No, no habría vuelto a intentarlo. De hecho esa certeza fue la que propició que su verdadero yo saliese a la luz. Él se dio cuenta de que la había perdido.

Encogió la piernas en el sofá mirando hacia la falsa chimenea apagada. Se volvió hacia la mesita y cogió el mando para encenderla. Era reconfortante y agradable ver las llamas crepitando en la pared, aun sabiendo que no eran de verdad.

Ella jamás lo habría engañado con otro. Aquello iba contra todo lo que creía. Contra todo lo que sus padres le habían inculcado desde niña. Había vivido en una casa llena de amor. Con caricias escondidas y susurros dulces. Nunca escuchó una palabra amarga hacia su padre en boca de su madre, ni una queja o crítica en boca de su padre referida a su esposa. Se amaban, profunda y plenamente.

Se preguntó, como tantas veces, qué habría pasado si el padre de Olivia no hubiese muerto. Sabía a ciencia cierta que su madre lo había amado también. ¿Se podía amar a dos hombres a la vez? Su madre siempre decía que eso no habría sucedido porque cuando amas de verdad a alguien tu corazón está blindado para el amor romántico. Cuando era jovencita y la escuchaba

decir eso no podía evitar cierto sentimiento de culpa al alegrarse de que su primer marido hubiese fallecido.

Volvió a coger el teléfono y marcó uno de sus favoritos.

—Hola mamá —dijo en cuanto descolgaron.

—Hola hija —dijo su padre al otro lado—, tu madre está en el mercado, ya sabes que le gusta presentarse en cuanto abren. ¿Estás resfriada?

—Sí, no sé, un virus o algo —mintió.

—¿Estás en casa?

—Sí, hoy no iré a trabajar.

—Eso sí que es raro en ti —dijo su padre sonriendo—. Ya cuando eras una niña te enfadabas si no te llevábamos al cole porque estabas enferma.

—Ya era un bicho raro entonces —dijo sonriendo con tristeza.

—¿Estás bien, hija? Te noto triste.

Su padre y su maldito sexto sentido.

—Estoy bien, no me gusta estar enferma, tú lo has dicho. Me molesta dejar trabajo a los demás.

—No te preocupes, nadie es imprescindible —dijo el hombre sonriendo—. ¿Quieres que te llame tu madre cuando vuelva?

—No hace falta, solo quería charlar un rato. Es tan aburrido quedarse en casa. —No era mentira.

—¿Por qué no te vienes? Así podremos mimarte un poco.

—No, mañana ya estaré bien, papá. Gracias, te quiero por decirlo.

—Bueno, espero que me quieras por algo más —dijo su padre sonriendo—. Seguro que tu madre te llama en cuanto le cuente que he hablado contigo. Y más cuándo sepa que estás malita. Cuídate, cariño.

—Gracias papa. Besos.

Después de unos segundos con el teléfono en la mano, bajó los pies al suelo y se quitó la manta de encima. Ya había tenido bastante autocompasión. Era hora de afrontar lo que había pasado.

No hay trato

Después de un mes de actuaciones tuvieron que afrontar la realidad.

—Han cancelado el resto de conciertos. —Katia los miraba con las manos en la cintura y una expresión de demoledora firmeza—. Se acabó.

Carly no pudo aguantarse y rompió a llorar. Lewis trató de consolarla, pero ella no lo dejó acercarse siquiera.

Adam y Stan no se inmutaron, ya lo veían venir y no les pilló de sorpresa.

—¿Qué dicen Steel y Brenda? —preguntó Lewis mirando a su agente.

—Han perdido mucho dinero...

—¿Van a demandarnos? —Adam parecía asustado—. Perderé mi casa si tengo que pagar el dinero de la cláusula.

—No han dicho nada de eso —dijo Katia—. Yo creo que tal vez quieran que lo paguéis de algún otro modo.

—Trabajando gratis —dijo Stan—. Les oí hablando un día sobre eso y creo que es lo que harán.

—Yo no tengo nada que ver con eso —dijo Carly limpiándose las lágrimas.

Habían recibido muy malas críticas en las redes. Algunas fans estaban furiosas y se habían dedicado a boicotear todas sus actuaciones en público. Pero llevaban mucho tiempo en ese mundillo y todos sabían que no era solo por eso. Todos menos Carly, que no asimilaba que no había dado al grupo lo que el grupo necesitaba.

—Al menos John también ha pinchado —dijo Stan.

—No seas imbécil —le espetó Lewis.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no lo has pensado? —se encaró su amigo—. Habría sido mucho más humillante si él hubiese conseguido el éxito.

—Menuda mierda —dijo Adam dando un puñetazo al sofá.

—Vamos a tener que reinventarnos —dijo Stan.

—Yo lo siento, chicos —confesó Lewis—, sabéis que me he entregado en cuerpo y alma, lo he dado todo, pero no os voy a engañar, para mí es casi un

alivio...

—Ya lo sabemos, Lewis, eres un capullo —saltó Carly—. ¿No te podías callar unos días? ¿Hoy al menos?

El guitarrista hizo como si cerrase una cremallera en su boca y después tiró la llave.

—Vale —intervino Katia—, habéis recibido el golpe y ahora solo puede ir a mejor. Tenéis que recoger vuestras cosas, volvemos a Nashville. Mañana nos reuniremos con Steel y Brenda y veremos qué piensan hacer, pero el grupo queda definitivamente disuelto.

—¿Y ahora qué pasa contigo? ¿Serás agente de los cuatro por separado? —preguntó Adam, preocupado.

—De los tres —aclaró Carly—, yo tengo a Dave.

—Cierto —la apoyó Stan—. Tendrías que avisarle de lo que pasa.

—Ya lo he hecho yo —se adelantó Katia—. Y sí, seré vuestra agente si vosotros queréis, claro.

En la sala de reuniones de Young Records doblaban campanas a muerto. Al menos esa sensación daban los ocho que estaban sentados alrededor de la mesa de reuniones.

—Nos debéis una pasta —dijo Steel sin andarse por las ramas—. Esto ha sido un duro golpe para todos, chicos, para nosotros también.

Todos asintieron cabizbajos menos Carly, que parecía enfadada con el mundo.

—Brenda y yo hemos estado dándole muchas vueltas —siguió Steel—, en realidad lo vimos venir después del primer concierto en Alabama. Sé que es duro aceptar que el grupo ha terminado, pero es lo que hay y cuanto antes lo asumáis mejor para todos.

—Adam —intervino Brenda—, tú podrías incorporarte a los Hermanos Lambert. Tenían a Josh, pero lo deja. Stan, hemos pensado que acompañes a los Houser, la semana que viene empiezan sus conciertos y necesitarán un bajista.

—¿Y un batería no necesitan? —preguntó Adam.

—Sí, Adam, pero es que los Lambert lo necesitan ya —dijo Brenda con suavidad.

—¿Y qué va a pasar conmigo? —preguntó Carly sin poder esperar más.

—De momento tú volverás a componer...

—¿Qué? —Estaba recostada y con las piernas estiradas debajo de la mesa, pero al escuchar a Brenda se irguió dando un golpe en la mesa—. ¡No vais a desperdiciar mi talento de ese modo!

—Carly, tranquilízate —le dijo Dave Butter tratando de que no metiera la pata.

—¿Tranquilizarme? ¿Así es cómo defiendes mis intereses?

—Escúchame, Carly —dijo Brenda—, no vamos a desaprovechar tu talento, somos conscientes de que eres una fabulosa cantante y tus letras son muy buenas, pero ahora mismo el sello no puede apoyar a un nuevo artista. Tendrás que esperar al año que viene...

—¡No! —gritó furiosa—. No me pasaré todos estos meses componiendo para otros. No me da la gana.

—Puedes irte si así lo deseas. —Steel la miraba con tal frialdad que la temperatura de la sala pareció bajar diez grados.

—No dudes que lo haré —dijo ella mordiendo las palabras.

Steel le señaló la puerta.

—No te detendremos.

Carly apartó la silla de golpe y se marchó furibunda.

—Steel... —Dave lo miraba avergonzado.

—Esa chica es buena, Dave, pero prepárate porque te va a dar muchos dolores de cabeza.

—¿No vas a detenerla?

—No —dijo Steel Young.

Dave Butter se levantó y salió de la sala con un gesto de despedida.

—Bien —dijo Brenda recuperando la palabra—, solo nos queda Lewis. Hemos pensado que puedes acoplarte a los músicos de...

—No, Brenda —la interrumpió el guitarrista—, no sigas por ahí.

La esposa de Steel lo miró interrogadora.

—Sabéis lo que quiero —dijo con mucha paciencia—, llevo años diciéndooslo y ahora es el momento.

—Ya has oído lo que le he dicho a Carly, no podemos apoyar a otro artista ahora mismo.

—Lo he oído —dijo él sin moverse de la posición en la que se había sentado y sin dejar de jugar con el tapón del bolígrafo al que daba vueltas entre sus dedos—. No os pido que me apoyéis, ni siquiera que escuchéis mi trabajo. Tan solo quiero que me dejéis libre, como habéis hecho con Carly.

—Carly no nos debe nada —dijo Steel.

Lewis lo miró dolido.

—Llevo nueve años con vosotros —dijo—, sabéis que os aprecio. Pero no os debo nada.

—No es eso lo que pone en tu contrato.

—Las cosas eran diferentes cuando lo firmamos.

—Eso no lo hace menos válido —insistió Steel.

—¿De verdad vas a ir por ese camino? —preguntó incrédulo—. ¿Ya has olvidado lo que era estar a este lado?

—No, no lo he olvidado y por eso me parece gracioso que os empeñéis en venir a darme lecciones.

—No pretendo darte lecciones de nada, lo que quiero es hacer la música que me sale de aquí —dijo señalándose el corazón—, y no puedo dejar que sigáis consumiéndome por dentro convirtiéndome en un mero intérprete.

Nadie dijo nada, pero Steel continuaba con su férrea expresión.

—Aplazadme la deuda —pidió Lewis—. Dejadme un tiempo para intentarlo y si no lo consigo volveré y seré guitarra de quien queráis hasta pagar lo que dice ese contrato que os debo.

—¿Y si lo consigues?

—Si lo consigo os pagaré la deuda con dinero, que al fin y al cabo es de lo que estamos hablando aquí —dijo Lewis con la misma frialdad que veía en los ojos de Young.

—Lewis... —Katia intentaba apaciguarlo.

—Lo siento, Lewis —dijo Steel—, no hay trato.

El guitarrista apretó los labios para acallar cualquier protesta y respiró con tensión manifiesta.

—Brenda, dile a Lewis con quien sale de gira —le ordenó su marido.

—Te irás con Zak Saxton. El primer concierto es dentro de un mes y medio. Hasta entonces —dijo mirando a su marido—, te dejamos libre para que hagas lo que te parezca. Tómatelo como unas vacaciones.

Lewis se levantó y salió de la sala de reuniones sin decir nada más.

8

Adicta al trabajo

Robert Perkins la recibió en su despacho, tan amablemente como siempre.

—Señorita Beller, me alegra verla —dijo estrechándole la mano—. ¿Teníamos una reunión?

—No, señor Perkins —respondió—. En realidad vengo a hablarle de algo... personal.

El magnate de la cosmética frunció el ceño confuso y después de unos segundos la acompañó hasta la zona de sofás.

—Por supuesto —dijo solícito sentándose frente a ella—, después del magnífico trabajo que hizo con mi amigo Brigham sabe que tiene toda mi admiración.

—Me alegra que esté satisfecho.

—Estamos a punto de lanzar la campaña conjunta de los dos productos —dijo sonriendo—. Disculpe mis malos modales. ¿Quiere un café o un té? ¿Ya ha comido?

—No se preocupe, estoy perfectamente. Espero no molestarle...

—No, tranquila, a mí me gusta comer temprano. Bien, pues adelante, cuénteme eso que ha venido a explicarme.

—Es un tema delicado, señor Perkins y no sé cómo enfocarlo para que suene menos desagradable.

—Hable sin temor, Nicole. ¿Me permite que la llame por su nombre de pila?

Nicole asintió y respiró hondo antes de volver a hablar.

—Usted sabe que su hijo y yo mantuvimos una relación —empezó. Perkins asintió animándola a seguir—. Hace un par de meses salimos a cenar y... bueno, acabamos en mi casa.

Robert Perkins frunció el ceño, no comprendía a dónde llevaba aquella conversación, las hazañas románticas de su hijo no eran un tema de conversación que le interesase demasiado.

—Ya se imagina lo que ocurrió y no es de eso de lo que he venido a hablarle —dijo ella sin entrar en detalles—, sino de lo que sucedió después.

Una fugaz expresión cruzó el rostro del magnate. Si Nicole no hubiese estado mirando ni se habría percatado, pero no le quitaba ojo y captó aquella sombra de temor que Perkins trató de ocultarle.

—Ya lo había hecho antes... —susurró.

—No sé de qué está hablando, señorita Beller.

¿Por qué su voz sonaba tan poco convincente? Y a Nicole no le pasó desapercibido que había vuelto al tratamiento.

—Me violó —dijo a bocajarro—, su hijo me violó, señor Perkins.

El hombre cogió aire por la nariz y cruzó una pierna sobre la otra al tiempo que apoyaba los codos en los reposabrazos con una actitud de extraña pasividad. Nicole asintió comprendiendo.

—No es la primera vez que oye algo así referido a su hijo —dijo.

—Señorita Beller, ¿qué es lo que quiere de mí? —preguntó calmado.

—¿Que qué quiero de usted? —No daba crédito—. No quiero nada.

—No la entiendo.

—Esperaba otra reacción por su parte.

Robert Perkins suspiró sin apartar la mirada.

—Verá, señorita Beller, conozco a mi hijo. Es impulsivo y a veces hace cosas... Lo calificaremos, rebajando lo dramático de la situación, como poco apropiadas. Pero ¿sabe usted que ninguna mujer lo ha denunciado?

Nicole frunció el ceño.

—¿No me cree?

—No es eso lo que he dicho, no se ponga a la defensiva conmigo.

—Es lo que está dando a entender.

—No, no es lo que quiero decir. Veamos, dice que esto ocurrió hace dos meses. ¿Lo ha denunciado a la policía?

Nicole negó con la cabeza con expresión culpable.

—Si hubiera podido hacerlo tenga por seguro que lo habría hecho.

—¿Lo ve? A eso me refiero —dijo con un gesto que acompañaba sus palabras.

—¿Pero él me violó!

—Y aun así no puede demostrarlo, me temo.

—No, no puedo porque tuvimos sexo consentido antes y su hijo nos hizo un selfie en la cama y subió esa fotografía a su Instagram, donde miles de personas pudieron verlo. Es como si lo tuviese todo preparado... —dijo

dolida.

—No se haga cábalas, señorita Beller, mi hijo no es tan inteligente como él se cree ni tan taimado como usted lo ve ahora. Probablemente fue la suerte la que lo proveyó de esa fotografía que le cubre las espaldas.

—Entonces me cree.

—Sí, la creo. Tiene razón, no es la primera vez que una muchacha viene a decirme algo así. Es la tercera. Pero las otras dos tenían claro que querían dinero, no resarcimiento. ¿Es ese su caso?

—No —dijo Nicole.

—Eso pensaba —dijo Perkins—. Y no sabe cuánto lamento esta situación, porque me ha demostrado que es usted una persona valiosa y no se merecía que mi hijo la tratase de ese modo.

—Pero no puede salirse con la suya.

—Y no se saldrá con la suya —concluyó su padre—, porque está claro que usted ha terminado con él para siempre.

—Pero habrá otras...

—Probablemente, pero entienda una cosa: todos tomamos nuestras decisiones y esas decisiones nos definen. Yo advertiré a mi hijo, no piense que voy a hacer como si nada, pero es un hombre adulto, no un niño. No puedo regañarlo y mandarlo a la cama sin cenar.

—¿Me está diciendo que no hay nada que se pueda hacer para que no agreda a ninguna otra? —Trataba de contener las lágrimas, pero le estaba resultando cada vez más difícil.

—Es que no hay nada que podamos hacer. Las mujeres sienten una atracción fatal por los hombres como mi hijo. Es guapo y está muy seguro de sí mismo y tiene unas dotes de seducción innegables. Nunca ha atacado a ninguna mujer con la que no se hubiese acostado antes. Esas dos chicas que vinieron a hablar conmigo y a pedirme dinero, también salían con él. Como usted. E, igual que usted, un día le dijeron que no y él no las escuchó. No deja marcas, pero es lo suficientemente fuerte como para someterlas. Era prácticamente imposible que pudiesen demostrar que las obligó a hacerlo contra su voluntad. Con ellas ni siquiera le hizo falta tener una fotografía como con usted.

Nicole apretaba los labios y sentía que la angustia volvía a atenazarle la garganta.

—No deje que le haga esto —dijo Perkins inclinándose hacia adelante como si quisiera cogerle la mano, pero no se atreviese—. Han pasado dos

meses, no deje que tenga este control sobre usted. Intentaré hacer algo, se lo juro, pero no quiero engañarla diciéndole que pagará por ello. Sé cómo es mi hijo y no puedo amenazarlo con nada. Tiene su dinero y mucho prestigio en el mundo de la cosmética. No puedo enfrentarme a él sin pruebas, con eso solo haría daño a la empresa familiar y atraería a la prensa amarilla. Ya sé que le sonará cruel, pero debo pensar en las miles de personas que viven de lo que hacemos aquí, señorita Beller.

Nicole se limpió las lágrimas y asintió.

—Me vale con que usted lo sepa —dijo—. No se lo he contado a nadie más, no podría soportar verlo en los ojos de la gente a la que quiero. Y, no se preocupe, no permitiré que menoscabe me autoestima. Pero algún día esto le estallará en la cara, señor Perkins y ese día no sentiré compasión por usted. Espero que lo comprenda.

El hombre la acompañó hasta la puerta y la despidió con amabilidad y cierto alivio.

Cuando Nicole salió del edificio Perkins debería haber ido a comer, pero no habría podido ingerir ni un sorbo de agua, así que prefirió caminar sin rumbo fijo. Sin darse cuenta, sus pasos la llevaron hasta Central Park que, como siempre, estaba lleno de turistas de todo el mundo. El paseo despejó su mente y alivió un poco la tensión que había recogido en el despacho de Robert Perkins. ¿Cómo debía sentirse un padre al saber que su hijo era un hombre despreciable? Esperaba no tener que averiguarlo nunca.

—¿Foto please? —Una pareja joven de aspecto oriental la abordó con su móvil.

Nicole asintió y les hizo la foto que le pedían. Ellos se mostraron muy agradecidos y se alejaron riendo. Estaban muy contentos. Quizá era su viaje de novios, aunque parecían demasiado jóvenes para estar casados. Claro que eso lo pensaba una vieja solterona de treinta años lo que distorsionaba un poco la realidad que la rodeaba, se dijo sonriendo sin amargura.

Siguió caminando y cuando llegó a la explanada de las ovejas se detuvo a contemplar el paisaje. De repente se sentía muy desgraciada y sola paseando por aquella bulliciosa y cosmopolita ciudad. El teléfono vibró en su bolsillo, lo sacó y miró la pantalla antes de llevarlo a su oído.

—Hola, hermanita —dijo con cariño.

—Hola. ¿Te pillo comiendo en algún restaurante de lujo con algún magnate de las finanzas? —preguntó Olivia mientras contemplaba su

sándwich de pollo.

—Pues no. Me pillas paseando por Central Park.

—¿Paseando a la hora de comer? ¿Te pasa algo?

—Me apetecía. He tenido un día duro de trabajo y necesitaba ver la luz del sol.

—A ti te pasa algo —insistió su hermana apartando su bocadillo y apoyando el brazo en el respaldo de su silla—. ¿No habrás vuelto a ver a Jammie?

—No, no le he visto —dijo recobrando la serenidad. No le había contado nada de lo que pasó aquella noche. Lo más difícil había sido disimular cuando comían juntas, su hermana habría sido una magnífica detective—. No creo que hayas llamado para hablar de mi inexistente vida amorosa.

—No —corroboró su hermana—, te he llamado para que me envíes una lista con todos los productos indispensables para tu consumo. Cualquier cosa que uses, necesites o quieras.

—Yo me llevaré mis cosas, no te preocupes.

—¡Ni lo sueñes! ¿Encima que me haces este enorme favor? Mándame esa lista o te estaré llamado a todas horas de aquí al viernes.

—Está bien, pero ¿no puedo dártela mañana cuando comamos juntas, como todos los miércoles?

—Serás vaga —dijo su hermana sin dar crédito—, haz el favor de escribirme la lista y mandármela ya.

—Está bien, pesada, ahora me siento en un banco y redacto una lista completa. ¿Te puedo pedir el doble suero de...?

—No te pases, listilla.

—Hasta mañana, hermanita.

—Hasta mañana. Y, Nicole, muchas gracias, de verdad.

—Idiota.

—¡No puedes hacerme esto ahora! —exclamó Vincent Hayles—. Nos han entrado dos casos nuevos, he tenido que derivar a Bradford al caso de Aguas Linderman y quería que tú acabaras con Shedden para ponerte con...

—Te lo dije hace dos meses, Vincent —le cortó Nicole—. No te estoy diciendo que me vaya a coger vacaciones, tan solo son las tardes de una semana.

—Pero es que no es cualquier semana, Nicole.

La abogada miraba a su jefe con una expresión inquisitiva y él trataba de esquivar su mirada sin demasiado éxito.

—¿Qué?

—¿Sabes cuándo fue la última vez que me tomé vacaciones? —preguntó Nicole poniéndose las manos en la cintura.

—No, no lo sé, pero debe hacer mucho tiempo porque...

—Nunca, Vincent, nunca he cogido vacaciones.

—Vale, eres una adicta al trabajo, pero...

—¿Que soy qué? —Nicole no daba crédito—. Siempre que te he hablado de cogerme unos días has hecho exactamente esto: sacarme la lista de casos del bufete, hablarme de los pro bono, que nos quitan tanto tiempo y que sabes que me tocan la fibra, y luego te has dedicado a decir lo mucho que me valoras y que soy la mejor abogada que tienes.

—Todo eso es cierto.

—Pero no es justo —dijo ella con una extraña expresión—. Tengo treinta años y lo único que tengo en la vida es a mi familia y mi trabajo. Mi hermana me necesita porque ella sí tiene un marido, no como yo que tengo que conformarme con ser una exitosa y eficiente abogada.

—Nicole...

—Mira, Vincent, lo he pensado mejor y me voy a coger una semana de vacaciones. —Estaba dispuesta a hacer caso omiso a las expresiones de queja de su jefe—. Me quedaré con mis sobrinas hasta que mi hermana regrese de París, adonde se va con su marido con el que no pudo disfrutar de un feliz viaje de novios. ¿Te acuerdas de la boda de mi hermana? Sí, fue aquella en la que te bebiste hasta el agua de los floreros.

—Está bien —dijo su jefe con desgana—. No hace falta que te pongas antipática, nos apañaremos como podamos.

—Qué amable eres —dijo ella caminando hacia la puerta.

—Nicole —la llamó—. ¿No podrías adelantar trabajo esta semana? Si no tienes nada mejor que hacer...

La abogada se volvió a mirarlo y después de un segundo de duda asintió.

—Sí, Vincent, vendré más horas lo que queda de semana.

Un viaje a París

Las dos hermanas se fundieron en un apretado abrazo.

—Llámame a cualquier hora del día o de la noche —susurró Olivia nerviosa.

—Tranquila —repitió Nicole por enésima vez—. Todo va a ir bien.

—Venid aquí, niñas. —Las tres pequeñas se abrazaron a su madre como tenían costumbre y después las besó y abrazó una a una—. Portaos bien. Ayudad a los tíos con Jonas y no intentéis aprovecharos.

—¡Mamá! —la regañó Rohana.

—Vale, vale. —Su madre la besó y la miró con una sonrisa—. Sé que lo haréis.

—¿Ya le has explicado a la tía que el viernes hay a una fiesta en casa de Molly? —Edeline estaba preocupada con ese tema.

—Sí, ya me lo ha dicho —intervino Nicole, que sostenía a Jonas en los brazos—, aunque no hacía falta, sabéis que os habría dejado ir igual.

Sus sobrinas la miraron sonrientes.

—Cas —dijo Olivia mirándola—, nada de quedarte leyendo hasta las tantas.

—Te lo prometo, mamá —dijo la niña sonriendo.

—¿Y a mí nadie me abraza? —Niall había terminado de meter el equipaje en el coche y se acercaba a ellas con los brazos extendidos.

Las tres niñas corrieron a abrazarlo mientras Olivia cogía al pequeño Jonas y lo besaba repetidamente.

Nicole los observó despedirse durante un buen rato y sintió aquel profundo sentimiento que la embargaba siempre que estaba con ellos. Su hermana era muy afortunada, pero todo lo que tenía se lo había ganado por ser la mejor persona del mundo.

—¿Quién quiere tortitas? —preguntó Nicole cuando entraron en la casa después de que por fin se marcharan.

—Tía Nicole, tú no sabes hacer tortitas —dijo Edeline con expresión

compasiva.

—Por eso las he comprado antes de venir —dijo su tía sonriendo.

Las niñas se coordinaron para poner la mesa mientras Nicole preparaba el desayuno de Jonas al que había sentado ya en su trona frente a la mesa.

—¿A qué hora llega el tío Lewis? —preguntó Cas.

Nicole la miró con una sonrisa, sabía lo mucho que lo quería.

—Debe estar camino del aeropuerto.

—Voy a perder mi vuelo. —Lewis la miraba muy serio.

—¡Ya cogerás otro! —gritó Carly—. Mierda, Lewis, esto es importante para mí.

—Llevamos días discutiéndolo y la respuesta sigue siendo no.

—¿Por qué? Es una muy buena idea —dijo arrugando la nariz como una niña pequeña—. No tenemos nada que ocultar.

Lewis miró el reloj una vez más, cogió la bolsa que había dejado tirada en el suelo y la guitarra que estaba dentro de su funda.

—De ninguna manera voy a participar en algo así. Si quieres hacerlo, adelante, pero entonces hemos terminado —se dirigió a la puerta, pero ella le cortó el paso.

—No puedes hacer eso —dijo furiosa.

—¿Exactamente qué no puedo hacer? —parecía cansado.

—Dejarme.

—Carly...

—Ese programa me dará muchísima fama. A los dos, Lewis. Tú también la necesitas.

—No sabes lo que estás vendiendo, no te das cuenta...

—Hablas como un viejo anticuado.

Lewis sonrió con tristeza.

—A tu lado soy un viejo anticuado —sentenció.

—Por favor, Lewis. —Se pegó a él agarrándose a su chaqueta—. Nos quieren a los dos...

—Pues lo siento, pero conmigo no cuentes —dijo negando con la cabeza.

—Eres un maldito egoísta. —Lo empujó con rabia, pero él apenas se inmutó.

—Mira Carly, eres libre de hacer lo que quieras. —Su paciencia se había agotado. Dejó las cosas en el suelo y la sujetó por los brazos para que lo

mirara—. Llevamos días discutiendo por ese reality. Y antes de eso porque te empeñaste en formar un dúo. Discutimos constantemente y eso no es sano. Está claro que esta relación no funciona y no podemos seguir empeñándonos en algo que no tiene ningún futuro.

—¿Me estás dejando? —dijo ella sin dar crédito—. ¿Tú a mí?

Lewis sonrió con ironía.

—En realidad la que me dejaste fuiste tú, lo único que yo hago es aceptar lo inevitable.

Carly frunció el ceño sin comprender muy bien a qué se refería.

—Los dos tenemos claro que nuestras carreras están por encima de todo —siguió Lewis—. Hace un mes mantuvimos una conversación en la que quedaron claras nuestras posturas, ¿lo recuerdas?

—¿Te refieres a lo que hablamos en el autocar del concierto?

Lewis asintió.

—Ninguno de los dos está dispuesto a renunciar a nada por el otro. Fuimos sinceros, ¿verdad?

—Dijiste que era un signo de madurez por mi parte —recordó Carly.

—Y así es —corroboró él—. No tiene caso seguir con una relación que ya solo nos aporta estrés.

—El sexo está bien —dijo ella mirándolo con tristeza.

Lewis sonrió divertido.

—Sí, el sexo está bien. Pero no es suficiente —constató.

—Entonces, ¿se acabó? —Carly le rodeó el cuello con sus brazos cuando él asintió—. Pero ¿podremos enrollarnos de vez en cuando?

Lewis se inclinó a besarla en la boca como respuesta. Cuando se separó de ella, volvió a coger sus bártulos y se apartó para que le abriese la puerta.

—Te voy a echar de menos —dijo la joven apoyada en el dintel.

—Solo al principio —dijo él antes de bajar las escaleras.

—Hola Jaycie. —Nicole se bajó del coche para saludar a la vecina y amiga de su hermana—. Supongo que mi hermana ya te...

—Sí —asintió con una enorme sonrisa—. ¡París! ¡Qué emocionante! No sabes cómo me alegro por ella.

—Sé que tenéis la costumbre de turnaros para llevar a las niñas al cole, pero si quieres yo puedo llevarlas toda la semana.

—De eso nada —dijo Jaycie—, un día tú y un día yo.

—Esta bien, como quieras. Hola Lillian —saludó al ver aparecer a la niña.

—Hola —dijo con una sonrisa y después se metió en la parte trasera del coche con Edeline y Cas. A Rohana le gustaba sentarse delante, para algo era la mayor.

—Que tengas un buen día —dijo Nicole y antes de abrir la portezuela se detuvo—. Jaycie —la llamó y su vecina se volvió cuando estaba a punto de entrar en la casa—. ¿Para ir a buscarlas también hacéis lo mismo?

—No —sonrió—. Tienen diferentes extra escolares y es demasiado complicado. Y más ahora con Jonas. Tendrás que ir a buscarlas todos los días.

—Perfecto —dijo Nicole sonriendo—, no hay problema. Hasta mañana.

—Tenéis que venir a comer un día Lewis y tú —dijo Jaycie antes de entrar en la casa.

Las niñas se habían enfrascado en una intensa conversación en cuanto Lillian estuvo en el coche. Al principio Nicole se comportó un poco como un chófer dejándolas hablar y no interfiriendo en la conversación, pero llegó un momento en el que no pudo evitar meterse.

—¿Quién es ese Gannon? —preguntó.

—Un chaval de clase —explicó Cas.

—¿Y qué problema tiene? —Nicole miraba de manera intermitente por el retrovisor para verlas sin perder de vista la carretera.

—Hace tiempo que tontea con Lillian, pero no acaba de decidirse —dijo Edeline—. ¿Tú cómo lo haces, tía Nicole? Supongo que cuando eres mayor ya no es tan complicado.

—Si yo te contara... —se quejó su tía.

—Los chicos son demasiado tímidos —dijo Lillian—, es horroroso. No hay manera de que den el paso. Creo que tendré que besarlos para que se den por enterados.

Nicole se aguantó las ganas de sonreír.

—No todos son así —dijo poniéndose seria—, algunos son demasiado atrevidos. Esos son los que deben preocuparos. En cuanto a Gannon, quizá necesita tiempo para encontrar el valor que necesita.

—¿Entonces tú crees que las mujeres tienen que esperar a que ellos se decidan? —Rohana la miraba decepcionada.

—¡Por supuesto que no creo eso! —exclamó—. Lo que digo es que no podemos hacer nosotras lo que ellos han estado haciendo durante siglos. No

podemos acosarlos. Creo que lo mejor es que seas clara, Lillian. Simplemente, dile que te gusta. Eso sí, hazlo cuando esté solo porque si lo haces delante de sus amigos se van a estar riendo de él hasta el día de la graduación.

—¿Y si me rechaza?

Nicole la miró por el espejo y le sonrió.

—Si queremos ser como ellos tendremos que aceptar el riesgo. Nos van a rechazar, es inevitable, no le podemos gustar a todo el mundo, pero somos fuertes y estamos seguras de nosotras mismas. Podremos soportarlo.

Las niñas asintieron y un comfortable sentimiento grupal se materializó dentro del coche haciendo que se sintieran capaces de afrontar cualquier contratiempo.

Nicole observaba atentamente el calendario que su hermana le había preparado y que había colgado en la pared del pasillo, delante de su habitación. Lo había puesto allí porque era lo primero que vería cuando saliese de su cuarto cada mañana. Lo había apuntado todo: la hora a la que debían levantarse, a la que debían desayunar, qué debían desayunar, la hora a la que regresaban de clase, qué podían y no podían comer, qué podían y no podían ver en la tele, a qué hora debían acostarse.

—No me lo puedo creer —susurró para sí misma—, ha apuntado los nombres y los teléfonos de todos sus amigos. Olivia, estás como una cabra.

Por último, las actividades extra escolares a las que deberían llevarlas y la fiesta de pijamas del viernes. Todo apuntado en un organigrama perfecto. Nicole no pudo evitar pensar que su hermana era una auténtica *Superwoman* si era capaz de hacer todo aquello, además de trabajar en la revista, y aún le quedaban ganas de... Borró esa imagen de su cabeza con una expresión de asco y se metió en la que sería su habitación durante los próximos siete días para deshacer su maleta.

Había llevado a las niñas al colegio y a Jonas a la guardería. Por suerte estaban muy cerca el uno de la otra, lo que lo hacía un poco más fácil. Según el horario, tendría que ir a buscarlos a todos a las tres de la tarde.

Sacó todas sus cosas y las colocó en el armario vacío. La casa de Olivia tenía habitaciones de sobra para que las tres niñas tuviesen su propio cuarto, sin embargo, dormían las tres juntas en la habitación más grande de la casa.

Cuando Niall y Cas llegaron a la familia Rohana y Edeline dormían en la misma habitación. Olivia temió que Cas se sintiera excluida, así que propuso que cada una tuviera su propio cuarto. Las niñas se mostraron entusiasmadas con la idea y decoraron las habitaciones, cada una a su gusto. Pero ya la primera noche Edeline y Rohana se dieron cuenta de que no podían dormir en aquella silenciosa y solitaria estancia sin la compañía de la otra. Cuando hablaron con su madre Olivia no tuvo más remedio que sincerarse con ellas y explicarles el motivo por el que lo había hecho y las mellizas propusieron explicárselo todo a Cas y que ella decidiese lo que quería. Ese era el mejor modo de hacer que se sintiese parte de la familia. La decisión fue unánime: las tres niñas optaron por compartir habitación. Edeline y Rohana estaban acostumbradas a hacerlo y para Cas era una delicia tener hermanas, algo que siempre había deseado. Así que ahora tenían dos habitaciones libres y preciosamente decoradas que nadie utilizaba.

Nicole terminó de colocar sus cosas y bajó a la cocina a prepararse un té. No estaba acostumbrada a estar ociosa y no tenía muy claro lo que hacer. Con la taza humeante en la mano recorrió toda la casa, entrando en habitaciones y registrando cajones y armarios. Era una sensación extraña, como si estuviese haciendo una travesura escondida de todos. Cuando era niña le gustaba revisar los cajones de sus padres buscando misteriosos secretos ocultos. Entonces un pendiente sin pareja o una pajarita descolorida significaban cualquier cosa que su mente infantil pudiese imaginar.

Cuando se cansó de la casa salió al patio trasero y se sentó en las escaleras a contemplar la hierba y las flores que su hermana había plantado. Se preguntaba qué hacían las mujeres que optaban por cuidar de sus familias y no salir a trabajar, cuando todos estaban fuera. Limpiar, se dijo levantándose y entrando en la casa. Dejó la taza en el fregadero y empezó a abrir armarios buscando trapos y algún bote que pusiera algo acompañado de la palabra limpio.

—Esto servirá —dijo con una botella en spray de color azul en la que ponía limpiador multiusos, en una mano, y un trapo de microfibra en la otra.

Fue hasta el salón y miró a su alrededor. Había visto a su madre hacerlo y entonces parecía muy fácil. Empezaría por la mesa de centro. Apartó todo lo que había sobre ella y la roció con varias pulsaciones de la pistola. Olía a fresco y también a flores, era agradable así que echó un poco más. Repitió la operación con cada mueble y superficie que encontró a su paso. En poco rato toda la casa olía a limpio, quizá en exceso.

—¿Hay alguien? —Lewis estaba de pie en medio del salón.

Nicole apareció con la botella de limpiador en la mano y el trapo empapado en la otra.

—Hola —dijo con expresión desconcertada—. ¿Cómo has entrado?

—Estaba abierto —dijo con una sonrisa irónica.

—¿En serio? —preguntó sorprendida—. Está casa está encantada, ya soy como mi hermana. ¿Me he dejado la puerta abierta? Podría haber entrado cualquiera.

—Tranquila, habría salido huyendo al ver que no podía respirar —dijo Lewis soltando las cosas en el suelo—. ¿Te importa si ventilo un poco?

—La verdad es que me estoy mareando un poco —dijo ella con cierta confusión.

Lewis abrió la ventana mientras ella se sentaba en el sofá. El músico le cogió la botella de limpiador y el trapo que estaba a punto de empezar a gotear en cualquier momento y los llevó a la cocina. Cuando regresó Nicole se había recostado con los ojos cerrados y tenía una mano en la cabeza.

—Ven, salgamos fuera —dijo cogiéndola del brazo y ayudándola a levantarse.

Salieron al patio trasero y ella se sentó en los escalones.

—Respira hondo, pero hazlo despacio, no tengas prisa.

—Está claro que no es tan sencillo como lo pintan —dijo cuando empezó a recuperarse.

Lewis la miraba sin comprender.

—Lo de limpiar —se explicó—, parece que sea algo muy simple, pero no lo es. No entiendo cómo hacen para limpiar algunos recovecos, te juro que lo he intentado de un montón de maneras y no había forma de conseguir llegar. Y resulta que ese spray mancha depende de dónde lo echas. ¡Dios, Olivia me va a matar!

—Se echa en el trapo —explicó él.

—¡Soy una inútil! ¡Hasta tú sabes cómo se hace!

—Tranquila —dijo Lewis sonriendo—, no creo que a tu hermana le importe que no sepas limpiar su casa.

Nicole lo miró agradecida.

—¿Tú crees? Eso espero —dijo apoyando la cara en las manos.

—¿Están todos en el cole? —preguntó Lewis.

Nicole asintió.

—Luego iré yo a buscarlos —dijo.

—No, no —respondió Nicole rápidamente—, yo quiero ir. No sé qué voy a hacer aquí tantas horas.

—Pensaba que irías a trabajar por las mañanas —dijo Lewis.

—Tuve un berrinche con mi jefe y me cogí vacaciones.

El músico la miró sorprendido.

—¿Qué? —preguntó molesta.

—Nada, pensaba que tú nunca cogías vacaciones.

Nicole suspiró echando el aire por la nariz.

—Y ahora entiendes por qué —dijo con ironía.

Así es este mundillo

—No sabía que supieses cocinar. —Nicole observaba cómo cortaba las verduras y las iba echando a la cazuela, mientras compartían una copa de vino blanco.

—Me enseñó mi padre, que ya sabes que es un gran cocinero.

—Cierto —confirmó ella cogiendo un trocito de apio y llevandoselo a la boca—, y no sabes cómo me alegro porque yo no sé hacer ni un huevo frito.

—No sé por qué todo el mundo dice eso. —Lewis cogió su copa y bebió un trago antes de seguir hablando—. Hacer un huevo frito no es nada fácil. Hay que hacerlo bien, con su puntillita y con la yema en su punto para poder mojar. Nada fácil.

—Creo que no todos valemos para todo —argumentó Nicole

—Por ejemplo para limpiar —sonrió divertido.

—Muy gracioso —dijo ella arrugando la nariz—. Hablando en serio y sin clavarle puñaladas a nadie, creo que es bueno que cada uno se dedique a lo suyo, de ese modo siempre habrá trabajo para todos.

—Buena excusa para no aprender a cocinar —dijo Lewis removiendo las verduras que ya habían empezado a hacerse.

—No es una excusa —dijo ella apartando la mirada y frotándose los muslos por encima de sus pantalones tejanos—, pero lo cierto es que cocinar para mí sola nunca ha sido un aliciente.

—Pues no veo porqué —dijo él mirándola sin dejar de remover—, ese debería ser un buen motivo. Yo cocino para mí solo... casi siempre.

Nicole sonrió y se bajó del taburete para poner la mesa.

—¿Te importa si comemos aquí? Me parece innecesario ensuciar el comedor. Por cierto, voy a cerrar la ventana que yo creo que ya se habrá aireado bien.

Lewis la vio salir de la cocina y frunció el ceño, pensativo. Estaba distinta. No es que se hubiesen visto mucho y la última vez no fue nada agradable, pero había algo distinto en ella y le gustaba.

—Si quieres puedo echarle un vistazo al contrato —dijo Nicole después de que mencionara el tema de pasada.

—No hace falta, gracias, no quiero aprovecharme...

—No seas bobo —dijo ella apartando el plato—. ¡Dios! ¡Estaba delicioso! Si cocinas así de bien todos los días me voy a poner como una foca.

—Luego cogemos las bicicletas de Niall y Olivia y nos damos un paseo —dijo Lewis sonriendo.

—Lo siento pero no. No me gusta nada hacer deporte.

—¿Y quién ha hablado de hacer deporte? —Lewis se reía—. Un paseo en bici es un entretenimiento, no un deporte.

—Lo que sea —negó ella.

—No sabes montar en bici —dijo comprendiendo.

—Pues lo cierto es que no. Cuando era una cría se me ocurrió coger la bicicleta de mi hermana y Clark Davis, un chico que iba detrás de ella, quiso hacerse el simpático y se ofreció a enseñarme. Me ayudó a mantener el equilibrio agarrando del asiento mientras recorríamos la calle y de repente me empujó con todas sus fuerzas gritándome que pedaleara.

—Te pegaste la gran hostia —dijo Lewis imaginando el resto.

—Y caí sobre los cubos de basura frente a la casa de los Stuart con el consiguiente estropicio. Así que, además del daño físico, tuve que enfrentarme a la monumental bronca que me dieron, el señor Stuart y sus vecinos, por tirar toda la basura al suelo.

—Y te harían recogerla.

—Por supuesto. —Aún se angustiaba al recordarlo—. Fue horrible, nunca volví a acercarme a aquella vieja bici.

—Olivia y tú os lleváis...

—Casi doce años —explicó Nicole—. Cuando mi padre conoció a mamá, Olivia tenía ocho años.

—Tengo entendido que él era jardinero paisajista —dijo Lewis.

Nicole asintió y sus ojos mostraron lo orgullosa que estaba de sus padres.

—Papá siempre dice que se enamoró de mamá en cuanto la vio. Era la mujer más dulce y cariñosa que hubiese conocido. Lo contrató para que podara los árboles de su jardín y se hicieron amigos.

—Olivia también lo quiere mucho.

—Las conquistó a ambas igual que ellas lo conquistaron a él —sonrió

divertida—. Y menos mal.

—Si no tú no habrías nacido.

—Si no yo no habría nacido —corroboró ella y los dos se echaron a reír.

—Ojalá mi padre hubiese conocido a alguien —dijo Lewis poniéndose serio.

—Todos queríamos que fuesen felices hasta el final, ¿verdad?

—Yo me conformaría con que no estuviese siempre tan triste —comentó Lewis—. Desde que tiene a Bonnie está mejor, pero antes era una sombra melancólica.

—Debe ser muy duro perder a la persona que amas. A la que piensas que será el amor de tu vida. —Nicole apoyó la cara en la mano con la vista clavada en la pared.

—No puedo imaginármelo, nunca he amado a nadie así —confesó Lewis.

—Yo tampoco. —Nicole empalideció y cogió el vaso para beberse el agua que le quedaba en él.

Lewis lo rellenó al ver que necesitaba más y Nicole siguió bebiendo hasta terminárselo.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Perfectamente. —La abogada sonrió con los labios mientras sus ojos mostraban una expresión fría y cortante—. Será mejor recoger todo esto, quiero mirarme algunos casos que he traído.

—Así que finalmente trabajarás —dijo él sonriendo.

—He hecho té y he pensado que te vendría bien una taza. —Lewis se sentó en el sofá—. ¿No trabajarías mejor en el despacho que sentada en la alfombra?

—Me gusta tener todos los papeles esparcidos por el suelo —dijo ella sonriendo y después bebió un sorbo—. Mmmm, me encanta el té rojo, es mi preferido.

—Lo sé —dijo él.

Nicole frunció el ceño sorprendida. ¿Cuándo la había visto él tomar té? Bueno, a parte de las dos veces que habían comido juntos en aquella casa... No podía ser que se acordase de ese detalle.

—¿Qué haces? —pregunto señalando los papeles que ocupaban la alfombra—. Si puede saberse, claro.

—Es un caso de plagio —explicó, y al ver que parecía interesado de

verdad se puso de rodillas sentada sobre sus pies y profundizó un poco más —. Nuestro cliente es compositor...

—¿Quién es? —preguntó Lewis con curiosidad.

Ella hizo un gesto con la cara extrañada de que le preguntase algo así y entonces se dio cuenta de que Lewis era músico.

—Rusty Swint.

Lewis arrugó la boca, no había oído hablar de él.

—¿No le conoces?

El músico negó con la cabeza.

—Bueno, pues Rusty escribe canciones que luego canta en su canal de Youtube. Tiene bastantes seguidores, aunque él dice que no a mí cien mil suscriptores me parecen una burrada. ¿Cuántos tienes tú? —preguntó curiosa.

—Yo no tengo canal de Youtube —respondió Lewis.

—Bueno, pues no sé —hizo un gesto quitándole importancia—. La cuestión es que un cantante muy famoso ha sacado una canción y Rusty asegura que es la misma.

Lewis sonrió.

—¿De qué te ríes?

—Eso pasa todos los días. Siempre hay gente que dice haber compuesto canciones de éxito. Da igual si eres Blake Shelton, Bruno Mars o Michael Jackson.

—Por eso es un caso tan difícil —dijo ella.

—Yo podría ayudarte con eso —dijo Lewis dejando su taza en la mesilla y levantándose a buscar su tablet que había dejado en la cocina.

Nicole esperó a que volviese sentada de lado y apoyando un brazo en uno de los asientos del sofá. Lewis se sentó junto a ella en el suelo y abrió Youtube.

—Has dicho Rusty Swint —dijo al tiempo que tecleaba—. Vamos a ver... Sí, tiene muchos vídeos y bastantes visualizaciones, debe ser bueno.

—Lo es —dijo Nicole que se había sentado con la espalda apoyada en el sofá como él para poder mirar la pantalla—. Es esta.

Escucharon la balada acústica hasta el final, en silencio.

—Es buena —dijo Lewis mirándola con expresión sorprendida—. Es muy buena. ¿Quién se supone que le ha plagiado?

—Jacobi Bull —dijo Nicole cogiendo su tablet—. Déjame que te ponga el vídeo.

Lewis escuchó la canción del artista pop hasta la mitad.

—Rusty tiene razón —dijo después de darle al botón de pausa—. Es la misma canción. Jacobi ha hecho algunos retoques, pero es la misma sin duda. Nicole lo miró fijamente.

—¿En serio te parece tan claro? Nuestro especialista...

—Hay seis compases idénticos en esta parte y otros ocho aquí en el mismo orden. No tengo ninguna duda, es un plagio como la copa de un pino.

—¿Testificarías en un juicio? —Nicole se puso de rodillas girándose para mirarlo de frente.

—Oye, oye, oye a mi no me líes —dijo Lewis riéndose.

—¿Conoces a Jacobi?

—¿Personalmente? —preguntó—. Bueno, lo he visto en algún evento...

—¿Sois amigos?

—No.

—¿Has visto cuántos suscriptores tiene su canal? ¡Siete millones! ¿Crees que está bien que alguien como él que lo tiene todo se dedique a robarle a un pobre chaval que lo único que tiene es su música?

—No me parece bien, pero soy parte de este mundillo y no es bueno significarse en cosas como esta —aclaró Lewis—. Además no lo necesitas, cualquier musicólogo te dirá lo mismo que yo, es de cajón. Aunque eso da igual.

—¿Por qué da igual?

—Porque le pagaran para no ir a juicio y aceptaréis. Así es este mundillo.

—Ahora no sé si estás hablando de tu mundillo o del mío —dijo Nicole confusa.

—De ambos —dijo Lewis apoyando la cabeza en el asiento del sofá—. Los abogados como tú estáis para conseguir dinero para vuestros clientes. Da igual si es para que les paguen como si es para que no tengan que pagar. Y los grandes en la música que son capaces de robarle su trabajo a otro no tienen ningún problema en pagar la multa, porque para ellos es calderilla.

—Tienes razón —dijo Nicole y después hizo varias muecas con la boca, como si estuviera pensando en algo—. Hablaré con Vincent esta noche. —Miró el reloj—. ¡Tenemos que ir a por las niñas y a por Jonas!

Lewis miró el reloj también y se puso de pie de golpe.

—Luego recogeremos todo esto, ahora no hay tiempo. —Nicole se puso los zapatos rápidamente y fue a buscar su bolso a la habitación, pero antes de salir del salón se volvió hacia él—. Gracias por ayudarme, Lewis.

El guitarrista sonrió y se encogió de hombros.

—De nada.

—¿Qué os parece si merendamos ahí? —Lewis señaló una cafetería que encontraron en el camino hacia casa desde el colegio.

Las niñas se miraron y asintieron. Sería divertido salirse de la rutina.

—Mientras a las seis estemos en nuestros extra escolares, vale —dijo Rohana haciendo de portavoz.

—Todas estaréis donde tenéis que estar —dijo Nicole sacando el móvil para consultar la foto que había hecho al mural de Olivia.

Mientras Lewis pedía la merienda para todos, Olivia repasaba las direcciones del taller de pintura de Cas y la escuela de ballet de Rohana y Edeline calculando a dónde debían ir primero y cuánto tardarían en llegar al siguiente lugar.

—Cuéntaselo. —Edeline daba golpecitos a su hermana con la pierna para que hablase.

—Calla, tonta —dijo Rohana con mirada asesina.

Nicole las miró a las dos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Edeline siguió haciendo gestos, que para ella eran sutiles aunque no había nadie que tuviese ojos que hubiese podido no verlos.

—No es nada —dijo Rohana—, una estupidez.

—Gannon Sheridan se ha metido con ella —dijo Edeline.

Su hermana la miró con mirada asesina.

—¿Gannon Sheridan? —preguntó Nicole—. ¿No se llamaba Gannon el que...?

—Sí —la cortó Edeline—, es del que hablábamos esta mañana en el coche. El de Lillian.

—¿Y qué ha hecho? —preguntó Nicole interesada.

—La ha arrinconado en el patio y ha intentado darle un beso delante de sus amigos —siguió Edeline.

—¿A Lillian?

—¡No! ¡A Rohana! —exclamó su melliza.

—¿Te quieres callar de una vez? —Su hermana le dio un empujón.

—Rohana, no te enfades con Edeline —le dijo Nicole separándolas y poniéndose en medio de las dos—. Ella solo quiere protegerte.

—Pero le he dicho que se calle y no hace caso.

—¿Tú te callarías si alguien se hubiese metido con ella y no quisiera contárnoslo?

La niña bajó la mirada porque no podía contestar sin ponerse en evidencia.

—¿Y cómo ha ocurrido semejante cosa? —siguió Nicole—. ¿Te habías dado cuenta de que le interesabas?

Rohana asintió sin decir nada, daba la impresión de que se sentía avergonzada.

—¿Por qué no nos cuentas cómo ha ocurrido y así podremos darte nuestra opinión? —pidió su tío, que sostenía a Jonas sentado en una de sus piernas.

—¿Qué más quieres que te explique? —dijo Rohana visiblemente incómoda—. Hemos salido al patio y Gannon me ha llamado. Yo he ido y ha intentado besarme delante de sus amigos. Yo le he empujado y entonces él me ha empotrado contra la pared y lo ha vuelto a intentar.

—Las chicas y yo hemos ido corriendo en cuanto lo hemos visto, pero Ro se sabe defender solita.

—Le he pegado un empujón más fuerte y le he amenazado con darle un puñetazo si no me dejaba en paz. Sus amigos se han reído de él y nos hemos ido.

—¿Lillian estaba con vosotras? —preguntó sabiendo la respuesta.

Rohana asintió.

—Yo no he hecho nada malo —dijo apretando los labios.

—¡Claro que no has hecho nada! —exclamó su tía cogiéndola por los hombros.

—Pero Lillian está enfadada conmigo.

—No, seguro que está enfadada, pero no contigo —la tranquilizó Nicole—. Cuando eres rechazado duele, no seríamos humanos si no nos doliese.

—Ahora los dos están enfadados conmigo.

Nicole se dio cuenta de que Rohana estaba verdaderamente triste y comprendió cuál era el verdadero problema, pero no dijo nada.

—Tenéis que entender que los chicos somos como vosotras —intervino Lewis—. Somos tímidos, inseguros y tenemos miedo a ser rechazados. Eso hace que a veces nos comportemos como auténticos imbéciles. —Las cuatro mujeres lo miraban con interés—. Ya sé que en los libros y en las pelis el chico siempre está muy seguro de sí mismo, sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Pero la mayoría de las veces eso no es cierto. Seguramente ese Gannon está coladito por Ro desde hace tiempo y no sabía cómo acercarse a

ella. Al ver que Lillian había tomado la iniciativa se asustó y reaccionó de la peor manera. Seguramente mañana estará avergonzado y es muy probable que no vuelva a acercarse a ti.

—¿Y si no es así? —preguntó Cas, no del todo convencida.

—Pues si no es así y vuelve a molestarla, vuestro tío tendrá unas palabras con él y se le quitarán las ganas de repetir.

—¡Hala! —exclamó Nicole—. Cavernícola, ven a mí.

—¿Por qué has tenido que decir nada, Edeline? —Rohana parecía a punto de echarse a llorar.

Su hermana la miraba sorprendida y Cas, que no había dicho nada suspiró antes de hablar.

—Ro y Gannon son amigos —dijo moviendo la cabeza—, no entendéis nada.

No es así como ama todo el mundo

—¿Te importa si me siento contigo? —Rohana se había sentado en las escaleras de la parte de atrás de la casa y apoyaba la cara en las manos.

—No tengo ganas de charla, tía Nic.

—No me llames así, por favor —pidió su tía—. Así me llama alguien en quién no quiero pensar.

Rohana se volvió a mirarla y asintió. Nicole se sentó junto a ella en las escaleras. Después de unos segundos en silencio la mujer suspiró y la niña la imitó.

—Yo lo sabía —empezó la niña—, desde hace tiempo. Siempre hemos sido amigos, le conozco desde que entré en ese colegio.

—Lo importante es que seas sincera contigo misma —dijo su tía cogiéndola por los hombros—. No podrás serlo con tus amigos si no lo eres contigo.

—¿Qué quieres decir? —Levantó la cabeza para mirarla.

—No debes negar jamás lo que sientes. No tiene nada que ver con lo que sienta el otro. Si no eres capaz de amar a alguien que no te ama, es que no tienes ni idea de lo que es el amor —dijo sonriendo—. No se ama porque te amen, se ama porque no se puede evitar.

—Eso es lo que le ocurre a Lillian —dijo la niña, cabizbaja.

—Sí, eso es lo que pasa a Lillian y deberá aprender a superarlo —respondió Nicole—. Pero ahora no estamos hablando de Lillian, ¿verdad?

—No quiero que se enfade conmigo —susurró.

Nicole le acarició el pelo con ternura y luego le cogió la cara con las manos para que la mirase.

—Escucha, cariño. No podemos negar nuestros sentimientos por temor a hacer daño a otros. Si tú sientes algo por ese muchacho y lo rechazas para que Lillian no sufra le estarás haciendo sufrir a él y sufrirás tú.

Rohana la miraba con los ojos brillantes y Nicole sintió que tuviese que padecer tanta angustia siendo aún tan pequeña. Pero sabía que aquello era la

vida, un constante aprendizaje, y que si ahora encajaba bien las piezas eso la ayudaría en el futuro cuando tuviese que pasar por cosas peores.

—Lo importante en la vida no es agradar a todo el mundo. No es tu misión conseguir que los demás estén contentos contigo y con todo lo que haces. De hecho, algunas veces tendrás que actuar en contra de lo que los demás piensen. Porque lo importante no es cómo nos ven los demás, lo importante es cómo somos. Nunca, nunca, nunca hagas algo de lo que no estés satisfecha. Lo único que no podrás soportar es ir contra tus propios ideales, Rohana.

—No sé qué es lo que quiero hacer —dijo la niña a punto de ponerse a llorar—. Lillian es mi amiga, sobre todo desde que su madre estuvo enferma porque antes no es que fuésemos íntimas, la verdad. Gannon y yo somos amigos desde siempre...

—Eso no es lo que te preocupa, ¿verdad? —Su tía sonrió tratando de darle seguridad—. Debes responder a esta pregunta: ¿qué sientes tú por ese chico? ¿Te gusta? ¿Quieres que siga todo como hasta ahora?

Rohana se quedó pensativa, no estaba segura de nada.

—No quiero perder su amistad —dijo.

—¿Te gustó? —preguntó directa y sin más divagaciones.

Su sobrina la miró confusa.

—¿Te gustó que te besara? —insistió Nicole.

El rostro de Rohana mostraba la evidente sorpresa que le produjo escuchar aquella pregunta, no por la pregunta en sí sino por la reacción natural e impulsiva de su cuerpo. Apenas había sido un segundo antes de que lo empujara y estaba casi segura de que ese impulso salvaje se produjo cuando vio a Lillian por el rabillo del ojo que corría hacia ellos.

—Sí —susurró asustada—, me gustó.

Nicole sonrió con la misma ternura con la que llevaba hablándole desde que se sentó junto a ella en aquel porche.

—Pues debes hablar con Lillian y explicarle lo que sientes. Si de verdad es tu amiga, lo entenderá. No le estás quitando nada porque nada era suyo y es bueno que aprenda que es así. Las personas no nos pertenecen. —Le puso las manos en los hombros y la miró fijamente a los ojos—. Tenemos derecho a enamorarnos y también a decirle a la otra persona que nos hemos enamorado, pero debemos asumir que el otro también tiene derecho a rechazarnos. Y con eso no está diciéndonos que somos menos valiosos o que no somos dignos de que nos amen. Simplemente está haciendo uso de su

derecho de elegir. ¿Lo entiendes, Rohana?

La niña asintió. Escuchando a su tía parecía todo tan fácil... Miró hacia la casa al percibir un movimiento y vio a Lewis que las observaba de pie tras la puerta de celosía.

—¡Tío Lewis! —exclamó la niña poniéndose de pie—. ¡No tendrías que estar ahí!

Nicole se puso de pie mirando al músico que tenía una extraña expresión.

—Lewis acaba de llegar —dijo para ayudarlo—, ¿verdad, Lewis? ¿Venías a avisarnos de que ya está la cena?

—Exacto —dijo él asintiendo.

—La próxima vez avisa —dijo la niña con un deje de enfado en la voz al pasar junto a él.

—Eres toda una filósofa del amor —dijo Lewis saliendo fuera antes de que Nicole entrase.

—Bueno —respondió ella sonriendo—, si algo tenemos las viejas solteras es que sabemos mucho del amor... no correspondido.

—Pues hay que reconocer que es un desperdicio —dijo con una mirada penetrante que hizo que Nicole se estremeciera—. Si realmente piensas las cosas que le has dicho a Rohana pareces alguien muy capaz de amar.

—¿No es así como ama todo el mundo? —No esperó a que respondiera y entró en la casa sin volverse para ver si la seguía.

Lewis se metió las manos a los bolsillos y contempló el paisaje con una extraña sensación en el cuerpo y peligrosos pensamientos rondando su cabeza. Se volvió a mirar hacia la casa.

—No, tío —susurró para sí.

Nicole, de pie frente al mural de Olivia repasaba con el dedo asegurándose que no se habían dejado nada. Ya estaban todos en sus camas, con todo lo necesario para el día siguiente preparado. Respiró aliviada y bajó las escaleras para ir a la cocina.

Lewis terminaba de poner el lavavajillas y Nicole cogió la escoba para barrer las migas del suelo.

—Aún estoy sorprendido por tu charla —dijo el músico sin mirarla.

Nicole sabía a qué charla se refería, pero no dijo nada.

—Creo que hoy he visto por qué eres la mejor tía. —Lewis cerró el lavavajillas, después de poner la pastilla, y le dio al botón de encendido.

—En realidad no he hecho nada...

—Ya lo creo que sí —dijo él mirándola fijamente.

Olivia recogió las migas y las tiró al cubo de la basura. Después guardó la escoba y el badil.

—Me apetece una copa de ese chardonnay que he visto en la nevera. ¿Y a ti? —propuso Lewis.

Nicole asintió. También había visto la botella con una nota de Niall para ellos: *Disfrutad de esta delicia con mi agradecimiento. Niall.*

Lewis sirvió dos copas y le dio una a Nicole.

—¿Vemos algo en la tele? —preguntó ella un poco nerviosa.

—No me gusta la tele —dijo Lewis cruzándose de brazos apoyado en la encimera—. Ni siquiera tengo una.

—¿En serio? —preguntó ella sorprendida—. ¡Yo tampoco! Cuando me mudé al Loft no encontré sitio para ponerla y me di cuenta que nunca me sentaba a verla cuando estaba en casa con mis padres. Claro que entonces tenía siempre a alguien con quien hablar. Pensé que no iba a saber ni qué programas eran los que interesaban o a qué horas los emiten, así que decidí no ponerla y está guardada en el trastero dentro de su caja. Pensarás que no debería haberla comprado... Estoy hablando demasiado —dijo sonriendo incómoda.

—Deberíamos buscar un sitio donde sentarnos a charlar —dijo él cogiendo el chardonnay y saliendo de la cocina.

Entraron al salón y Lewis dejó la botella sobre la mesa de centro antes de sentarse cómodamente en uno de los dos sofás.

—Y, cuéntame, ¿qué harías si ahora estuvieses en tu Loft? —preguntó mirándola con interés.

—Pues leería un buen libro escuchando buena música... —Nicole se sentó frente a él en el otro sofá y subió los pies descalzos.

—Entonces nada de country, supongo —dijo Lewis aparentemente serio.

Nicole no apartó la mirada, a pesar de sentirse un poco avergonzada.

—Debería pedirte disculpas por lo que hice —dijo—, fui muy desagradable, lo sé.

—Un poco, sí.

—No tenía un buen día —se sinceró ella—, mi novio había roto conmigo.

—Vaya, lo siento —dijo él con un extraño sentimiento de alivio.

—Esa fue la penúltima vez —explicó la abogada—. Hemos estado dos

años dándole al botón de reinicio. Rompimos cinco veces. Creo que podría ser un récord Guinness, debería comprobarlo. ¿Tú sabes si dan algo por batir un récord de esos?

—No tengo ni idea —respondió confuso.

—Teniendo en cuenta que ha sido la relación más larga que he mantenido con un tío, está claro que no tengo muy buen criterio —dijo como para adentro.

—Yo tampoco soy muy diestro en ese tema —confesó Lewis.

—Tú eres famoso —dijo ella cogiendo la copa con las dos manos—. He visto carteles de anuncio con tu cara. Bueno, con la tuya y la de los demás, claro.

—Yo solo soy el guitarrista, el que tenía éxito de verdad era John.

—Debió ser un duro golpe enterarte de que dejaba el grupo cuando ya estaba hecho —dijo ella poniéndose seria.

—Más de lo que hubiera imaginado —respondió pensativo—. Es como si me hubiesen clavado un larga aguja de acero y la llevase atravesada en el corazón. No se ve, no me matará, pero no deja que me olvide de que está ahí clavada.

Nicole se concentró en aquellos ojos verdes que eran capaces de hablar sin palabras.

—Acepté lo del grupo por él —explicó Lewis recostándose y apoyando la cabeza en el respaldo, despreocupadamente—. Yo nunca quise eso.

—Te gusta componer tu propia música —dijo Nicole, interesada.

—A los veintiún años ya había compuesto cien canciones. Mi cabeza es un hervidero y no puedo dejar de crear temas nuevos a pesar de saber que no le interesan a nadie.

—Pero en el mundo en el que te mueves deben hacer falta canciones —dijo desconcertada—. Sois muchos y estáis todo el tiempo sacando discos nuevos.

—No vendo mis temas —dijo frunciendo el ceño.

—Pero es un desperdicio...

—Puede ser, pero mis temas hablan de mí, no voy a cedérselos a otro.

—¿No es eso lo que hacen todos los compositores? —preguntó ella entrecerrando los ojos.

—Supongo que a la mayoría de compositores les gustaría poder cantar sus canciones, pero no siempre es posible.

Durante unos segundos se quedaron en silencio sin dejar de mirarse, y por

alguna extraña razón se sintieron cómodos.

—¿Te has pensado lo de enseñarme el contrato? —preguntó Nicole después de otro sorbo de vino.

—¿Por qué rompisteis esa vez? —preguntó Lewis de manera impulsiva, ignorando su pregunta.

Nicole frunció el ceño sorprendida.

—Se enteró de que había tonteado con Eddie, uno de los contables del bufete —explicó mientras rellenaba su copa—. Ocurrió después de que cortáramos la primera vez. Yo no sabía que íbamos a volver, para mí habíamos terminado. Estábamos en la fiesta de despedida de Mildred, la secretaria más veterana del bufete. Habíamos bebido mucho y Eddie estaba muy gracioso, estuvo haciéndome reír toda la noche. Yo necesito reír, es vital para mí. Lo cierto es que no me di cuenta de sus intenciones hasta que me arrinconó en el pasillo y me besó. No diré que fue el beso del siglo, pero no estuvo mal y no me importó. Eddie tenía novia y yo sabía que aquello no iba a ninguna parte...

—¿Y ya está? ¿Eso fue todo? —Lewis frunció el ceño desconcertado.

Nicole asintió encogiéndose de hombros y se llevó la copa a los labios.

—¿Y por eso te dejó la cuarta vez? ¿Porque te habías besado con un tío en una fiesta cuando ni siquiera estabais juntos?

Nicole volvió a asentir.

—¿Por qué rompisteis las otras veces? —preguntó con curiosidad. Tenía que confirmar si ese tío era gilipollas o es que tuvo un mal día—. Si no es indiscreción, claro.

—Creo que para eso te hará falta más de una botella chardonnay —dijo ella poniéndose de pie—. Mejor me voy a la cama, que me parece que hoy ya he hablado demasiado.

Cuando se quedó solo, rellenó su copa y bebió un largo trago sin poder quitarse de la cabeza cada palabra y cada gesto de Nicole. No le hacía ninguna gracia la súbita atracción que había sentido por ella. No era inteligente mirar a la hermana de su cuñada de ese modo. ¡Es Nicole! Se dijo a voz en grito dentro de su cabeza. Como si aquello pudiese despejar las sensaciones con las que respondía su cuerpo.

Sentía una inexplicable intranquilidad, así que dejó la copa sobre la mesa y salió al jardín de atrás pensando que un poco de aire fresco lo calmaría. Contempló el cielo estrellado y pensó en las veces que se sentaba con su padre en el porche de su casa a charlar de cualquier cosa. Lo echaba de

menos. Seguro que él sabría decirle algo que le sirviese para entender lo que le estaba pasando. Solo llevaba un día en esa casa y ya se había visto imbuido por el espíritu romántico de su hermano Niall.

Sin darse cuenta sus pensamientos subieron la escalera y caminaron por el pasillo hasta la habitación en la que dormía Nicole. La imaginó bajo las sábanas, con un libro en las manos y aquella expresión desvalida que le había visto mientras hablaba esa noche. Su personalidad natural y sin las excentricidades típicas de los artistas era un soplo de aire fresco para él y le resultaba de lo más atractiva. Escucharla hablar de su fracaso sentimental sin pretender despellejar al tal Jammie, a pesar de que era evidente que lo merecía, sumó varios puntos en su valía.

Gruñó entre dientes al darse cuenta de que salir fuera no le estaba ayudando a dejar de pensar en ella. Lo mejor que podía hacer era irse a dormir, seguro que al día siguiente lo vería todo de otro modo.

—*La noche es oscura y alberga horrores* —susurró sonriendo.

12

A veces hablo solo

Al día siguiente Nicole le dijo a Lewis que iría a hacer unas compras después de dejar a Jason en la guardería y así él podía seguir componiendo la canción en la que estaba trabajando.

—Te he escuchado y creo que es buena —dijo sonriendo al tiempo que jugaba con Jason que trataba de evitar que lo cogiese girando a su alrededor.

—¿Qué vas a comprar? Tenemos de todo —dijo él que por una extraña razón no quería que se marchara.

—Había pensado preparar una tarde de chicas para las niñas y les voy a organizar una de las actividades que Olivia preparaba para mí. Limpieza de cutis, maquillaje, peluquería... Les encantará, te lo aseguro.

Cogió a Jason que se reía a carcajadas y lo levantó en brazos.

—Dale un beso a tío Lewis que nos vamos corriendo —dijo.

Al acercarse al niño para que lo besara se encontró muy cerca de él y el aroma de su gel de afeitado le llegó penetrante. Pero lo que aceleró los latidos de su corazón fue la mirada verde que apresó sus ojos. Se apartó con una sonrisa nerviosa bailándole en los labios.

—Vendré a la hora de comer.

—Aquí estaré —dijo él despidiéndolos.

Nicole estuvo toda la mañana de tienda en tienda, pero podría haber terminado mucho antes. De hecho estuvo retrasando su regreso, consciente de las ganas que tenía de volver. No le había pasado desapercibido el cambio de actitud de Lewis y estaba claro que algo pasaba entre ellos. La noche anterior no había podido concentrarse en la lectura y le costó enormemente conciliar el sueño sabiendo que él estaba a solo unos metros.

Sentía una ineludible atracción por él y sabía que era una pésima idea. No tenían nada en común, sus vidas se desarrollaban en universos paralelos sin posibilidad de converger en ningún punto. Excepto aquel, la casa de su hermana. Solo allí podían tener algo en común. Y eso se acababa en una

semana. No tenía sentido pensar en ello siquiera.

Se paró en medio de la calle para sacar el móvil y, en un gesto inmaduro, buscó en Google a Carly Tyrell. El corazón le dio un vuelco al verla. Era una auténtica belleza sureña, rubia, pelo rizado, ojos almendrados y tan claros como el mismo cielo y unos labios perfectos. Por no hablar de su cuerpo, que cortaba la respiración. Y su voz. Y su edad. Definitivamente, no tenía sentido.

Regresó a la hora de comer con un montón de bolsas que dejó encima de la mesa de la cocina.

—No preguntes —dijo al ver la irónica sonrisa de Lewis.

—Veo que tu mañana ha sido muy productiva —dijo él apagando el fuego.

—Pues a juzgar por cómo huele eso, la tuya también.

Lewis se acercó a ver qué contenían las bolsas y frunció el ceño.

—Estás loca. Has comprado potingues para una clase entera. ¡Son solo tres niñas! —exclamó riendo.

—Si quieres puedes unirte —dijo sacándole la lengua a modo de burla—. Seguro que unas uñas rojas te quedarían fabulosas.

—Vaya, debo decir que me siento honrado de que me incluyas en tu celebración —siguió riéndose.

—Lo siento, pero alguien tiene que encargarse de Jonas y te ha tocado a ti.

—Ya veo —dijo él metiendo la mano en la bolsa y rebuscando.

—¿Qué haces? —Nicole le dio una suave palmada para que apartara la mano.

—Pero ¿tú eres consciente de todo lo que has comprado? —dijo riéndose mientras volvía hasta la cazuela para servir la comida.

—¿Me ayudarás a montarlo todo? —pidió ella con cara de corderito.

Lewis soltó una carcajada al tiempo que asentía.

Aquella era la única tarde de la semana en que las niñas no tenían extra escolares, por eso Nicole había organizado su sorpresa para esa tarde. Dejó que Lewis fuese a buscarlas solo y ella se quedó para acabar con los preparativos, aunque ya estaba hecha la mayor parte. Lewis la había ayudado

a mover muebles y trasladar mesas a la cocina. Recordó las veces que Olivia había organizado cosas así para ella cuando era una cría.

Pensar en que ahora lo haría ella para sus hijas la llenó de ternura. Adoraba a aquella imbatible mujer, con su perseverancia, su dulzura y su enorme generosidad. Pero si había algo que valoraba por encima de todo era la capacidad que tenía Olivia para encontrar siempre un buen motivo por el que sentirse afortunada. Siempre que algo la preocupaba ella hablaba y hablaba hasta demostrarle que solo le estaba permitido ser feliz. Tenía unos padres que la querían muchísimo y una hermana que la adoraba. Era inteligente, no engordaba por mucho que comiera... ¡Y tenía piernas! Nicole se echó a reír al recordar la manía que tenía Olivia de recordárselo. Todo vino a raíz de un documental sobre un niño que nació sin piernas y que a los veinte años ya había hecho más cosas de las que ellas dos juntas harían en toda su vida.

La puerta de la calle al cerrarse le avisó de que habían llegado. Se colocó un peine en el bolsillo de la pechera de la bata de peluquera que había comprado. Se abrochó el cinturón del que colgaban tijeras de cortar el pelo y otros utensilios de peluquería y esperó a que Lewis las llevase a la cocina.

—¿Tía Nicole? —Edeline no disimuló su sorpresa al ver lo que su tía había preparado.

Las otras niñas, incluida Lillian a la que Lewis había hecho entrar también abrieron los ojos como platos.

—Bienvenidas al salón Nicole. Estoy aquí para hacerlas brillar como auténticas divas del pop —apretó el botón del reproductor y comenzó a sonar la lista de reproducción de sus temas favoritos.

Las niñas se deshicieron de sus mochilas dejándolas caer al suelo y empezaron a saltar dando palmas y riendo a carcajadas. Fueron de una mesa a otra mirando todo lo que había en ellas. Cremas y otros potingues desconocidos, sombras de ojos, bases de maquillaje, barras de labios, máscaras de pestañas, pintañas...

—Los caballeros pueden hacerse cargo de sus pertenencias mientras ustedes se sientan cómodamente en esas butacas —dijo señalando los taburetes frente a la barra en la que había colocado varias revistas juveniles y la merienda.

Lewis captó la indirecta y cogió las mochilas para llevarlas arriba, excepto la de Lillian que la llevaría a su casa avisando a su madre de que llegaría tarde.

—¿Qué tal con Gannon? —susurró Nicole cuando maquillaba los ojos de Rohana, aprovechando que las otras estaban en la zona de manicura esperando que se secaran sus uñas.

—No ha venido —dijo Ro en el mismo tono.

—¿Que no ha ido? —Nicole dejó que abriera los ojos para mirarla.

—Dicen que está enfermo. —La niña se encogió de hombros y su tía siguió con el trabajo.

—Tía, mis uñas ya están secas —dijo Cas mostrándoselas.

—Enseguida termino con esta señora y las atiendo. Pero, por favor, no me llamen tía, tronco o cosas así, no es propio de alguien de su categoría.

Las niñas se echaron a reír y le siguieron el juego.

—Disculpe señora Nicole, no volverá a ocurrir —dijo Cas sin parar de reír.

Cuando terminaron y salieron de la cocina Lewis les hizo un auténtico reportaje de fotos con su móvil y después las mandó directas al baño antes de ponerse a preparar la cena.

—Lo han pasado genial —le dijo a Nicole que aún seguía recogiendo en la cocina—. Te ayudo a limpiar.

—No, tú prepara la cena, que se va a hacer muy tarde.

—He acompañado a Lillian a su casa —dijo el músico mirándola desconcertado.

La observó con aquellas coletitas que se había dejado hacer, y las gomas de colores que las sujetaban. Los labios pintados de un color violeta iridiscente y las pestañas postizas pintadas del mismo color. Era una mujer sorprendente y empezaba a sospechar que no se parecía a nadie que él hubiese conocido. Se acercó y le limpió la purpurina que se le había enganchado en la comisura de la boca.

—Te la vas a comer —dijo sonriendo y su gesto se convirtió en caricia sin darse cuenta.

Nicole se apartó turbada y siguió limpiando evitando mirarle. Cuando el móvil sonó sobre la barra, la sobresaltó. Lewis se lo alcanzó y vio el nombre de Jammie en la pantalla antes de dárselo. Nicole lo dejó boca abajo sobre la mesa y siguió recogiendo como si nada.

—Ha sido tan divertido... En este tipo de actividades emerge la

personalidad de cada una y es curioso ver lo distintas que son. Incluso Edeline y Rohana que son mellizas...

—El hecho de compartir útero marca —dijo Lewis—, pero es cierto que cada uno tiene su propia personalidad. Nosotros tres somos muy distintos y, sin embargo, tenemos una fuerte conexión emocional. Puedo darme cuenta de que les ocurre algo con solo escuchar su voz.

Nicole asintió.

—A mí me pasa igual con Olivia. Y si le hacen daño... —Hizo un gesto como si le faltase el aire—. No soporto verla sufrir. Cuando Vic la dejó te juró que lo habría matado.

Lewis sonrió ante aquella versión bélica de la abogada.

—Resulta gracioso oírte hablar así con esas coletitas en el pelo y las pestañas de color violeta.

Nicole sonrió y su rostro se iluminó.

—No te dejes engañar por mi aspecto. Aquí donde me ves yo quería dejarlo sin nada —siguió hablando—, pero Olivia no me dejó intervenir.

—Hizo bien —opinó él—. Después de todo es el padre de las mellizas. Eso habría acabado repercutiéndole a ellas.

Nicole asintió.

—Sí, lo sé, pero en aquel momento solo deseaba destriparlo vivo. ¿Cómo pudo ser tan cruel con ella? ¿Decirle todas aquellas cosas aquí mismo, en esta cocina?

—No sé exactamente...

—¿No te lo ha contado Niall? —preguntó sorprendida—. Te haré un resumen. Le dijo que había engordado, que se ocupaba demasiado de las niñas y que nunca tenía ganas de follar. Que era su culpa que se hubiese enamorado de su entrenadora personal, que no había podido resistirse a su juventud y entusiasmo en la cama porque el listón estaba demasiado bajo. Después le soltó que la dejaba. Así, a la hora del desayuno y sin previo aviso. Mi hermana se quedó en shock. No dijo ni una palabra.

—Hijo de puta. —Lewis sintió que le hervía la sangre. Quería mucho a Olivia y aunque sabía que Vic se había portado como un capullo, no imaginaba que pudiese ser tan cabrón—. Deberías haberlo destripado.

Nicole se echó a reír a carcajadas. Desde luego que aquel hombre que tenía delante estaba resultando toda una sorpresa. Una sorpresa demasiado agradable a la vista, pensó.

—No, ahora me alegro de no haber intervenido. En el fondo le estoy

agradecida. Gracias a esa cabronada Olivia conoció a Niall, y adoro a tu hermano.

—Es que es adorable —confirmó él.

—¿Y tú y esa Carly? —preguntó poniendo en su voz y sus ademanes todo el disimulo de que fue capaz.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—No sé. Yo te conté cosas...

Lewis se encogió de hombros.

—Me gustaba desde hacía tiempo, pero tuvimos un encontronazo por un malentendido. —Nicole tenía una mirada interrogadora—. Escuché una de sus canciones y resultó que era exacta a una mía. Eso me cabreó muchísimo. Si hay algo que no soporto es a la gente que se aprovecha del trabajo ajeno. Los chicos me lo notaron y después de unas cuantas copas se lo conté. John habló con Brenda, que es la dueña de la discográfica junto a su marido Steel Young. —Miraba a Nicole con expresión culpable—. La despidieron.

—Se lo merecía —rotunda—. Yo tampoco soporto a la gente que se aprovecha del trabajo ajeno.

—Pero yo no hago las cosas de ese modo —explicó él—. Quería hablar con ella, aclararlo...

—¿Qué había que aclarar? Era tu canción, ¿no?

—Ella aseguró que no la había copiado. Que quizá me escuchó interpretar la y se quedó en su cabeza. Esas cosas pasan...

—¿En serio?

—Bueno, quizá no tan exageradamente, pero sí que es posible que la escuchara y le influyera involuntariamente. Yo solía ensayar en uno de los sets del estudio. La sonoridad es muy buena y tenía todo lo que necesitaba. No he vuelto a hacerlo después de eso.

—No sé qué decirte, no soy música, pero si eso fuese tan fácil como dices pasaría constantemente.

—Pasa bastante —reconoció él—, aunque no de un modo tan evidente. Te juro que su canción era mi canción. Pero sea como sea, no me gustó lo que ocurrió con ella, es una buena compositora, se merecía que la hubiese tratado de otro modo.

—¿Y por eso te enrollaste con ella? —preguntó Nicole con cierta timidez—. ¿Para compensarla?

—Pero ¿qué clase de tío crees que soy? —preguntó él, riendo—. Volvió a la discográfica para incorporarse al grupo. Steel la perdonó a condición de

que se olvidara de la canción. Había química entre nosotros y pasó, simplemente.

Nicole apartó la mirada y cogió un pedazo de pan que luego dejó junto a su plato vacío. ¿Quién come pan después de una cena tan deliciosa?

—¿Quieres postre? —preguntó él.

Nicole negó con la cabeza y empezó a recoger los platos. Lewis la ayudó y juntos limpiaron la cocina como cada noche.

—¿Te apetece que tomemos una copa en el salón? —preguntó él cuando hubieron terminado—. Aún queda chardonnay, pero si te apetece otra cosa seguro que encuentro algo por ahí escondido.

—No —dijo ella rápidamente al tiempo que se dirigía a la puerta—, estoy muy cansada y aún tengo que quitarme todo esto. —Señaló las coletitas y el maquillaje de su rostro. Otro día, si no te importa.

Lewis asintió, aunque por su expresión sí parecía importarle.

—Ya no estamos juntos —dijo provocando que Nicole se detuviese antes de salir—. Lo dejamos antes de marcharme para venir aquí.

La abogada giró la cabeza y sus labios sonrieron aunque sus ojos no los acompañaron.

—Eso no es cosa mía —dijo, y se marchó a su habitación.

En ese momento Lewis sufrió cierta desorientación, como cuando entras en un lugar después de un tiempo alejado y ves que todo ha cambiado. Ya no está la silla en la que te sentabas ni el horroroso mueble que alguien había comprado en un rastrillo. Todo era nuevo y luminoso. Así es como la antipática y borde abogada se había ido transformando delante de sus ojos en una mujer con muchas sutilezas. Que organizaba impresionantes fiestas para niñas, dedicándose a ellas por completo, daba consejos románticos como una verdadera madre y se mostraba vulnerable y auténtica en las distancias cortas.

Era una locura, aquello no era real, estaban bajo el influjo de algún extraño conjuro que había en aquella casa. El amor de Olivia y Niall debía haber alterado el karma, la esencia, el alma o lo que narices tuviesen las casas.

No había dos personas más diferentes en el planeta. Ella era una abogada a la que le gustaba vivir en Manhattan y él un artista que lo único que hacía era componer canciones que no le dejarían cantar jamás.

Se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza y respiró hondo para calmar el fuego que agitaba su cuerpo.

—Sexo, solo es sexo, Lewis —musitó para sí—. La deseas, vale. Es raro, pero eres humano y tienes impulsos...

—¿Estás hablando solo? —Nicole había entrado en la cocina para tirar algunos envoltorios vacíos que se habían quedado en su habitación.

Lewis se volvió sobresaltado y por su rostro cualquiera pensaría que había hecho algo imperdonable.

—Sí... —dijo nervioso—, a veces hablo solo. Es lo que tiene vivir solo, si quieres decir algo no tienes a quién y te acostumbras...

Nicole sonrió divertida. Tenía la cara limpia y el pelo bien peinado aunque con algunas ondulaciones, que lejos de estropearlo lo hacían más sensual. Aunque en esos momentos verla en bata y con rulos a Lewis le habría parecido incluso sexy, teniendo en cuenta el trabajo que estaba haciendo su poderosa imaginación con ese tema.

La abogada se encogió de hombros antes de darse la vuelta para irse.

—Buenas noches, Lewis.

—Buenas noches, Nicole.

—Que tengáis un feliz día. —Nicole y Jason decían adiós a las niñas y a Lewis cuando el coche se puso en marcha hacia el colegio—. Y ahora tú y yo nos vamos a la guardería ¡Yuhuuu!

—¡Yuhuuu! —dijo el niño imitándola.

Sin soltarlo entraron en la casa para coger su mochila y el bolso y salieron cerrando de portazo.

—Menos mal que aún no te has ido. —Jaycie la esperaba en la entrada—. Me he olvidado de decirle a Lewis que hoy vengáis a comer. Quedé ayer con Hank y no me acordé de decírtelo.

—Perfecto —dijo Nicole sonriendo—. ¿A qué hora?

—¿A la una te parece bien?

—Muy bien, allí estaremos.

—Hasta luego, Jason —dijo Jaycie sonriendo al niño—, que tengas un buen día.

—Gracias —dijo el pequeño, con su dulce vocecilla.

Cuando acabó de asegurar a Jason en su sillita subió al coche y el teléfono empezó a sonar dentro del bolso. Metió la mano y descolgó sin mirar pensando que sería Lewis.

—Dime —respondió al tiempo que encendía el motor.

—Por fin me lo coges. —Aquella voz la dejó paralizada.

—Jammie —dijo con una gran tensión.

—Tenemos que vernos —dijo él—. Cuando Vincent me dijo que te habías cogido vacaciones no me lo podía creer.

—No entiendo cómo tienes la barra de llamarme —dijo ella endureciendo el tono.

—Tenemos que vernos. —Estaba utilizando su voz más seductora, pero lejos de hacerle el efecto deseado Nicole iba recuperando el control al escucharla—. La última vez fue todo muy confuso.

—No fue confuso en absoluto —dijo ella—. Tú me vi...

Se volvió a mirar a Jason y cerró los ojos al darse cuenta de que no podía hablar con el niño allí dentro. Desabrochó su cinturón y bajó del coche cerrando la puerta.

—No vuelvas a llamarme —dijo entre dientes—. No quiero volver a escuchar tu voz, maldito cabrón de mierda.

—Estás enfadada y lo entiendo —dijo él intentando no demostrar la sorpresa que le había producido su reacción—. No fui muy delicado contigo, pero estaba seguro de que era lo que querías.

—¡Y una mierda! —exclamó—. Sabías perfectamente que no era lo que quería porque te lo dije y no te importó en absoluto. No pienso quedar contigo para nada. Déjame en paz y no vuelvas a llamarme.

Cuando colgó todo su cuerpo temblaba como una hoja y una rabia corrosiva le subía por la garganta hasta quemarle la boca. Apenas tuvo tiempo de apartarse a un lado para vomitar.

—Tranquila, tranquila. ¿Qué ha pasado, Nicole? ¿Por qué estás llorando? —Jaycie estaba junto a ella y la miraba a los ojos interrogadoramente.

Nicole no se había dado cuenta siquiera de que estaba llorando. Sacó un pañuelo del bolsillo de sus pantalones y se limpió las lágrimas y luego la boca que seguía ardiéndole.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó preocupada la vecina—. ¿Las niñas...?

Nicole comprendió que se había asustado y negó rápidamente con la cabeza.

—No, tranquila, las niñas están perfectamente. Era mi... un ex —atajó.

—¡Ah, es eso! —Jaycie casi se echó a reír del alivio que sintió.

—Sí, no es nada, no te preocupes. Ya se acabó.

—¿Quieres que lleve yo a Jason?

—No, no estoy bien, de verdad.

—¿Te traigo un vaso de agua?

—Me comeré un caramelo, en el coche siempre llevo —dijo entrando en el vehículo—. Me marchó que ya llegamos tarde.

El coche de Lewis apareció al fondo de la calle y Nicole se apresuró a ponerse en marcha. No quería que la viese así. Lewis se detuvo para preguntarle, pero ella no se paró y le hizo un gesto con la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el músico a la vecina cuando aparcó el coche.

—Ha recibido una llamada de su ex y se ha puesto a gritar en medio de la calle —dijo preocupada—. Le debe haber dicho algo muy desagradable, porque ha vomitado del disgusto y estaba llorando. Le he ofrecido llevar yo a Jason, pero no ha querido...

—Vale, no te preocupes —dijo Lewis tranquilizándola.

—Es que la he visto tan afectada que me he llevado un susto —dijo Jaycie encaminándose a su casa—. Me alegro de que solo haya sido un susto, solo de pensar que a las niñas les hubiese ocurrido algo...

—Muchas gracias, Jaycie —dijo Lewis con sinceridad—, gracias por estar siempre ahí.

La vecina sonrió con ternura.

—Hoy coméis en casa con Hank y conmigo. Nicole ya lo sabe. A la una. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo Lewis saludándola con la mano.

Tirada en la carretera

Nicole no quiso contarle nada de la llamada de teléfono y se excusó con él diciendo que tenía trabajo del bufete. Estuvieron separados toda la mañana hasta que llegó la hora de ir a comer a casa de sus vecinos.

La comida resultó muy agradable. El matrimonio Everitt era una pareja admirable. Habían sufrido mucho con la enfermedad de Jaycie, pero eso solo los había unido más. En ningún momento de la conversación sacaron el tema del cáncer, no porque lo temieran sino porque no era un tema que resultase ya de ningún interés.

—Me ha llamado tu hermana esta mañana —dijo Jaycie cuando sirvió los cafés—. Había quedado con Niall en el Louvre y estaba haciendo tiempo mirando una de las tiendas que hay en el museo. Le pedí que me trajese un imán, ya sabes que los colecciono, y quería que lo eligiese yo. Le he dicho que de eso nada, que lo tenía que escoger ella.

—Yo hablé ayer por la tarde —dijo Nicole—. Llamó cuando estábamos en plena actividad cosmética.

Jaycie se echó a reír al recordar cómo llegó su hija.

—Mira que llegas a tener paciencia —dijo Hank—. Te pasaste horas poniéndoles todas esas cosas en la cara y en el pelo.

—Tendríais que haberla visto —intervino Lewis—. Creo que ella era la más pequeña de las cuatro.

—No me hagas hablar —dijo Nicole mirándolo con una ceja arqueada—. Aquí donde le veis tan formalito me pidió que le hiciese un masaje facial.

Lewis asintió.

—Me daba sueño solo de ver cómo se lo hacía a Edeline. Tenía que probarlo.

—¿Y qué tal? —preguntó Hank—. ¿Me lo recomiendas?

—Ya te digo —respondió el otro—. Te pone un gel muy fresco y te hace un masaje que es una pasada. Seguro que Jaycie sabe cómo se hace.

—¿Tú sabes, Jaycie? —preguntó su marido mirándola con interés.

—¡Yo qué voy a saber! —exclamó ella y después miró a Nicole y le guiñó un ojo disimuladamente.

—¿Y cómo va tu música, Lewis? Leí en no sé donde que el grupo se había disuelto —dijo Hank.

—En realidad no se ha disuelto. John, el cantante, nos ha dejado tirados.

—Vaya putada.

—Pues sí. La discográfica contrató a una cantante para intentar cumplir con los compromisos que teníamos, pero después de varios conciertos cancelaron todos los que teníamos programados.

—Parece ser que en todas partes hay capullos.

—¡Hank! —lo regañó su mujer.

—¿Qué? Estamos entre amigos. —La cogió de los hombros y puso un beso en la punta de su nariz—. Lo siento, me portaré bien.

Lewis miró a Nicole y le sonrió con ternura. La abogada apartó rápidamente la mirada.

—Será mejor que nos levantemos ya y nos pongamos en marcha o las niñas y Jonas van a tener que venir caminando —dijo poniéndose de pie.

—¡Pero qué tarde se nos ha hecho! —exclamó Jaycie imitándola.

—Lo hemos pasado muy bien, chicos —dijo Lewis.

—Sí, ha sido una comida muy agradable, gracias por invitarnos —corroboró Nicole caminando hacia la puerta.

—Tenemos que repetirlo —dijo Hank poniéndole una mano en el hombro a Lewis.

—Por supuesto —respondió el músico.

—Yo salgo con ellos y voy a por Lillian —le dijo a su mujer y después la besó suavemente en los labios.

—Son geniales —dijo Lewis sentado en el asiento del copiloto.

—Sí, lo son —corroboró ella—. Hank la quiere con locura.

—Ella a él también.

—Sí.

—¿Quieres hablar de algo? —preguntó él.

Nicole lo miró un instante para no perder de vista la carretera.

—¿De algo?

—De lo que pasó esta mañana.

—Ah, de eso...

—Te ha llamado Jammie.

—Sí.

—¿Y?

Nicole lo miró enarcando una ceja.

—¿Desde cuando te interesa mi vida amorosa?

—¿Jammie es tu vida amorosa? Según entendí, lo habíais dejado.

—Sí, lo hemos dejado.

—¿O es que vais a por la sexta ruptura? —No pudo evitar que se notara que le molestaba.

Nicole no dijo nada y se mantuvieron callados el resto del trayecto.

El ánimo de la abogada estuvo toda la tarde decaído y, aunque se esforzaba por parecer normal, a Lewis no se le escapaba su lenguaje corporal: hombros caídos, mirada lánguida, respiración contenida...

Las niñas tampoco tenían su mejor día. Rohana no había hablado aún con Lillian y parecía que hubiese discutido con sus hermanas porque no paraban de lanzarse pullas por cualquier motivo.

El único que estaba como siempre era Jonas, que parecía inmune a los agentes externos, que a todos afectaban menos a él.

Nicole se dejó caer en el sofá agotada. La tensión le había pasado factura y se sentía como si hubiese escalado el Everest. Lewis se sentó frente a ella, también cansado.

—¿Qué había hoy en el ambiente? —preguntó.

—Creo que esto es lo que sienten los padres la mayor parte del tiempo —dijo ella.

—Me parece que es tu pesimismo el que habla por ti. —Se puso de pie y fue hasta ella para obligarse a levantarse—. Vamos, tenemos que cenar y recuperar fuerzas. No he preparado una salsa milanesa para que dejar que se eche a perder.

—Estoy muerta —dijo ella tratando de resistirse.

—No me obligues a cargar contigo. —Hizo ademán de cogerla y Nicole se levantó de golpe.

Cuando estuvieron en la cocina él hizo que se sentara y se encargó de poner la mesa y colocarle el plato delante.

—Huele increíblemente bien —dijo ella—. Hay que reconocer que eres un magnífico cocinero.

—Eso ya me lo habías dicho —dijo sentándose frente a ella—. Deberías

renovar tu repertorio.

—A mí madre solo le decía que estaba bueno —dijo Nicole para justificarse.

—Espero que no me estés comparando con tu madre.

—¿Por qué no? Es una maravillosa comparación. Mi madre, además de ser una excelente cocinera, es una persona excepcional. Todos dicen que me parezco a ella.

—Entonces no hay duda de que lo es.

—Hablas como si no la conocieras y sé que te enseñó a hacer sus galletas de jengibre unas Navidades aquí, precisamente, en esta cocina.

—En realidad no me enseñó a hacerlas, le expliqué cómo las hacía yo y ella me dio algunos trucos para mejorarlas, que no es exactamente lo mismo.

—Lo que tú digas —dijo ella acabando con su pasta en forma de girasol.

—Comes demasiado rápido.

—Tengo demasiada hambre.

—Esas Navidades no viniste, por cierto —dijo Lewis sin mirarla.

—No. No estaba en un buen momento.

—Otra de tus rupturas, supongo. —Lo dijo sin maldad, pero al escucharlo comprendió que había sonado fatal.

Nicole dejó el vaso sobre la mesa con demasiado ímpetu.

—Te estás pasando —le dijo—. Fue una conversación entre amigos, no me parece justo que me lo...

—Perdóname. —Lewis estiró el brazo y le cogió la mano con firmeza—. No debería haberlo dicho.

Nicole sintió aquel contacto como una caricia y se estremeció mientras contenía el impulso de girar la mano y devolverle el gesto. El pulgar de Lewis se deslizaba suavemente por encima de su piel y sin que sus ojos se apartaran de aquel contacto. Nicole empezó a hablar casi sin darse cuenta.

—La primera vez rompí con él fue porque no estaba segura de lo que sentía. —Su voz sonaba insegura, como si actuase contra su propia voluntad. Lewis levantó la mirada y clavó sus ojos verdes en ella—. Todo fue muy precipitado, no sé cómo explicarlo. Jammie es muy experto en esto de seducir y yo era una completa nulidad en esos temas. No le fue difícil acercarse y convencerme de que saliésemos. Pero después, en lo cotidiano, yo me sentía rara, era como si no me ubicase estando con él. No sé cómo explicarlo... —repitió—. Me iría bien un poco de ese chardonnay que no nos bebimos.

Lewis sonrió y la soltó con reticencias para ir a buscar la botella a la

nevera. Sacó dos copas y las puso encima de la mesa antes de volver a sentarse.

—¿De verdad te interesa esto? —preguntó Nicole.

—Me interesa mucho —dijo él después de escanciar la bebida.

—La segunda vez fue él —dijo pensativa—. Y si te digo la verdad fue algo muy raro. Era la primera vez que lo acompañaba a una de sus fiestas, va a muchas fiestas Jammie. A mí me hacía bastante ilusión la idea, pero no me gustaba nada. Ya sé que suena contradictorio, pero es muy fácil de entender. Me gustaba la idea de que me incluyese en su vida y aquello también era su vida. Pero odio las fiestas. Sobre todo esa clase de fiestas, ya sabes.

—Pues no, no tengo ni idea.

—Era una cena para recoger fondos para no sé qué asociación pictórica. Aquello estaba a rebotar de gente importante. Gente de Jammie. Mujeres espectaculares con cuerpos de vértigo, vestidos carísimos y zapatos imposibles de llevar. Hombres elegantes y mundanos acostumbrados a cerrar negocios millonarios mientras un masajista tailandés les hacía un completo.

Lewis soltó una carcajada.

—Ha sonado muy mal lo del tailandés, ¿verdad? —preguntó Nicole volviendo a coger su copa para beber.

—Un poco, sí —dijo Lewis riendo.

—Tú ya me entiendes, no es que yo hubiese visto a nadie dándoles masajes... Quiero decir...

—He entendido el concepto —la cortó divertido—. Sigue, por favor.

—Bueno, pues como era de esperar, metí un poquito la pata un par de veces esa noche. Nada que él no hubiese visto antes, pero al parecer al hacerlo delante de sus amigos importantes fue como si lo viese todo a través de una lupa gigante.

—¿Qué hiciste? —La miraba por encima de su copa y a Nicole le pareció que tenía los ojos más bonitos que hubiese visto nunca.

—Pues, veamos... Pregunté por un cuadro creyendo que formaba parte de la colección y resultó ser el plano de emergencias...

Lewis se tapó la boca para no bañarla con el chardonnay que acababa de meterse en la boca.

—Anda, sí, riéte que me lo merezco por contártelo.

—¿En serio hiciste eso?

—Tendrías que haber visto los otros cuadros. Había uno con cuatro palos de polo formando un cuadrado. —Puso los ojos en blanco—. Te juro que

aquel plano de emergencia era más artístico que eso.

—¿Qué más hiciste? —preguntó todavía riéndose—. Cuéntamelo todo.

—Ah, no, no soy tan tonta, no caeré de nuevo en tu trampa. Con eso tienes bastante para hacerte una idea. Solo te diré que te he contado la peor, las otras eran menudencias comparadas con eso. —Se bebió el resto del contenido de su copa y cogió la botella para rellenarla apurando el contenido de la botella—. Se acabó.

Lewis se levantó y sacó otra botella que puso en la mesa delante de ella.

—Pero si solo había una —dijo sorprendida.

—Esta mañana me pasé por la tienda de vinos.

Nicole sonrió e inconscientemente se humedeció los labios en un gesto tan sensual que Lewis se quedó prendado en ellos durante varios segundos.

—¿Te sigo contando? —preguntó ella y, ajena a sus pensamientos, esperó hasta que él asintió—. Cuando me llevó de vuelta a casa detuvo el coche en mi puerta y me dijo que iba a necesitar un tiempo para aclararse. Que creía que me conocía bien, pero esa noche se había dado cuenta de que no era como él pensaba. —Nicole se llevó la copa a la boca y bebió un largo trago.

El chardonnay empezaba a hacerle efecto y se sentía más ligera y segura de sí misma. Se dio cuenta de que por primera vez no se sentía mortificada al recordar todo aquello. Se sentía bien. Miró a Lewis a los ojos y comprendió que era por él.

—Debo reconocer que me sentí un poquitín humillada —confesó antes de dar un sorbo—, pero no soy de ponerme a llorar por las esquinas ni pasarme el día en la cama preguntándome por qué a mí. Olivia dice que soy una «todo terreno» y es cierto. Odio a la gente que se queja por lo que le ocurre y no hace nada para cambiarlo.

Lewis entrecerró los ojos y giró la copa sujetándola por el tallo.

—Estás pensando que entonces debo detestarme a mí misma, ¿verdad?

—Te aseguro que no estoy pensando en eso —dijo, enigmático.

—¿Y qué estás pensando?

Que tienes los labios más apetecibles que he visto nunca, pensó sin dejar de mirarlos. Que me muero por saborear tu rosada y jugosa lengua cada vez que la veo aparecer entre ellos...

—Pienso que la vida de pareja es complicada —dijo en voz alta—, pero que hay personas imbéciles en el mundo y que tú diste con el aspirante al primer premio.

Nicole rio con la ocurrencia y vació el resto de su copa. Se levantó y

cogió del cajón el descorchador de botellas para abrir la segunda. Lewis la dejó hacer porque eso le permitía observarla y pudo analizar cada rasgo con tranquilidad. La suave curva de su cuello, el escote que se perdía dentro de su camiseta elástica. Los pechos firmes y generosos, los vaqueros ajustándose como una segunda piel... Se puso de pie y aprovechó para recoger los platos de la mesa.

—Al día siguiente me fui a trabajar y seguí con mi vida —siguió Nicole mientras abría la botella—, sintiéndome un poco fracasada, pero sin dramas. Y así llegamos a la tercera vez... —Hizo una mueca con la boca—. Después de esto voy a caer muy abajo desde dónde quiera que me hubieses puesto en tu escala de personas que merecen la pena. Aunque supongo que después de mi bromita sobre la música country ya estaba muy abajo en esa escala. No me lo digas. —Levantó la mano como para impedirle que hablase.

Lewis hizo un gesto con la mano que marcaba un lugar por encima de su cabeza y ella sonrió divertida.

—Hombre, ahí te has pasado. En esa posición solo hay sitio para tu padre, tus hermanos y sobrinos. Yo no quepo —dijo señalando—, mira bien, ¿lo ves? Ahí no puedo meter el culo, soy de caderas anchas, yo.

Lewis se echó a reír de nuevo, no solo por las tonterías que decía, sobre todo era por las carotas con que las acompañaba.

—En fin —siguió con su retahíla—. Llevábamos juntos dos meses desde nuestra segunda ruptura. Yo debo decir que estaba un pelín desilusionada con él, me mostraba menos colaboradora y sumisa de lo que a él le gustaba, pero es que no me sentía del todo cómoda. No sé cómo explicarlo, no me sentía... segura. Bueno, la cuestión es que no quise aceptar un caso que me propuso.

Lewis frunció el ceño volviendo a sentarse frente a ella.

—¿Un caso?

—¿Qué te parece si nos vamos al salón? —preguntó ella cogiendo su copa—. Necesito tumbarme.

Salió de la cocina sin esperar respuesta y Lewis cogió la botella y su copa y la siguió.

Nicole se tumbó dejando la copa en el suelo.

—Me negué roooootunnndamente —dijo elevando el tono.

—Shsssssss —la hizo callar—. Espera, voy a cerrar la puerta doble para que no despiertes a los niños.

—¡Uy! —Nicole se tapó la boca y asintió. Cuando Lewis volvió y se sentó en el otro sofá lo miró sonriendo abiertamente—. Creo que estoy

borracha.

—Yo también lo creo —dijo él sonriendo también.

—¿Sabes que nunca se lo había contado a nadie? —Se puso de lado para mirarlo apoyando la cara en una de sus manos—. Bueno, solo a Olivia, pero ella no cuenta, ella es como yo misma. Ella nunca me miraría de ese modo.

—¿De qué modo?

—Con lástima.

—Prometo no mirarte con lástima jamás —dijo él muy serio.

—Lo veremos enseguida, si después de esto no me miras con lástima habrás pasado la prueba del algodón —dijo poniéndose de nuevo boca arriba y mirando al techo—. Me dejó tirada en la carretera en medio de ninguna parte. Habíamos ido a comer a casa de esos amigos suyos que vivían en la frontera con Canadá. Y resultó que ese amigo tenía un gran problema que quería que yo le solucionase. Un problema de un millón de dólares que tenía apilado en su garaje metido en bolsas de basura.

—¡Joder! —exclamó Lewis con preocupación.

—Tranquilo, no dejé que me contaran de dónde había salido ese dinero, sé que no es conveniente saber demasiado si quieres llegar a ver tus patas de gallo. —Se puso de pie para acercarse a él tambaleándose un poco—. Mira, mira bien, ¿las ves? ¡Ya han empezado! —Volvió a tumbarse moviendo la cabeza con pesar—. Es irremediable, me estoy haciendo vieja. Seré como esas tías que tienen que conformarse con sus sobrinos para desfogar su sentimiento maternal.

Cerró los ojos un momento y Lewis temió que se hubiese quedado dormida.

—Aquí, entre tú y yo —dijo de repente volviendo a abrirlos y poniéndose de lado para mirarlo—, estoy segura de que había mucho más dinero y que me dijeron un millón para tantearme. Solo había que ver la casa que tenían y el tipo de personas que eran.

—¿Qué has querido decir con que te dejó tirada en la carretera? Te refieres a una parada de autobús o de taxi, supongo.

Nicole negó mientras movía la boca a uno y otro lado haciendo muecas.

—Me dijo que por mi culpa iba a perder muchísimo dinero y que no quería un lastre como yo en su vida y me hizo bajar del coche en un tramo de carretera sin iluminar en medio de ninguna parte.

Lewis abrió los ojos como platos.

—¿Y tú te bajaste del coche? —preguntó sin poder creerlo.

Nicole asintió. ¿Qué podía hacer? Era su coche.

—No me lo puedo creer —dejó la copa en la mesa por temor a que acabara estampada contra algo—. Volvería a por ti, supongo.

Nicole negó con la cabeza.

—Por suerte había una enorme luna y podía ver por donde pisaba. Cuando llegué al primer cartel llamé a un taxi y esperé a que me recogiese.

—Pero ¿por qué volviste de nuevo con él? —preguntó enfadado—. No lo entiendo.

—No conoces a Jammie. —Ella seguía mirando al techo como si allí estuviesen todas las respuestas—. Si lo conocieses lo entenderías.

El músico levantó una ceja con mirada cínica.

—¿Quieres decir que por el hecho de que un tío sea guapo ya puede hacer contigo lo que quiera?

—Pero ¿de qué hablas? —Nicole se sentó en el sofá y lo miró enfadada—. ¿Quién ha dicho nada de su físico? ¿Tan superficial crees que soy? Yo hablo de su personalidad arrolladora, de su saber hacer, de la manera que tiene de enroscarse alrededor de tu cuello, suavemente...

—¡Te dejó tirada! —la cortó enfadado.

Nicole asintió.

—Sí, así es.

—Y aun así volviste una cuarta vez, que fue cuando te dejó por morrearte con el contable.

—En realidad él creyó que nos habíamos acostado —dijo ella con sarcasmo—. Y debo confesar que dejé que lo creyera. Si lo pienso bien creo que yo quería que rompiera, ya no me sentía bien a su lado.

Nicole volvió a tumbarse en el sofá con un cojín en las manos que lanzaba al aire para cogerlo cuando caía.

—Y así llegamos a la quinta y última —dijo Lewis.

—Esa es fácil. Todo un clásico. Lo encontré en la cama con otra —dijo sin afectación.

—Espero que no vuelvas a ver a ese tío, porque por lo que me has contado es un grandísimo hijo de puta capaz de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quiere —dijo muy serio.

Nicole giró la cabeza para mirarlo y después se incorporó sentándose de frente. Su rostro había perdido el color por completo.

—Es increíble lo estúpida que puedo llegar a ser. Solo has necesitado unos minutos para saber cómo es y yo estuve dos años sin enterarme.

—Tú estabas enamorada —dijo él con suavidad.

—Pues algo no funciona bien en mi corazón, entonces —dijo poniéndose de pie y tambaleándose ligeramente—. No estoy acostumbrada a beber, me temo. Será mejor que me vaya a la cama.

—Espera —dijo Lewis acercándose a ella.

Nicole se vio atrapada por aquel intenso y cristalino verde y sintió la mano que acariciaba su mejilla como una potente necesidad. Lewis puso una mano en su nuca y la atrajo al tiempo que se inclinaba para besarla. Nicole abrió los labios dejando que la saboreara a placer y gimió cuando sus lenguas se rozaron. Cuando el beso se hizo más profundo Lewis la apretó contra él buscando el contacto de su cuerpo.

Y entonces, de repente, Nicole lo apartó de un empujón y lo miró furiosa sin decir nada.

—Me voy a la cama —dijo entre dientes—. Sola.

Lewis la miró sorprendido. Lo había mirado con tanto desprecio que lo hizo estremecer.

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente —dijo rotunda.

La siguió a una prudencial distancia hasta que entró en su cuarto y cerró la puerta tras ella. Después se volvió con las manos en la cintura preguntándose qué narices había pasado.

¿Una cotilla es peor que una psicópata?

Nicole se despidió de las niñas y volvió a entrar en la casa aliviada de que Lewis no estuviese. Se había ofrecido a llevar a Jason a la guardería mientras ella se encargaba de dejar a las niñas con Jaycie.

Apenas lo había mirado en el desayuno y estaba segura de que se había esforzado demasiado en parecer normal. Se imitó a sí misma sonriendo y moviendo la cabeza como si fuese tonta.

—Estúpida —dijo en voz alta.

Subió a revisar la habitación de las niñas y no se sorprendió al ver que estaban las camas hechas y todo ordenado como cada día. Su hermana era una increíble y eficiente madre que había sabido transmitir a sus hijas parte de su sabiduría. Sonrió al recordar cómo era cuando vivían juntas con sus padres. El hecho de ser diez años mayor que ella la convirtió en un ser excepcional casi mágico a sus ojos. La admiraba tanto que veía todas sus virtudes amplificadas.

Salió del cuarto de las pequeñas y vio al pasar que Lewis había dejado la puerta abierta en el suyo. No pudo evitar la tentación y entró a cotillear. No había hecho la cama y estaba muy revuelta, debía moverse mucho al dormir, lo que no sería muy cómodo para quién durmiese con él. La noche anterior solo había hablado ella. ¡Y cómo había hablado...! Por no mencionar lo que ocurrió después. Seguro que Lewis pensaba que era la mujer más estúpida del planeta. Se sentó en la cama mirando a su alrededor con un sentimiento de absoluta decepción hacia sí misma. ¿Cuándo se había convertido en aquella sombra de mujer? ¿Cuándo había perdido por completo la autoestima como para soportar todo lo que relató empujada por aquel maldito chardonnay?

Se dio cuenta de que realmente le importaba lo que Lewis pensara de ella. Ahora que el alcohol había abandonado su sistema podía ver su rostro mientras la escuchaba hablar y la seriedad con la que oyó su humillante relato. No mostró el más mínimo gesto de desprecio ni aparentó sentir lástima de ella. Tan solo sus ojos verdes e intensos atravesándola como si quisiera

ver más allá. Como si le importara.

Oyó la puerta de la calle cerrarse y dio un salto sobresaltada. Su móvil salió disparado del bolsillo trasero de sus vaqueros hasta la cama sin hacer el menor ruido. Salió corriendo del cuarto, se metió en el de Jason y se puso a arreglarle la cama con disimulo.

—Estás aquí —dijo Lewis entrando en la habitación.

—¿Cómo ha ido?

—Perfecto. ¿Y las niñas?

—Perfecto también.

—¿Qué tal el problema de Rohana? —Lewis recogió los juguetes que estaban desparramados por el suelo y los colocó en el cesto de los juguetes.

—Bien, parecía tranquila. Espero que se decida a hablar con Lillian cuanto antes. Hasta que no lo haga no estará bien.

Lewis estaba delante de ella y la miraba con los ojos entrecerrados mientras Nicole seguía estirando unas inexistentes arrugas en la colcha de la cama.

—Deberíamos hablar de lo de anoche —dijo él sin obtener respuesta—. Nicole, por favor.

Ella levantó la mirada y sus ojos mostraron la enorme vergüenza que sentía.

—Estaba borracha —musitó.

Lewis sonrió, de repente sentía una enorme ternura por esa mujer que estaba resultando todo un descubrimiento para él.

—No tienes por qué estar incómoda conmigo. No hay nada de malo en un beso...

—Nunca le había contado esas cosas a nadie —dijo ella ignorando lo del beso—. Ojalá pudiese volver atrás...

—No tienes de qué avergonzarte —dijo tratando de infundirle confianza.

—Claro, eso lo dices tú que no te has abierto en canal delante de mí como yo lo hice frente a ti.

—Una vez robé una guitarra. —Lewis la miraba sin pestañear—. Era muy joven e irracional. Entré en la tienda del señor Smug como tantas veces. Me moría por una en concreto, una que aquel buen hombre me dejaba tocar cuando no había mucha gente en la tienda, aunque sabía que no podía pagarla. Cuando me di cuenta estaba corriendo como un loco con la guitarra en la mano.

Nicole abrió la boca sorprendida y volvió a cerrarla sin saber qué decir.

—El dueño ni siquiera se dio cuenta —dijo Lewis con tristeza—, tenía tan buena opinión de mí que ni se le pasó por la cabeza que haría algo así.

—¿Y qué hiciste? —Nicole se imaginaba la situación y podía ver en su cara lo mucho que le afectaba aún.

—Lloré —confesó—. Lloré tanto que me quedé afónico. Sabía que no podría arreglarlo hiciese lo que hiciese. Si llegaba a mi casa con la guitarra todos sabrían que la había robado y su opinión sobre mí cambiaría para siempre. Estaba seguro de que el señor Smug ya habría avisado a la policía e imaginaba que llegarían con las sirenas encendidas en cualquier momento. Así que, en mi desesperación, decidí tirarla al Hudson. Deshacerme de las pruebas —sonrió con tristeza.

Nicole escuchaba atentamente sin hacer el más mínimo gesto.

—Pero no pude hacerlo. En el último momento tuve un raptó de lucidez y me di cuenta de que si hacía eso tendría que vivir con ello toda la vida. Que tendría que esconderlo en mi interior y eso me haría muchísimo daño. Así que opté por la tercera opción y decidí volver a la tienda y confesar mi crimen.

—¿Y que hizo el señor Smug?

—Escuchó todo lo que tenía que decirle con una expresión de absoluta decepción en los ojos. Nunca olvidaré aquella expresión, Nicole. Me juré que jamás haría nada que provocase esa expresión en otra persona.

—¿Y te perdonó?

—Me dijo que me marchara y que no volviese jamás. Ya no podía confiar en mí y no quería tener que estar vigilándome todo el tiempo. Me dijo que comprara las cuerdas para mi vieja guitarra en otro sitio y que me fuese antes de que cambiase de opinión.

Nicole se daba cuenta de que aquello aún le dolía y sintió un irrefrenable deseo de abrazarlo.

—Con el primer dinero que gané con el grupo fui a su tienda y le compré aquella guitarra —sonrió—. No aquella exactamente, supongo que debió venderla, pero una del mismo modelo. Era un mensaje. Estaba todo igual, la tienda y el señor Smug, él un poco más canoso pero igual. Le pedí perdón por lo que hizo aquel crío y le di las gracias por todo lo que él había hecho por mí. Hablamos durante mucho rato y quiero pensar que borré en parte la imagen que había imprimido en su cerebro sobre aquel chaval al que dejó campar a sus anchas por su tienda y que lo traicionó de la manera más rastrera. Quería que supiese que lo que hizo por mí fue algo bueno, algo de lo

que sentirse orgulloso.

—Eras un niño —lo excusó Nicole.

—Esto no se lo había contado a nadie jamás. —Se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros—. Ni siquiera a mis hermanos.

Nicole comprendió lo que acababa de hacer y sintió una cálida sensación de complicidad.

—¿Qué te parece si te enseño el contrato? —preguntó Lewis con una tímida sonrisa.

—Me parece perfecto —dijo ella asintiendo.

Entraron juntos en su cuarto y Nicole se sintió incómoda al estar allí de nuevo. Buscó las palabras para contarle que había entrado a husmear como una vil cotilla, pero entonces él vio el móvil en su cama y al cogerlo se dio cuenta de que era el suyo. Se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Cómo ha llegado hasta mi cama tu móvil? —preguntó desconcertado—. Estoy seguro de que he dormido solo...

—Estaba pensado el modo de explicártelo sin que creyeras que te estaba espiando.

—¿Me has estado espiando? —Su expresión era entre confusa y divertida.

—Te debo estar pareciendo una psicópata o peor, una cotilla.

—¿Una cotilla es peor que una psicópata? —dijo él sin dar crédito.

—No, claro que no. Lo que quiero decir... No estaba registrando nada, o sea, no he abierto tus cajones ni nada de eso. Cuando era niña lo hacía, me colaba en la habitación de mis padres y les registraba los cajones. Pero entonces era una aventura. Y yo era una niña, ya te lo he dicho. Es verdad que ahora no soy una niña y he revisado los cajones de mi hermana y de Niall. No se lo digas, por favor —suplicó acercándose a él con las manos juntas en señal de oración—. Seguro que tu hermano pensaría que estoy loca.

—O, peor aún, que eres una cotilla —dijo él aguantándose la risa.

—¿Te burlas? —Su expresión desvalida hizo que él rompiera a reír sin poder aguantarse más—. Te burlas.

—Anda, mírate el contrato, psicópata cotilla —dijo sin dejar de reír mientras le ponía el documento y el móvil en las manos.

—Sabían bien lo que hacían —dijo la abogada después de estudiarlo a fondo—. Tiene muchos puntos concretos que no dejan lugar a

interpretaciones y el que nos ocupa es muy claro. Especifica claramente que si una de las partes lo incumple deberá pagar una indemnización de...

—Me tienen cogido por las pelotas —dijo él con un deje de rendición en la voz.

—No exactamente —dijo ella con taimada sonrisa.

Lewis se deslizó del sofá hasta sentarse junto a ella en el suelo.

—Curiosamente su especificación en este caso juega a vuestro favor. Un contrato genérico habría sido más beneficioso para la discográfica. Verás, según el contrato el grupo debe cumplir con sus compromisos. Pero en el contrato no se especifica que si uno de los miembros deja el grupo, este se considere disuelto —explicó la abogada sonriendo ante su confusa expresión—. Lo que deberíais haber hecho es cumplir el contrato, a pesar de que John ya no estuviese vosotros, ofreciándoos a actuar igual.

—¿Pero cómo íbamos a actuar sin el cantante?

—Ese problema no es vuestro sino de la discográfica —explicó Nicole.

—Pero han cancelado nuestros conciertos.

—Tú lo has dicho: han cancelado. No habéis sido vosotros. Incluso pusisteis una nueva cantante, lo que muestra la buena fe del grupo a la hora de solucionar el conflicto creado por el cantante.

—¿Quieres decir que no pueden obligarnos a pagar?

—A vosotros, no. Solo a John. Él sí ha incumplido el contrato al no acudir a los conciertos ni a sus obligaciones con el grupo. Él tendrá que pagar, pero vosotros, no. Siempre que no incumpláis el contrato —insistió—, negándoos a actuar.

Lewis rodeó sus rodillas con los brazos y Nicole no pudo evitar fijarse en sus desarrollados músculos. El músico tenía un cuerpo atlético, pero estaba claro que también ejercitaba sus músculos con peso porque los tenía impresionantes.

—¿No tendré que tocar en ninguna banda?

—No mientras el grupo no se disuelva —explicó Nicole—. Debes hablar con los demás y explicarles que no acepten tocar en otro lugar si ello afecta a los compromisos que pueda tener el grupo. Y debéis dejar claro que estáis dispuestos a seguir tocando juntos cuando la discográfica lo requiera.

Sin decir nada Lewis sacó el móvil de su bolsillo del pantalón y marcó un número.

—¿Stan? —dijo entrecerrando los ojos—. Tío, baja la música que no te oigo. Vale, escucha, ¿cuándo sales de gira con Houser? Vale, espera que

pongo el manos libres.

—...y son una mierda, pero no tengo pasta...

—Calla y escucha, Stan —ordenó—. Estoy con Nicole Beller, que es abogada...

—¿Nicole Beller? ¿Esa no es la hermana borde de...?

—Stan, te he dicho que he puesto el manos libres —lo cortó Lewis abochornado.

—Hostia, perdona, tío. Lo siento Nicole, no me lo tengas en cuenta —se disculpó el otro.

—Tranquilo, Stan —dijo ella riendo.

—Nicole te explicará una cosa, escucha atentamente —dijo Lewis haciendo un gesto con la cabeza dando a entender que el otro era un desastre.

Nicole explicó lo mismo que le había dicho al guitarrista unos segundos antes.

—¿Lo has entendido? —preguntó Lewis cuando ella terminó.

—¿En serio tío? ¿De verdad no tengo que ir con los Houser? —Se oyeron sus aullidos de euforia aunque se había alejado del teléfono, seguramente para escenificar de algún modo su alegría.

—Escucha, Stan, no he dicho que no tengas que ir. Tan solo debes tener como prioritario el trabajo del grupo y no hacer nada que lo entorpezca. ¿Lo entiendes?

—Tú no te preocupes, Stan, te mandaré por escrito lo que debes decir y hacer al respecto. Solo tienes que atañerte a lo que decidamos y estar disponible por si te llamo. ¿De acuerdo? Voy a llamar a Adam para explicárselo, ya hablaremos más tarde —dijo Lewis y cuando el otro acabó de responder, colgó.

Repitieron la escena con el batería, que tuvo una reacción más comedida que el bajista, pero igual de satisfactoria. Y quedaron en verse en cuanto Lewis volviese a Nashville.

—Redactaré un burofax para la discográfica que especifique claramente que el grupo sigue en pie y que os mostráis totalmente colaboradores para seguir cumpliendo con vuestras obligaciones contractuales. Deberías llamar también a la cantante, aunque a ella no le afecte directamente por no haber firmado el contrato, sería bueno que la tuvieseis de vuestro lado.

—¿Podríamos hacerlo sin ella? —preguntó Lewis evitando su mirada.

Nicole frunció el ceño sin dejar de analizar sus expresiones y una lucecita se encendió en su cerebro.

—¿Acabasteis mal? —preguntó tratando de ocultar su decepción.

—No, pero... —No quería decir en voz alta que era por ella. Tampoco sabía qué podía decir porque no sabía qué pasaba entre ellos.

—Bueno... —Su cerebro de abogada buscaba otra solución—. Tú cantas, podrías ofrecerte a ser el cantante del grupo una temporada.

—No quiero ser el cantante del grupo.

—Sería solo para salvar la situación —explicó ella—. El contrato se cumple el año que viene, después seréis libres para hacer lo que os dé la gana. Es la solución más satisfactoria sabiendo que es algo temporal.

—Está bien —concedió él—. Si así resulta más sencillo, lo haré.

—Pues en el burofax especificaré tu buena disposición para colaborar, incluso cantando, si es necesario. Te aseguro que con eso ningún juez os condenaría a pagar la multa.

Lewis la miró con admiración.

—No me mires así —dijo ella turbada.

—¿Así cómo? —preguntó él sin dejar de hacerlo.

—Como si hubiese salvado a tu perrito de morir atropellado.

Lewis sonrió y sus ojos verdes sonrieron también mostrando una mirada terriblemente seductora.

—Eres una persona sorprendente, Nicole Beller.

—¿Ya no te parezco borde? —preguntó ella muy seria.

—Menudo capullo es Stan, no tiene ni dos dedos de frente...

Nicole rompió a reír a carcajadas y su risa contagiosa fue la más bonita que Lewis había escuchado en su vida.

—Salgamos a dar una vuelta —dijo levantándose del suelo y tendiéndole la mano para que lo imitara.

—Tengo que redactar ese burofax... —dijo ella aceptando su mano.

—Ya lo harás después. Conozco un sitio que me enseñó Niall hace tiempo. Estoy seguro de que te encantará.

Ya habían dejado atrás los coches y la ciudad y poco a poco se iban aislando de todo lo que no fuese aquel mágico paisaje. Era como si la naturaleza hubiese decidido que todo el que entrase allí tuviese que hacerlo ligero de equipaje. Los primeros capullos de azalea empezaban a surgir, las violetas silvestres asomaban tímidamente y el suave y fresco aroma de la hierba húmeda perfumaba el aire. Nicole inhaló aquel frescor maravillada por un día tan perfecto. El cielo tenía un intenso tono azul y el verde de las

pequeñas hojas parecía sacado de un cuaderno de pintura.

El sol matinal enfatizaba los colores y los pájaros silenciaban sus trinos al oír sus pisadas arrastradas por el susurro del viento que mecía las hojas de los árboles. En las montañas todavía refulgía el blanco manto del invierno, pero allí abajo la primavera empezaba a manifestarse de manera sutil e inesperada.

Nicole caminaba feliz sintiendo la tranquilidad que descansaba entre aquellos árboles. Miró al cielo donde jirones de nubes avanzaban hacia el este, imparables y sin prisa. Manhattan era un lugar bullicioso en el que jamás se podía disfrutar de la soledad a pesar de sentirse realmente solo. En aquel momento, rodeada de aquellos árboles y caminando en silencio junto a Lewis sintió aquella soledad con tanta fuerza que casi la dejó sin aliento. No era la soledad que reconfortaba, la que te permite centrarte en ti misma y sentir quién eres de verdad. No, era una soledad amarga y que extendía su vacío allá por donde pasaba. Una soledad de ruido y de gente, de palabras huecas, de artificio y superficialidad. Una soledad intensa que se colaba a través de tus ojos que no encontraban regocijo en otras miradas. No se daba cuenta porque el ritmo constante al que la sometía su vida no permitía esa introspección que requería mirar hacia dentro.

Miró de soslayo a Lewis y vio que caminaba pensativo. Se preguntó cómo sería su vida, siempre rodeado de músicos. Viajando de aquí para allá, sin tiempo para formar una familia. ¿Por qué pensaba en esas cosas? ¿Qué narices le importaba a ella si Lewis podía o no formar una familia? Se acordó de Cary, el padre de los hermanos Fuller. Sonrió. Ese nombre parecía el de una telenovela.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lewis sacándola de su abstracción.

—Estaba pensando en tu padre —dijo sin tapujos.

—¿Mi padre te hace gracia?

—Es que he pensado en él como el padre de los hermanos Fuller y me ha recordado a esas telenovelas que echan por televisión.

—Pensaba que no veías la tele —dijo Lewis sonriendo.

—Y no la veo, pero mi amiga Susan es una adicta a esas telenovelas. Las conoce todas y tiene la costumbre de explicármelas —dijo riendo.

—Vaya, una nueva fórmula. Están los audio libros y ahora también están las cuenta novelas.

—¿Eso es un chiste? —preguntó ella mirándolo con cinismo—. Porque si lo es he de decirte que es el peor que he oído en años.

—No te lo discuto —aceptó él—. ¿Y qué pensabas de mi padre?

—Pues que debió ser un hombre muy atractivo cuando era joven.

Lewis la miró sorprendido.

—¿En serio? —la pregunta llevaba implícita una exclamación—. En cuanto lo vea le pienso decir que Nicole Beller lo encuentra atractivo.

—¡Ni se te ocurra! —lo amenazó ella de manera muy poco convincente—. Dicho así suena muy raro, pero te aseguro que tenía su lógica en mi cabeza.

—Adelante, escucho.

—Pues... me decía que alguien con una vida como la tuya no tendría tiempo para formar una familia. —Se sentía desnuda con aquella intensa mirada verde clavada en ella—. Y entonces he pensado en tus hermanos y en tu padre...

Lewis estaba totalmente desconcertado y no sabía cómo interpretar todo aquello.

—¿Me estás tirando los tejos, Nicole Beller? —preguntó directo.

—¡No! —exclamó ella con demasiado ímpetu—. No es eso, es curiosidad, nada más.

Lewis no parecía muy convencido y sus ojos se empequeñecieron como si estuviese mirando a través de la cerradura de la puerta de una habitación secreta.

—No me he planteado lo de tener una familia —dijo él.

—Pero ¿te gustaría? —preguntó Nicole y acto seguido hubiese querido darse una patada en la espinilla, de haber sido posible semejante acrobacia.

—No me lo he planteado —repitió—. ¿A ti te gustaría tener una familia?

La abogada asintió, pero dijo nada más y volvió a sus herméticos pensamientos. Ese era el motivo por el que había vuelto con Jammie tantas veces. El motivo por el que volvió la primera vez después de que cortara con él creyendo que era definitivo. Jammie Perkins le dijo que era una mujer demasiado mayor para dejar pasar un tren que ya no regresaría. Le dio a entender que él era su última oportunidad. ¡Y qué oportunidad! Le habló de familia, de hijos, de una casita en el campo y otra en la playa. Le habló de lo que harían cuando los niños creciesen y lo maravillosa que sería su vida. Pero implícito y oculto en ese discurso iba el convencimiento de que si él se alejaba definitivamente de su vida se quedaría sola para siempre. Se convertiría en una solterona amargada, comería demasiado chocolate y acabaría metiéndose en vestidos dos tallas por debajo de la suya amenazando con romper las costuras con cada inspiración.

Cada vez que Jammie la dejaba volvía a ese pozo oscuro. Volvía a la bata y las zapatillas, a leer libros victorianos y a salir a pasear de noche, que era algo que hacía cuando estaba deprimida. Con él todo eran cenas, fiestas y reuniones sociales. El Manhattan bullicioso y alegre.

Era diferente cuando vivía con sus padres. Entonces era, simplemente, una chica sola y feliz.

De repente distinguió en la distancia el resplandor del lago y apresuró el paso deseosa de llegar a él. Había oído a su hermana hablar de aquel lugar muchas veces. Incluso habían planeado ir en alguna ocasión, pero siempre ocurría algo que lo impedía. Y ahora se alegraba porque necesitaba algo así en su vida, un momento sublime como aquel. Un recuerdo para atesorar.

El lago se extendía a derecha e izquierda en un espectáculo asombroso. La superficie de agua brillaba inmóvil, ajena a la brisa no la alcanzaba. Nicole sintió algo profundo e intenso en su interior, una sensación extraña. Quería llorar, pero no era de tristeza ni de alegría, tan solo una emoción que le nacía dentro y la sacudía de manera incontrolable. Algo infantil y primitivo.

El silencio se le antojó de pronto atronador, era como si aquel paisaje estuviese gritándole, recriminándole por algo y ella sabía por qué.

No podré hacerlo si te veo llorar

—Es un lugar increíble... —Lewis enmudeció al verla acercarse con aquella intensa mirada en los ojos.

El beso era exigente y las manos de Nicole se aferraban a su nuca como si necesitara sostenerse de algún modo. Lewis no la rechazó y dejó que su lengua explorase moviéndose libremente. Sus bocas competían para ver quién era más ávido devorando al otro.

Un sofocado gemido le indicó a Lewis que sus manos llevaban la dirección correcta explorando su espalda bajo el jersey. Nicole respondió a sus caricias utilizando sus dientes para marcarle el labio inferior en un gesto sensual que lo excitó aún más. Lewis la empujó hasta chocar con el tronco de un árbol y ella lo imitó metiendo también las manos debajo de su ropa, palpando sus duros y tensos abdominales. Lewis se recreó en su sabor, mientras una mano de Nicole serpenteaba por la parte trasera de sus pantalones y sus dientes volvían a morderlo en el labio. Aquellos dos gestos lo exacerbaron y respondió apoderándose salvajemente de su boca y llevando su mano hasta uno de sus suaves pechos.

Nicole se hallaba inmersa en una especie de confusión errática. Su mente navegaba a la deriva en un mar agitado repleto de monstruos marinos dispuestos a atacarla. Cuando Lewis sintió el sabor salado en sus labios abrió los ojos y la apartó desconcertado.

—¿Qué...? —Nicole estaba llorando y trataba de volver a besarlo, pero él no lo permitió—. Abre los ojos.

Ella seguía llorando mientras negaba con la cabeza.

—¡Abre los ojos! —ordenó él con firmeza.

Una bruma intensa cubría sus ojos mientras las lágrimas caían de ellos sin freno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lewis cogiéndola de los brazos—. ¿Qué te pasa, Nicole?

—Nada. —Ella negaba con la cabeza de manera insistente. No podía

decírselo. Hay cosas que no deben verbalizarse o se convierten en un peso sobre nuestras espaldas que deberemos arrastrar el resto de nuestra vida.

—Ven, sentémonos ahí —dijo él llevándola hacia un lugar apartado del camino donde había un tronco tumbado que podía servirles de banco.

Lewis miró a su alrededor y agradeció que estuviesen solos después de que casi lo habían hecho allí mismo. Aún no había procesado aquel momento de pasión irrefrenable, pero tendría que hacerlo más tarde porque era del todo incomprensible.

Cuando estuvieron sentados, la miró paciente esperando que dejase de llorar. Nicole necesitó un poco de tiempo para recuperarse. Limpió su cara con un pañuelo al menos en tres ocasiones antes de que sus ojos dejaran de evacuar.

—Puedes hablar conmigo —dijo Lewis mirándola con preocupación—. De cualquier cosa.

—Algunas traiciones no se pueden decir en voz alta.

Lewis dudó si mantenerse callado o seguir insistiendo.

—¿Por qué me has besado? —dijo tanteándola.

Ella lo miró y la palidez de su rostro se tiñó de rojo.

—Qué vergüenza, por Dios —susurró.

—¿Vergüenza? —dijo él y tuvo el impulso de apartarle el pelo que le caía delante de la cara, pero se contuvo.

Nicole apartó la mirada y dejó que sus ojos vagaran por la superficie brillante del lago. No podía aceptar lo que acababa de ocurrir, no podía permitir que su corazón se abriese exponiéndose a que lo pisotearan otra vez. Era estremecedor sentirse tan vulnerable, tan necesitada.

Lewis comprendió que no era a él a quien besaba. Jammie todavía estaba allí, entre ellos y todo lo que había creído ver en ella no era algo que estuviese destinado a él, sino a otro. Sintió una honda rabia en su interior, pero la ocultó bajo siete llaves.

—Somos dos adultos libres de compromiso —dijo con frialdad—. No pasa nada porque nos hayamos morreado un poco.

Nicole lo miró con expresión desvalida. ¿Eso había sido aquello? ¿Se habían morreado un poco? Apartó la mirada de sus ojos y movió la cabeza mordiéndose el labio al sentir que las lágrimas volvían a amenazarla.

Lewis tenía un conflicto interno que no podía dilucidar sin meditar sobre ello y ahora mismo no tenía la mente clara para hacerlo. Percibía señales procedentes de Nicole que le indicaban que sentía algo por él, pero la sombra

de Jammie pululaba a su alrededor todo el tiempo apareciendo subrepticamente en el momento más delicado. ¿Por qué sino iba a llorar mientras lo besaba? Estaba claro en quién estaba pensando.

Sin embargo, estaba claro que había una conexión especial entre ellos. Nunca se había sentido así con nadie. Estar con Nicole aquellos días había sido intenso y sereno al mismo tiempo y se había llegado a preguntar si era ella la persona.

Recorrió su perfil con la mirada y sus ojos se detuvieron en aquellos labios que había devorado unos minutos antes. Deseaba volver a hacerlo y volver a sentir en su mano la suave piel de sus senos. Sintió que algo se tensaba dentro de sus pantalones y miró hacia el lago tratando de calmarse.

De repente una voz en su cabeza lo interpeló con voz estridente: ¿Qué estás haciendo, imbécil? Es Nicole, la hermana de Olivia. Niall te matará, puedes estar seguro de ello. Sus vidas no tenían nada que ver, ella era abogada y tenía su trabajo en Manhattan. Él era músico y ahora mismo su situación no estaba nada clara, pero su casa estaba en Nashville y hacía muy poco que la había comprado. Demasiado complicado. Y eso sin contar con que ella estaba loquita por ese gilipollas.

—Será mejor que volvamos —dijo poniéndose de pie—. No ha sido buena idea venir aquí.

Nicole lo miró muy seria y asintió sin protestar. No era aquella la reacción que hubiese deseado, pero era la que esperaba. Durante el camino de vuelta pensó en su vida vacía y complicada y se dio cuenta de que todos los problemas que tenía los había propiciado ella misma. Su inseguridad y la necesidad de ser valorada había favorecido el acercamiento de Jammie Perkins, un depredador nato. Había sido muy claro después de forzarla, nunca se hubiera casado con ella, era tan solo uno de sus entretenimientos. Le gustaba jugar al golf, conducir coches caros a mucha velocidad, ganar dinero y destruir mujeres, inteligentes pero inseguras, dotándolas de una baja autoestima y anulándolas antes de dejarlas tiradas. Lo de violarla había sido solo la manera más rápida de conseguirlo.

Nicole sintió un arranque de furia y apretó los puños y los labios en un gesto que no pasó desapercibido para Lewis. El músico se preguntó si aquella rabia era contra él y sintió el impulso de pararse allí en medio y encararla, pasara lo que pasara. Pero no lo hizo, porque sabía que le dolería demasiado escucharla decirlo en voz alta. Mejor dejar que las cosas siguieran su curso natural y esperar a que la semana terminase.

Entraron en la casa y Lewis dijo algo de que tenía que trabajar en una canción. Nicole no respondió. Se sentía como si la hubiesen anestesiado con algún tipo de droga que hacía que pareciese que se movía con normalidad, cuando en realidad caminaba por un mar de algodón y sus piernas se hundían hasta la rodillas a cada paso.

Fue al salón y se acercó al tocadiscos de su hermana. Buscó entre sus discos uno de Norah Jones y lo puso. Come away with me empezó a sonar y ella se quedó allí de pie mirando cómo el disco giraba con la aguja recorriendo la superficie grabada.

Lewis entró en el salón, silencioso, y se quedó observándola mientras cantaba. Tenía una voz intensa, algo áspera, pero terriblemente sensual. Se movía como si su cuerpo estuviese escribiendo la música mientras su voz trazaba los dibujos que esos movimientos le dictaban. Algo profundo y casi doloroso creció dentro del pecho del músico al escucharla. Había mucho dolor en aquella manera de cantar y parecía estar llamándolo, pidiéndole que fuese él.

Cuando terminó la canción Nicole levantó la aguja y se quedó mirando el disco como si aún girase. Sintió las manos de Lewis rodeándola por la espalda y su aliento en el cuello. Cerró los ojos y se dejó llevar por lo que su cuerpo le pedía. Al darse la vuelta él la miró decidido.

—No más lágrimas —pidió—. No podré hacerlo si te veo llorar.

Ella asintió y le rodeó el cuello con los brazos.

—Las lágrimas no eran por ti —dijo.

Lewis cerró los oídos para no escucharla. No quiero saberlo, gritó en su cabeza. La besó, y Nicole no estaba preparada para la ternura de aquel beso. La saboreó lentamente, explorando cada rincón con sabia maestría. La pasión que ambos sentían él parecía contenerla con sus manos, como si quisiera dosificarla antes de perder el control.

La excitaba tanto que se removió inquieta entre sus brazos buscando el modo de librarse de su ropa. Pero Lewis no la dejó, la llevó hasta el sofá y la tumbó con suavidad sin dejar de mirarla. Sus movimientos eran firmes y seguros y sus ojos la mantenían presa de su mirada.

Nicole no supo cómo se había librado tan fácilmente de su sujetador hasta que sintió que le acariciaba un pezón con su lengua.

—Si algo no te gusta, dímelo —lo dijo mirándola con uno de sus senos a su alcance.

Nicole se arqueó cuando él cubrió todo el pezón con su boca y comenzó a saborearlo con deleite. Ella trató de quitarle la ropa, pero él no dejaba que lo hiciera, quería excitarla al máximo, llevarla al paroxismo. Para ello abandonó el duro botón y siguió camino con su boca recorriendo la suavidad de su piel abdominal. Rodeó su ombligo, llegó a la cintura del vaquero, lo desabrochó rápidamente y tirando de él la dejó expuesta.

Levantó la mirada para verla y sus ojos le hablaron en silencio. Nicole sonrió con timidez, se sentía como una novata en su primera vez. Y ciertamente lo era, nunca nadie se había preocupado así de que ella sintiera. Nadie se había esforzado en darle placer sin pedir nada a cambio.

Lewis enterró el rostro entre sus piernas y avivó con su lengua el deseo que inflamaba el cuerpo femenino. Encontró puntos de placer desconocidos para ella. La penetró con la lengua y Nicole sintió la explosión de todos sus sentidos y se le nubló la razón. Su mente entró en un torbellino imparable de sensaciones y tuvo que agarrarse al sofá para no caer en aquel abismo que la engullía y la succionaba llevándola a un punto de no retorno.

Lewis la oía gemir, susurrar su nombre, suplicarle... La excitación que sentía dentro era máxima, una mezcla de dolor y fuerza a punto de estallar. Cuando se apartó de ella para quitarse la ropa Nicole gimió como si le arrancaran una parte de su propio cuerpo y eso despertó en él un instinto salvaje y primitivo de posesión. Pero antes de que pudiese ejercer ese poder, ella lo empujó al sofá y se sentó a horcajadas sobre él. La energía fluyó de uno a otro y los sacudió como una descarga eléctrica. El placer que le provocaban los rítmicos movimientos de Nicole lo llevaron al borde de la explosión. La agarró por las caderas y la obligó a moverse más despacio. Alcanzaron el borde juntos y saltaron al precipicio al mismo tiempo sumergiéndose en un mar de placer mutuo.

Nicole se quedó tumbada sobre él, con la cabeza enterrada en su cuello mientras Lewis acariciaba suavemente su espalda.

—Mmmmm —suspiró de gusto—. No te muevas, por favor.

Lewis sonrió.

—¿Ya puedes respirar ahí metida?

—Aja —dijo ella arrastrando la j.

—Espero no haber sido brusco —dijo él con preocupación.

Nicole levantó la cabeza para mirarlo y sus ojos brillantes y transparentes

lo golpearon en el centro del pecho con un sentimiento desconocido.

—Define brusco —sonrió—. ¿Crees que llevarme al cielo es brusco?

—Estaba demasiado excitado —se justificó él—, creo que no me sentía así desde que cumplí los dieciocho.

Ella apoyó la barbilla en una mano que descansaba sobre su pecho y siguió mirándolo con aquellos ojos enormes.

—No me digas que acabo de desvirgarte —dijo sonriendo con dulzura.

—Eres la mujer más bella que he visto nunca —dijo él.

En el rostro de Nicole se fue dibujando una sonrisa cada vez más amplia, hasta que acabó riendo a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó él fingiendo molestarse.

—Es lo más cursi que he oído nunca.

—¿Cursi?

—Sí, cursi. Y falso, claro. ¿Te crees que no he visto a Carly Tyrell?

Lewis frunció el ceño, divertido.

—¿La has buscado en Google?

Nicole asintió sin tapujos.

—Y es guapísima. Y jovencísima.

—Sí, es cierto —dijo Lewis arrugando la nariz—. No soy muy listo, ya ves.

—Eres un inmaduro.

—No, eso no... —dijo él haciéndole cosquillas—, no te consiento que digas eso de mí.

Nicole se retorció entre sus brazos riendo a carcajadas. No soportaba las cosquillas, era hipersensible a ellas.

—¡Por favor, por favor, por favor! —suplicó.

—Si sigues restregándome tus pechos por todo el cuerpo no respondo.

—¡Deja de hacerme cosquillas! —gritó sin dejar de retorcerse contra él—. Para yaaaa.

Lewis volvió a abrazarla con suavidad y ella se colocó de lado en el hueco del sofá que había entre el cuerpo masculino y el respaldo. Él la miraba con curiosidad tratando de averiguar si era una pose aprendida o si realmente pensaba tan mal de ella misma. No podía ser que no fuera consciente de lo que provocaban en él aquellos ojos inocentes y sus carnosos labios. Y luego estaba su arrolladora personalidad, llena de matices pero sin sutilezas. Su sinceridad aplastante, que hacía que saliesen de su boca palabras encadenadas hasta tejer un perfecto y nada afectado dibujo de sus pensamientos. ¿De

verdad no sabía lo que su cuerpo era capaz de provocar en un hombre? Solo de pensar en ello sintió cómo la sangre bombeaba hacia su agotado miembro empezando a fortalecerlo a ojos vista.

—Creo que eres estúpida —dijo mirándola con una seria expresión—, si no eres capaz de ver lo preciosa que eres. Definitivamente estúpida.

Nicole siguió el gesto de su mano que le señalaba una potente erección y rompió a reír a carcajadas.

—Creo que acabas de batir un récord —dijo ella sin dejar de reír.

—Aún no, pero lo haré. —La besó con intensidad y arrolladora pasión.

Lewis hubiese querido provocarla lentamente, llevarla hasta el clímax como había hecho antes. Que suplicara. Pero sentía una pasión intensa e imparable y la penetró sin preliminares. Lejos de resistirse Nicole se vio presa de ese mismo deseo y lo atrapó entre sus piernas rodeándole las caderas. Mordió su labio como había visto que le gustaba y se arqueó haciendo que entrara profundamente. Después dio rienda suelta a sus instintos.

Un concierto privado

—¿Y vosotros qué habéis hecho hoy? —preguntó Rohana mirando a su tío.

—Pues... —Lewis trató de borrar de su mente las dos veces del sofá y lo que había ocurrido en las escaleras. Aún le resultaba difícil asimilar que Nicole fuese tan flexible y que él hubiese podido maniobrar en aquel reducido espacio.

—Hemos ido al lago —intervino Nicole sacándolo del bucle en el que se había metido—. Me habíais dicho que era bonito, pero no imaginaba que tanto.

—¡Jo! —exclamó Edeline—. Teníamos que haber ido juntos.

—Siempre decíamos que íbamos a ir con ella, pero siempre ocurría algo... —dijo Rohana mirando a su hermana—. Has hecho bien, tía Nic.

—No me llames así, Rohana —dijo poniéndose seria.

La niña frunció el ceño y la miró molesta. Siempre la había llamado así, no entendía por qué ya no podía hacerlo.

—¿Qué tal con Gannon? —preguntó Lewis.

—Bien.

—¿Bien? —preguntó Nicole.

Rohana se encogió de hombros.

—No me habla. Me ignora por completo.

Su tía frunció el ceño con preocupación. Pues sí que le había dado fuerte.

—Pero Ro ha hablado con Lillian a la hora del patio y lo han arreglado —explicó Cas.

—Lo ha entendido perfectamente —dijo Rohana con una enorme sonrisa—. Dice que no le gustaba tanto como para arriesgarse a perder mi amistad. Y que yo lo vi primero.

Lewis soltó una carcajada ante aquel comentario tan poco romántico.

—Voy preparando la cena —dijo Lewis al ver que Jaycie salía de su casa y caminaba hacia ellos.

—¿Podemos hablar un momentín? —preguntó la vecina acercándose.

Nicole puso a Jason en el suelo y Cas lo cogió de la mano para entrar en la casa. Cuando las dos mujeres se quedaron solas, Jaycie la apartó de la puerta como si temiese que pudiesen escuchar lo que decía.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —preguntó en susurros.

—¿A qué te refieres?

—Si Lillian sabe que te lo he preguntado me mata —dijo mirando de reojo hacia su casa—. No habla y tampoco quiere comer nada.

Nicole comprendió de pronto lo que pasaba y sonrió con tristeza.

—Creo que se ha enamorado.

—¿Enamorado?

Nicole asintió.

—Y el chico no siente lo mismo por ella —explicó.

Jaycie se llevó la mano a la boca. ¿Tan pronto?

—Pero no es solo eso —siguió Nicole—. Resulta que él por quién está interesado es por Rohana.

—Ahora entiendo —dijo Jaycie asintiendo—. Y ella siente lo mismo.

Nicole asintió de nuevo.

—Ro lo ha pasado muy mal porque no quería sentir eso. Incluso lo rechazó de muy mala manera y el muchacho ahora no le habla.

—¿En serio? ¿Tan fuerte les ha dado? ¡Pero si son unos críos!

—Eso mismo he pensado yo —confesó Nicole.

—Bueno, su primer desengaño amoroso —dijo su madre, pensativa—. Algún día tenía que pasar.

—Van demasiado rápido. —Nicole sonrió—. Mírame a mí, con treinta y uno y soltera.

—Pues a juzgar por lo que he escuchado esta mañana me da a mí que no por mucho tiempo.

Nicole enrojeció por completo. Tanto que incluso el cuero cabelludo se vería rojo si no fuera por el pelo que lo cubría.

—Tranquila, yo también tuve algún episodio en la escalera —dijo Jaycie—. Aunque hace demasiado tiempo de eso, entonces Hank no tenía esa barriguita y era más fácil hacer acrobacias. ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Dios mío, qué vergüenza! —dijo Nicole—. ¿Tanto se escuchaba?

—Había salido a cortar unas flores y mis parterres están muy cerca de vuestra entrada —explicó con una perversa y divertida sonrisa—. Lo siento por el cartero, que ya había pasado, seguro que se habría divertido...

Nicole le dio un suave manotazo en el brazo.

—No seas mala —dijo riendo con las mejillas arreboladas.

—Me alegro por vosotros.

—No hay un vosotros —dijo Nicole—. Al menos que yo sepa.

—Lo habrá. —Puso una mano sobre su brazo—. He visto cómo te mira. Bueno, te dejo que ahora tienes lío del otro, del de maruja. Mañana llevo yo a las niñas.

—Mima a Lillian, el primer desengaño es duro —susurró la abogada.

—Descuida. Esta noche pediremos pizza y veremos Grease, su peli favorita. —Jaycie le guiñó un ojo y se despidió con la mano.

Después de la cena las niñas se empeñaron en jugar a las adivinanzas con mímica y Lewis resultó ser tan divertido que Nicole acabó llorando de la risa. Se empeñaba en soltar palabras una y otra vez y luego fingía que él no había sido. O despistaba al contrario con alguna treta y después señalaba directamente el objeto cuando no miraba. Pasaban de las diez de la noche cuando Nicole tuvo que hacer de poli malo y mandar a todo el mundo a la cama.

El primero en desaparecer fue Jonas en brazos de su tío que era el encargado esa noche de leerle su cuento. Nicole se quedó apoyada en el quicio de la puerta observándolo sin que él se diese cuenta. Nunca imaginó que fuese un hombre tan dulce y tierno. Le encantó oírle poner voces a la señora ratita y al señor ratón. Resultaba adorable.

Esa noche le tocó a ella poner el lavavajillas y él se encargó de barrer las migas de la cena.

—Lo han pasado bien —dijo sonriendo.

—Eres un tramposo —dijo ella fingiendo estar seria.

—Eso suena a difamación, estoy seguro que una buena abogada podría conseguirme una pasta por eso. —Sonrió seductor con aquella mirada intensa que hacía que a Nicole le temblasen las piernas.

Dejó la escoba en su sitio y se acercó a ella por detrás rodeando su cintura con los brazos. Metió la nariz en su pelo y aspiró el aroma de su champú.

—Tienes que dejar de hacer esto —dijo ella ronroneando como un gato.

—Sé que no podemos hacer nada estando los niños, pero te juro que no

voy a poder pegar ojo esta noche pensando en ti —susurró él.

Ella se dejó acunar moviéndose suavemente como si estuviesen bailando. Entonces él la giró y comenzó a cantar muy bajito mientras bailaban. El corazón de Nicole se inflamó al escucharlo. No solo tenía una voz preciosa, las palabras que salían de sus labios eran directas y certeras provocando que afloraran sus sentimientos de un modo inquietante. Tenía sus brazos alrededor del cuello masculino y la mirada deambulaba entre sus ojos verdes y sus apetecibles labios.

Cuando terminó la canción los dos se detuvieron, pero ninguno soltó a su presa.

—¿Te ha gustado? —preguntó él.

—¿Es tuya? —preguntó. Lewis asintió—. Es lo mejor que he oído en años.

El cantante sonrió perverso.

—Para ser country.

—¿Es country? ¿En serio? No me he dado ni cuenta —dijo ella sonriendo también, aunque en sus ojos había una peligrosa llamada.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

La atrajo más hacia él para que notara la dura provocación.

—Estoy a mil —dijo entre dientes.

Nicole lo apartó suavemente y sonrió con ternura.

—Tienes razón, las niñas podrían levantarse...

Lewis se alejó de ella y fue a apoyarse en la encimera de cuarzo con los brazos cruzados delante del pecho. Estuvieron unos segundos en silencio, tratando de recuperar la calma.

—¿Preparo un té? —preguntó Nicole—. No quiero repetir lo del chardonnay.

—Me gustó mucho —dijo él sin recuperar la calma del todo—. Pero un té estará bien.

Cada uno con su taza en la mano fueron a sentarse al salón. Nicole colocó los cojines que habían desordenado para jugar y se sentó subiendo los pies. Esta vez Lewis se sentó a su lado y cogiéndole uno de los pies empezó a masajearlo.

—¡Oh, Dios! ¡Qué maravilla! —exclamó ella poniendo los ojos en blanco.

Él sonrió divertido.

—Tengo unos dedos prodigiosos —dijo mirándola con picardía—, y no solo para tocar la guitarra.

Ella sonrió sin responder, no quería avivar de nuevo la llama.

—Háblame un poco de tu vida —pidió él—. Tu trabajo, tus amigos...

—Solo tengo una amiga, Susan, que también es mi secretaria.

—Esa que te llama dos veces al día.

Nicole asintió.

—Se preocupa por mí —explicó ella—. De mi trabajo no sé qué puedo contarte que no te aburra. Me paso el día leyendo contratos, preparando demandas y asistiendo a algún juicio de vez en cuando. Pocos, porque soy buena evitándolos.

—¿Evitar un juicio? Creía que los abogados se corrían solo de pensar en juicios.

—Pues te equivocabas, al menos en mi caso. No me gusta ir a juicio. El jurado es demasiado imprevisible y no me gusta nada perder. Nunca he perdido, pero sé que no me gustaría. Es de esas cosas que uno intuye, ya me entiendes. Prefiero llegar siempre a un acuerdo. Procuro ser justa y no avasallar cuando voy ganando abiertamente. Eso me ha supuesto tener buena fama dentro de nuestro mundillo y también que se me respete.

—Te gusta mucho lo que haces —dijo él sin desentenderse del masaje.

Ella asintió y encogió los pies para que dejase de tocárselos. Se estaba poniendo de lo más cachonda y no quería que se diese cuenta. El sofá era un lugar muy peligroso para ellos.

—Supongo que no tiene nada que ver con lo tuyo, pero sí, me gusta.

—Somos afortunados por poder hacer lo que nos gusta —dijo él—. Y parece que gracias a ti yo voy a poder hacerlo de verdad.

—Tus canciones —dijo y Lewis asintió—. Pues si todas son tan buenas como la que me has cantado en la cocina te auguro un enorme éxito.

Estuvieron unos segundos en silencio.

—Espera un momento —dijo Nicole dejando la taza sobre la mesa y saliendo del salón.

Al cabo de un momento volvió con la guitarra en la mano. Se la entregó a Lewis.

—Quiero escucharlas —dijo sentándose de lado para poder mirarlo, con las rodillas encogidas y la taza de té, ya templado, en las manos.

—¿Todas? —preguntó él sonriendo.

—Bueno, me encantaría, pero si a los veintiuno habías compuesto más de

cien, no creo que con una noche sea suficiente.

Aquello sonó a promesa y Nicole le mantuvo la mirada.

—Despertaremos a los niños y a Jason —dijo él rasgando las cuerdas suavemente.

—¿Qué dices? A esos no los despertaría ni una sirena de bombardeo. Además, he cerrado la puerta doble. Tranquilo, no oirán nada si no te pones a gritar que quieres que te devuelvan tu camión. No te enfades —dijo al ver su expresión—, era una broma. Nunca nadie ha cantado para mí sola, es un honor y seguro que será uno de los recuerdos más bellos en mi memoria.

Lewis la miró con tal intensidad que ella se estremeció. Era cierto que aquello había sonado demasiado íntimo y tremendamente romántico.

—Toca las canciones que querías grabar ahora mismo —pidió.

El té se quedó helado en sus manos. En cuanto Lewis empezó el improvisado concierto Nicole no tuvo capacidad para otra cosa que no fuese escucharlo. Su voz era tan dulce y bonita que el sonido de la guitarra se acoplaba de un modo casi mágico. Pero lo que la llevó hasta otro nivel de admiración fueron las letras. Era como estar viendo su propio corazón allí expuesto. Cada verso, cada palabra la explicaba a ella y en ellas logró comprenderse.

Cuando los dedos de Lewis rasgaron el último acorde el silencio inundó el salón mientras en el corazón de Nicole reverberaban sus palabras. Dejó la taza sobre la mesita y se puso de rodillas para acercarse a él. Le cogió la cara con las manos sin dejar de mirar aquellos verdes ojos que parecían atravesarla.

—Eres un grandísimo artista. Me siento enormemente afortunada por haber podido experimentar este maravilloso momento. Y voy a marcharme ahora mismo, porque si me quedo un segundo más no podré contenerme y te pediré que me hagas el amor mientras tu voz sigue hablándole a mi alma.

Lo soltó y salió apresuradamente del salón. Lewis se agarró al sofá para no salir corriendo tras ella.

Escuchando tu canción

—Tiene fiebre. —Nicole miraba a Jason preocupada—. ¿Cómo no me cuentas de que estaba malito?

—Es un niño —respondió Lewis sonriendo para tranquilizarla—. Será un resfriado.

—Me quedo más tranquila si lo llevo al médico. —Comenzó a vestirlo—. Tú encárgate de llevar a las niñas al colegio.

—De acuerdo, cuando las deje me reuniré contigo en el hospital. Mantenme informado.

Nicole se apresuró en vestirlo y salió de casa con el niño en brazos, pero al abrir la puerta se encontró con Jammie parado en medio del paso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó y sin esperar respuesta cerró la puerta y caminó hacia su coche.

—Tenemos que hablar —dijo.

—No tenemos que hacer nada tú y yo. —Sentó a Jason en su sillita y le abrochó el cinturón.

Cuando dio la vuelta al coche para sentarse al volante Jammie abrió la puerta del copiloto y se sentó a su lado.

—Bájate ahora mismo —le dijo Nicole entre dientes.

—No me iré hasta que hables conmigo. Tengo muchas cosas que decirte y conseguiré que me escuches aunque para ello tenga que acompañarte a dónde quiera que vayas con este crío.

Nicole miró hacia atrás y vio la carita de enfermo que tenía Jason. Lo único que ahora le preocupaba era saber qué le pasaba a su sobrino.

—Está bien, pero por favor, déjame conducir tranquila.

Jammie hizo un gesto de aceptación. Nicole puso el coche en marcha y salieron a la carretera.

—Es una gripe —dijo el médico tranquilizándola—. Todo está bien. No

tiene mucosidad en el pecho y respira perfectamente. Solo tiene que darle mucho líquido y dejarlo que duerma todo lo que quiera. En unos días estará perfectamente.

—¿No tengo que avisar a sus padres? Están en París... —Nicole lo miraba angustiada.

El médico sonrió y la cogió del hombro.

—No se preocupe, le aseguro que Jason estará perfectamente en unos pocos días. Sé que estas cosas asustan mucho, pero no tiene nada que temer.

Nicole cogió a Jason en brazos y salió de la consulta médica. En la sala Lewis y Jammie esperaban sin saber quienes eran. Cuando los dos se levantaron y se dirigieron a ella, se miraron confusos. Lewis cambió de expresión al comprender, pero se volvió a Nicole con preocupación.

—¿Qué te han dicho? ¿Jason está bien? —preguntó.

Nicole asintió turbada por tenerlos a los dos allí.

—Es la gripe —explicó—. El médico dice que tenemos que darle mucho líquido y dejarlo que descanse, que en unos días estará perfectamente.

—Ven aquí, campeón —dijo tendiéndole los brazos.

Jason no lo dudó un momento y saltó hacia él acurrucándose contra su cuello.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó.

—Has traído tu coche, supongo —dijo ella con timidez.

—Cierto —dijo Lewis comprendiendo que quería quedarse con Jammie—. Mejor me llevo el tuyo que tiene la sillita puesta.

Nicole asintió y cambiaron de llaves. Hubiera querido irse con él, pero sabía que debía tener aquella conversación si quería acabar con esa etapa de su vida para siempre.

Salieron del hospital y se montaron en el coche. Nicole condujo hasta la cafetería que había al lado del colegio de las niñas y no pudo evitar recordar las tardes que habían merendado allí. Los verdes ojos de Lewis parecían mirarla desde la silla vacía que había frente a ella.

—Necesitaba verte —dijo Jammie trayéndola de vuelta, después de que les sirvieron los cafés.

Nicole se dio cuenta entonces de cómo lo miraba la chica sentada en la mesa de al lado. No estaba sola, iba con un hombre, pero solo tenía ojos para Jammie. Dos mesas más allá había otras dos chicas, demasiado jóvenes, pensó, pero también parecían comérselo con los ojos. Lo miró sorprendida.

No entendía por qué tenía ese poder en las mujeres. Quizá porque ella ahora conocía su verdadero rostro y sabía que no tenía nada de hermoso.

—¿Qué quieres, Jammie? —preguntó directa.

Él trató de cogerle la mano, pero ella se zafó sin disimulo. La chica acompañada de la mesa de al lado la miró como si fuese un monstruo.

—Deberíamos ir a un lugar más íntimo —susurró él incómodo.

Nicole sonrió con expresión sarcástica.

—¿Tú y yo a un sitio íntimo? —preguntó con desprecio—. Eso no va a pasar Jammie.

—Lo que ocurrió fue un malentendido. Estoy seguro de que si me dejas explicarme...

—Si has venido para disculparte, adelante. Te escucharé y trataré de olvidarlo...

—¿Disculparme? —La boca de Jammie se torció en una mueca—. He venido para ofrecerte la posibilidad de volver conmigo.

Ella lo miró completamente anonadada.

—¿Volver contigo?

—Baja la voz —dijo él entre dientes—, no es necesario que se entere todo el local.

—No puedes estar hablando en serio —dijo ella con expresión incrédula.

—Tengo que contarte algo... —Parecía no encontrar la manera de decir lo que fuese que tuviese que decir.

—Mira, Jammie, si has venido será porque es importante para ti. Di lo que sea de una vez para que los dos podamos seguir con nuestras vidas.

—Me han denunciado —soltó de golpe—. Una cabrona desagradecida me acusa de...

—De violación —dijo ella moviendo la cabeza con expresión de desprecio.

—Es mentira —susurró él—. Me pidió que le ofreciese un puesto de mayor categoría y como me negué se golpeó y se provocó varias heridas. Me ha denunciado.

—Eres un hijo de puta —dijo ella entre dientes.

Él la cogió por la muñeca con fuerza y le habló al oído.

—Espero que no testifiques en mi contra o te juro que pagaré a alguien para que te mate —dijo amenazador—. Tengo dinero de sobra y lo sabes.

Nicole lo miró asqueada.

—¿Crees que si hubiese podido denunciarte no lo hubiese hecho?

Publicaste una foto mía que invalidaba mi testimonio —dijo negando con la cabeza—. Tranquilo, no testificaré contra ti.

—Vuelve conmigo —dijo él sin soltarla.

—Antes se descongelarán los polos, Jammie. No volvería contigo ni aunque fueses el único hombre sobre la tierra. Y resulta que no lo eres.

—¿Lo dices por ese que estaba en el hospital? ¿Qué pasa, te lo hace mejor que yo?

Nicole ensanchó su sonrisa, se puso de pie y se inclinó para hablarle al oído.

—Me lo hace como tú ni siquiera has soñado que pueda hacerse. Con él he llegado a tener siete orgasmos seguidos —lo miró a los ojos—. Y no ha tenido que violarme para hacerlo.

Apartó la silla y se dirigió a la puerta.

—Asegúrese de que no se va sin pagar —dijo al pasar junto al camarero—. Tiene esa mala costumbre.

Salió de la cafetería y fue corriendo hasta su coche deseosa de llegar a casa de su hermana. Estaba decidida a decirle a Lewis lo que sentía, no dejaría que sus estúpidos temores e inseguridades le impidieran luchar por lo que quería. Ahora sabía que estaba enamorada de Lewis, no era un simple capricho o un rollo de cama. Lo amaba, deseaba estar con él y solo con él. No importaba lo diferentes que fueran sus vidas, si ambos querían encontrarían el modo de compaginarlas.

Condujo conteniendo el deseo de apretar el acelerador, y la corta distancia que había hasta la casa se le hizo eterna. Cuando entró en casa se sorprendió al ver a Jaycie sentada en el salón.

—¿Qué pasa? —preguntó buscando.

—Lewis ha tenido que irse, Nicole —explicó la mujer poniéndose de pie—. Me ha pedido que me quedase con Jason hasta que tú regresaras.

—¿Irse? No puede ser —dijo aterrada—. ¿Irse a dónde? ¿Por qué?

Jaycie señaló la radio que tenía encendida y se acercó para subir el volumen. Era una emisora de música country y estaban hablando de Carly Tyrell y su nuevo éxito. Nicole escuchaba la canción de fondo mientras el locutor contaba que la cantante había firmado con un gran sello y que su maravilloso disco estaría listo en un par de meses. Nicole recordó a Lewis cantando aquella canción en el sofá del salón con su guitarra en la mano. Era una canción que hablaba de lo solos que estamos a pesar de engañarnos con subterfugios a los que llamamos amor, amistad y otras cosas.

Sabía lo mucho que debía haberle dolido descubrir que le había robado su música. Sobre todo por ser precisamente ella. ¿Por eso se fue sin despedirse? ¿Creía que ella también lo había traicionado? Movi6 la cabeza y las lágrimas cayeron de sus ojos imparables. ¿Cómo podía saber si 6l sentía lo mismo que ella? Quizá se había dado cuenta de que la mujer a la que todavía amaba lo había engañado y robado. No se sentaría a llorar por las esquinas. Lo llamaría y le contaría lo que había pasado con Jammie. Le diría que lo amaba. Y aceptaría cualquiera que fuese su respuesta. Después de todo, tenía derecho a decidir.

—¿Qué contenta estoy de veros, mis tesoros! —Olivia se abrazaba a las niñas mientras Niall alzaba a Jason en sus brazos—. Dejádme que le dé un abrazo a la mejor hermana del mundo. Cariño —dijo besando a Nicole—, muchas gracias por todo lo que habéis hecho...

Nicole rompió a llorar y Olivia miró a las niñas interrogadoramente. Rohana le hizo un gesto con la mano y su madre leyó en sus labios que llevaba así todo el día.

—Niall, lleva a las niñas arriba y enséñales todo lo que les hemos traído —cogió a su hermana por los hombros y la llevó hasta el salón sentándose junto a ella en el sofá—. Y ahora cuéntame qué es lo que ha pasado.

—Se marchó, le han robado su canción y está siendo un éxito, pero no la canta 6l sino ella, que lo ha traicionado. ¿Te imaginas lo que debe sentir? Le he llamado muchas veces, pero no me coge el teléfono, me sale siempre un mensaje de voz: el teléfono al que llama... Debe estar desolado y no sé si funcionó lo del burofax, aunque debió funcionar, si hay algo que sé es cómo hacer mi trabajo...

—A ver, para un poco que estoy perdida —la cortó Olivia—, han sido muchas horas de vuelo y mi cabeza no está aquí del todo. ¿De qué estás hablando? ¿Le han robado un tema a Lewis?

Nicole no dejaba de llorar y su hermana la miraba con una expresión entre confusa y estupefacta.

—Vino Jammie al hospital, quería hablar conmigo y Lewis lo vio...

—¿Al hospital? ¿Quién ha necesitado ir al hospital? —Su hermana la miraba asustada.

Nicole movió la cabeza angustiada mientras las lágrimas caían en torrente.

—Estoy enamorada de Lewis —dijo, y entonces Olivia lo entendió todo.

—¿Cómo has podido? —Lewis había entrado en la sala de grabación después de golpear a uno de los productores que intentó impedirle el paso.

—Está bien, chicos —dijo Carly para que lo dejaran—. Dejados un momento a solas.

Carly lo cogió del brazo y lo llevó hasta los asientos de los músicos y se sentó junto a él.

—¿Lo tenías planeado? —preguntó mirándola completamente destrozado—. Creí que sentías algo por mí. ¿Por qué no me la pediste? ¡Oh, Carly!

La cantante miró a su alrededor, estaban solos y en el fondo sentía verdadero aprecio por él. Le pareció justo decirle la verdad.

—No, Lewis. Estuve contigo porque me gustabas, no tuvo nada que ver. Pero tienes cientos de canciones que no permites que nadie cante. Y vivir contigo mientras componías esta, sabiendo que dejarías que se muriera en un cajón... No pude resistirme. Cuando te marchaste entré en el estudio de tu casa y me hice con la maqueta. Solo he tenido que adaptarla a mi voz. —Le cogió la cara para obligarlo a mirarla—. Tú la has escuchado, no puedes decirme que no es perfecta para mí.

—Sí, Carly —dijo Lewis irguiéndose y sonriendo—. Te he escuchado y ellos también.

Los productores y los músicos con los que Carly había estado trabajando entraron de nuevo en la sala de producción y se colocaron frente al cristal. Uno de ellos apretó un par de botones y la voz de la cantante se escuchó claramente repitiendo todo lo que acababa de decir.

—Vas a dejar de cantar esa canción y cualquier otra que me robes. Es mía y solo yo tengo derecho a decidir qué hacer con ella —sentenció Lewis—. Guardaré esta grabación y ellos no olvidarán lo que han escuchado y si vuelvo a enterarme de que robas, ni que sea una pegadolsa en un kiosko, te demandaré. —Se puso de pie y la miró con tristeza—. Llevo muchos años en esto y todos saben el tipo de persona que soy, por eso cuando les pedí ayuda todos me dijeron que sí. Eso no lo conseguirás jamás robándole su trabajo a otro.

Carly lo miraba sin pestañear. Había perdido y era una derrota justa. Podía estar agradecida de que no la demandase. Aquello quedaría en un

cotilleo que se hablaría en voz baja dentro de su mundillo. Pero siempre podía haber sido peor. Con alguien que no hubiese sido Lewis Fuller...

—Gracias —dijo con sinceridad—. Ojalá algún día tu música vea la luz. Supongo que sabes que en el fondo ha sido por admiración.

Lewis no respondió y salió de allí sintiéndose un poco más mayor.

—Hostia, tío, a mí lo de Carly me ha dejado tocado —dijo Stan llevándose la botella de cerveza a los labios.

—Sí, no creo que nadie se lo esperara —dijo Adam yendo hacia el mueble en el que guardaba las galletitas—, está tan buena que en lo único que piensas cuando la ves es...

El timbre de la puerta sonó y Lewis miró a Adam que era el que estaba más cerca. Él siguió tocando la guitarra recostado en el sofá.

—Hola, ¿está Lewis?

El guitarrista se incorporó de golpe y miró por encima del respaldo.

—Nicole —dijo sorprendido.

Stan se levantó y fue a darle la mano, pero Adam se le había adelantado.

—¿Tú eres Nicole? ¡Tía, muchas gracias! —dijo abrazándola—. ¿Tú sabes la pasta que nos has ahorrado?

Stan le estrechó la mano y la hizo pasar, cerrando la puerta tras ella.

—¿Quieres una cerveza?

—Largaos —dijo Lewis poniéndose de pie sin dejar de mirarla.

Los otros dos se miraron y asintieron.

—Claro, claro tendréis que contaros... Bueno, nosotros nos vamos. Lo dicho Nicole, muchísimas gracias.

—Adiós, chicos —insistió Lewis.

Nicole les sonrió despidiéndolos con un gesto. Cuando se quedaron solos siguieron en la misma postura sin dejar de mirarse.

—No me coges las llamadas —dijo ella.

—Rompí el teléfono contra una pared de mi habitación poco antes de irme, y todavía no me he comprado otro.

—¿Contra la pared? —Respiró hondo para contener las lágrimas.

Lewis asintió.

—Así que ese golpe no estaba allí, como yo recordaba...

Lewis volvió a asentir.

—Volviste a colarte en mi habitación —dijo él sonriendo mientras sus

ojos la miraban como si se estuviese ahogando y no se atreviese a pedirle que lo rescatara.

—Dormí en tu cama hasta que volvieron —dijo con la voz entrecortada—. Las sábanas olían a ti y solo tenía que cerrar los ojos para imaginar que eras tú que me abrazabas.

—Nicole. —Él hizo ademán de abrazarla, pero ella estiro el brazo para detenerlo.

—He venido a contarte algo —dijo luchando tozuda contra los sollozos—. Es algo horrible que me pasó y que hizo que no pudiese decirte que me había enamorado de ti el día que me llevaste a ver el lago. Pensarás que soy demasiado complicada —dijo riéndose entre lágrimas. Le señaló el sofá y se sentó junto a él intentando evitar por todos los medios que la tocara. Era tanta la necesidad que tenía de sentirlo que no podría hablar si lo hacía—. Jammie me invitó a cenar y yo acepté. Llevaba un caso de su padre y habíamos vuelto a encontrarnos. Yo me sentía muy sola. Y pequeña, casi diminuta en esos momentos. Cenamos y luego me acosté con él. En mi casa. Sí, soy así de imbécil. Pero no significó nada.

Lewis asintió manteniendo la postura a pesar de que le doliese igual.

—Después comimos algo en la cocina antes de que se marchara. Yo quería que se marchara, lo deseaba mucho, pero no podía echarlo sin más. No era tan fuerte. Ahora sí, ahora lo haría sin dudar. Dijo que quería volver y yo le dije que no. —Le temblaban las manos y cerró los ojos un momento antes de seguir. Volvió a abrirlos y respiró hondo—. Entonces... me violó.

Lewis tenía las manos en el asiento del sofá se agarró con fuerza sin dejar de mirarla. Estaba completamente pálido.

—Sé que habíamos estado juntos, pero eso no significaba que pudiera usarme como si yo fuese un objeto —dijo llorando angustiada al ver que él no decía nada—. Me arrancó la bata y me arrastró hasta la mesa de la cocina obligándome a apoyarme en ella. ¡Me hacía mucho daño y le pedí que parara, pero él no me escuchaba y entonces...!

—¡No! —el grito salió de sus entrañas y la golpeó con tal fuerza que le cortó la respiración.

Nicole asintió y las lágrimas caían ya sin freno por su cara.

—Lewis...

El músico se levantó y fue hasta la entrada, abrió la puerta y salió a la calle. Necesitaba aire, sentía una rabia insoportable que lo anegaba todo y amenazaba con ahogarlo. Nicole salió tras él y lo abrazó por la espalda como

solía hacer él. Percibió los sollozos en el cuerpo masculino y sintió tanto amor que todas sus heridas comenzaron a cerrarse. Dio la vuelta alrededor de su cuerpo y lo abrazó con fuerza.

—Me amas —dijo riendo—. Tú también me amas.

Lewis rodeó su cintura y la levantó del suelo con un gemido seco y hondo.

—Te amo con toda mi alma —dijo y la besó con enorme dulzura—. Amor mío, ojalá pudiera borrar...

—No pasa nada —dijo ella sonriendo con la cara llena de lágrimas—. Los días que hemos pasado juntos han sido los más felices de mi vida. Y saber que me quieres borra cualquier mal recuerdo que haya podido tener. Solo se me ocurre una cosa que podría hacer este momento aún más perfecto, pero no soy una chica a la que le guste el exhibicionismo.

Lewis sonrió y la cogió en sus brazos entrando con ella en la casa. Subió las escaleras hasta su habitación y la depositó en la cama con suavidad.

—Bonita habitación —dijo ella apoyándose en los codos para mirarla—. Digna de un cowboy.

—¿Lo dices por los sombreros? —preguntó él mientras acariciaba uno de sus pechos.

—Aja —respondió ella arrastrando la j.

Nicole tomó el control y lo besó con avidez jugando con su lengua y mordiéndole el labio con presión controlada. El deseo amenazó con arrastrar a Lewis a penetrarla de inmediato, pero se resistió dispuesto a aguantar lo máximo que pudiese. Nicole jugueteaba con su labio, mientras sus manos se enredaban en su pelo. Cuando se cansó de su juego se puso de rodillas y se quitó la camisa y el sujetador mostrándose ante él provocándole un suspiro exhausto. La abogada se rio nerviosa y excitada y llevó uno de sus pezones hasta su boca, incitándolo a acariciarlo con su lengua.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto?

Lewis la volteó acostándola de espaldas y se quitó también la camiseta. Después se inclinó sobre uno de sus senos y atrapó aquel punto sensible entre sus labios hasta que ella se retorció de placer. Entonces hizo lo mismo con el otro, torturándola lentamente. Nicole lo empujó de nuevo poniéndose sobre él y comenzó a besarle el cuello, los hombros... Bajó por su pecho y siguió bajando hasta toparse con la barrera de sus pantalones.

Lewis la vio desabrocharlos y sintió que el deseo lo consumía. Cuando lo liberó de la ropa lo recorrió con sus manos y luego con sus labios,

deleitándose con sus gemidos y escuchándolo decir su nombre con aquella súplica en la extenuada voz.

La pérdida insensible subió de nuevo hasta su boca y lo besó con avidez mientras se movía sobre su sexo sin dejarlo plenamente satisfecho. Él se resistía en un esfuerzo agónico mientras su corazón bombeaba sangre a demanda de la exigencia de aquellas caricias.

—¿Me amas? —le preguntó con la mirada prendida en sus ojos.

—Te amo, aunque acabes conmigo —dijo él con los labios temblorosos y el cuerpo ardiendo.

Se irguió cual amazonas y lo acogió dentro de ella con un movimiento certero y poderoso. Lewis se estremeció de arriba abajo y se movió con maestría provocando en el cuerpo femenino oleadas intensas de placer. La volteó poniéndose sobre ella y elevó sus piernas para poder dirigir sus embestidas con mayor precisión, golpeando lo justo y presionando al máximo.

Nicole se agarró a sus poderosos brazos y se dejó ir una y otra vez riendo, gimiendo y llorando emocionada. Era imposible formar parte del otro con mayor intensidad y en ese momento Lewis estalló de placer como un torrente que busca infatigable llegar al mar.

Estaban abrazados bajo las sábanas. Nicole se acurrucaba junto a su pecho con la cabeza apoyada en su hombro. Lewis le había contado lo que había pasado con Carly y ella le había contado lo que le dijo a Jammie.

—En realidad quería volver conmigo porque una chica le ha denunciado por violación —dijo Nicole. Lewis inclinó la cabeza para mirarla y ella asintió—. Sabía que lo volvería a hacer. Traté de que su padre hiciese algo, pero yo no tenía ninguna prueba, ya te he contado lo de la fotografía que subió a su Instagram.

—Malditas redes —dijo él.

—Quería que volviese con él para asegurarse de que no testificaría en su contra —siguió diciendo—. Es tan imbécil que no se da cuenta de que si yo hubiese podido denunciarlo ya lo habría hecho.

—Querría retorcerle ese pescuezo de gilipollas que tiene —dijo Lewis furioso.

—Hey, hey, hey —dijo ella poniéndose sobre él y mirándolo a los ojos—. No tienes que defenderme, ya sé hacerlo yo solita. No quiero un macho cabrío que me trate como a una débil corderita. Quiero lo que eres: un

hombre íntegro en el que siempre podré confiar. Un amigo que me escuchará y a quién le importará cómo pienso o cómo me siento. Alguien que me ame.

—Te amo, amor mío —dijo él con una mirada intensa y emocionada.

Nicole obvio la amenaza de muerte porque sabía que aquello lo empujaría a hacer alguna locura y no iba a darle a Jammie el gusto de hacerle daño.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó sin dejar de mirarlo apoyada en su pecho.

—Llevo toda mi vida componiendo y cada canción es un jirón de piel y huesos. Cada momento importante, cada cosa que me ha ocurrido es una canción en mi cabeza que suena de vez en cuando y me explica quién soy. — Le apartó el pelo de la cara para clavar la mirada en sus ojos y que pudiera leer en ellos—. Desde hoy lo único que quiero es pasarme la vida escuchando tu canción, Nicole. Solo eso.

Ella se acurrucó de nuevo en sus brazos apoyando la cabeza en su pecho. Su melodía preferida serían, a partir de entonces, los acompasados latidos de su corazón

¡Hola!

La historia de los hermanos Fuller ha llegado a su fin. Estos tres estupendos hermanos, junto a Olivia y Nicole nos han hecho pasar buenos y malos ratos, ¿verdad?

Ya estoy pensando en una nueva historia que espero cumplirá con tus expectativas.

Abrazos, besos y mucho amor.

Kate Dawson